

QUEHACER



el día de
la independencia





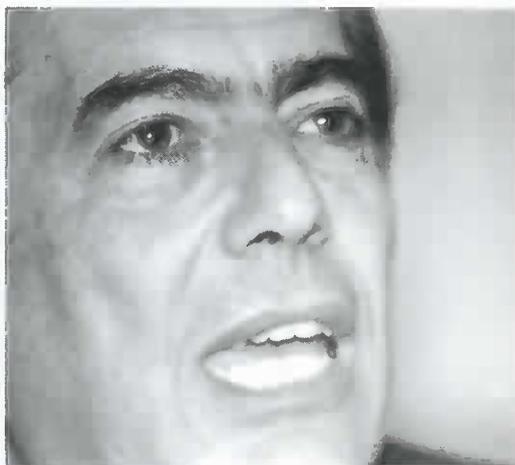
UNITED CEDOC

QUEHACER

Lima, mayo-junio 2000



106 La década del 90 hizo pensar que la democracia se instalaba en América Latina. Sin embargo, hay signos evidentes que harían peligrar esta opción en varios países de la región. La lectura de *La fiesta del Chivo*, la última novela de Mario Vargas Llosa, pone en evidencia que la dictadura no es un hecho anacrónico.



Director: Abelardo Sánchez León

Editor fundador: Juan Larco

Editor ejecutivo: Hernando Burgos

Redactor: Martín Paredes

Coordinación: Mónica Pradel

Corrección: Annie Ordóñez

Foto de carátula: Anamaría McCarthy

Carátula, diagramación y composición:

Juan Carlos García M.

Dirección: León de la Fuente 110, Lima 17, Perú. ☎ 264-1316. Fax 264-0128

Impresión: INDUSTRIALgráfica S.A.

Suscripciones: Cheques y giros bancarios a nombre de DESCO.

Quehacer: Revista bimestral del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, DESCO.

Consejo Directivo de DESCO:

Eduardo Ballón, Presidente; Julio Gamero, Carlos Reyna, Alberto Rubina, Abelardo Sánchez León, Molvina Zeballos.

© DESCO, Fondo Editorial.

ISSN 0250-9806

Hecho el depósito legal: 95-0372

[http:// www.desco.org.pe/qh/qh-ln.htm](http://www.desco.org.pe/qh/qh-ln.htm)
e-mail: qh@desco.org.pe

Poder y sociedad

Chuponeo, petipán y dictadura	4
¡Ampay!, gobiernos dictatoriales para administrar la pobreza / <i>Humberto Campodónico</i>	6
La carrera de fondo / <i>Eduardo Ballón</i>	12
¿Polarizaciones...? ¡Las de mi tiempo! / <i>Guillermo Rochabrún</i>	16
¡Y se llenaron las plazas! / <i>Mayté Mujica</i>	22
Las calles tienen miles de ojos / <i>Jerónimo Pimentel Prieto</i>	28
«Cachina» política / <i>Hernando Burgos y Martín Paredes</i>	33
La fiesta de los dictadores / <i>Domingo Tamariz</i>	38

Crónica

Un documento nacional / <i>Alfredo Bryce Echenique</i>	42
--	----

Norte-Sur

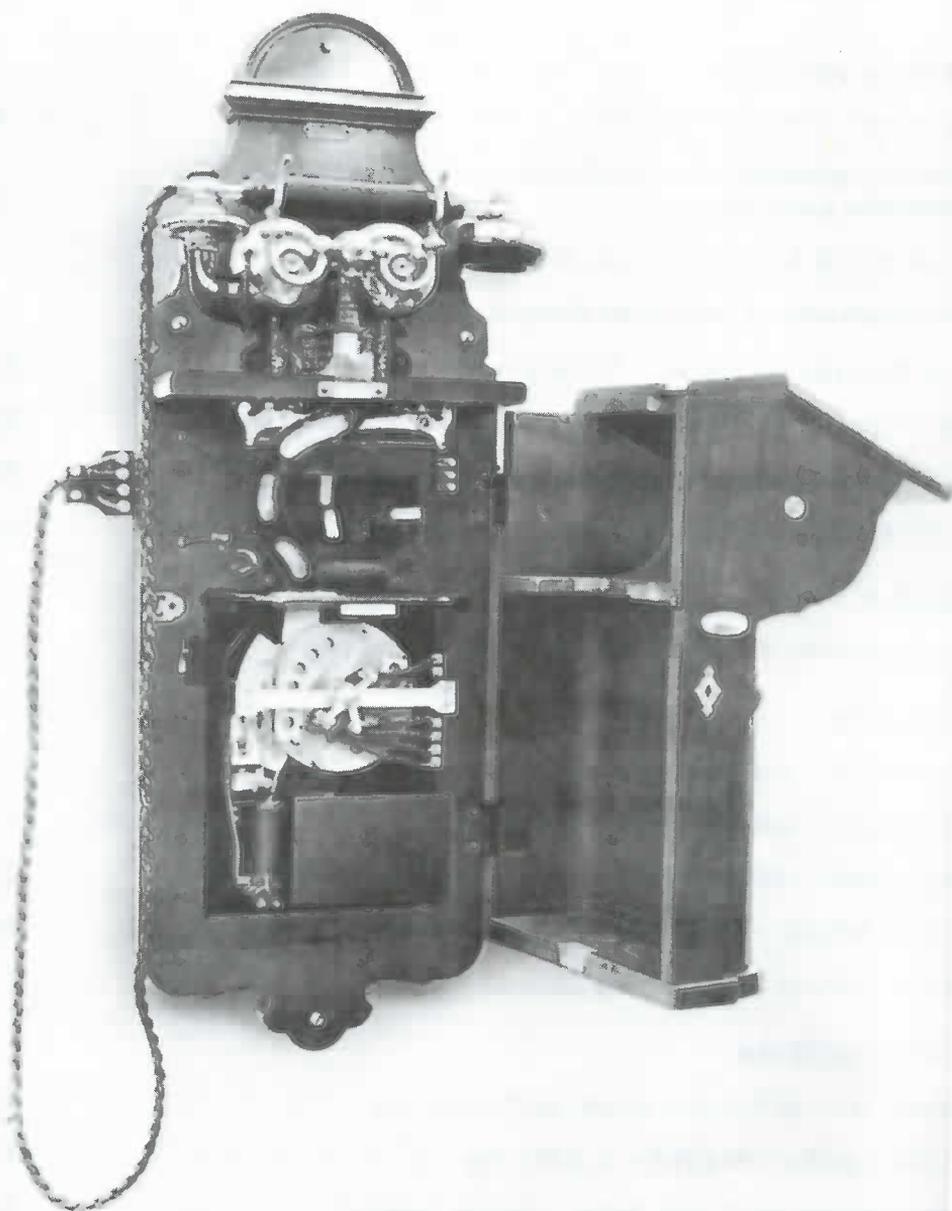
Encuentros y desencuentros	50
Ainogatap, la anti-utopía, o el fin del mundo al revés / <i>Carlos Franz</i>	52
Del nazismo visible al racismo consensual / <i>Leyla Bartet</i>	59
La peruanización de Finlandia / <i>Teivo Teivainen</i>	64
Poetas en París / <i>Sara Beatriz Guardia</i>	71

Ciudad abierta

Lima: Viejas invasiones y nuevas decadencias	82
La tierra prometida / <i>Julio A. Calderón</i>	84
Conversación con Oscar Malca / <i>Melvin Ledgard</i>	89

Cultura

«El estilo es el lugar donde poso mi alma» / Una entrevista con José Watanabe, por <i>Alonso Rabí Do Carmo</i>	98
Los males del poder y los poderes del mal / <i>Peter Elmore</i>	106



CONSOLIDANDO EL MODELO

Chuponeo, petipán y dictadura

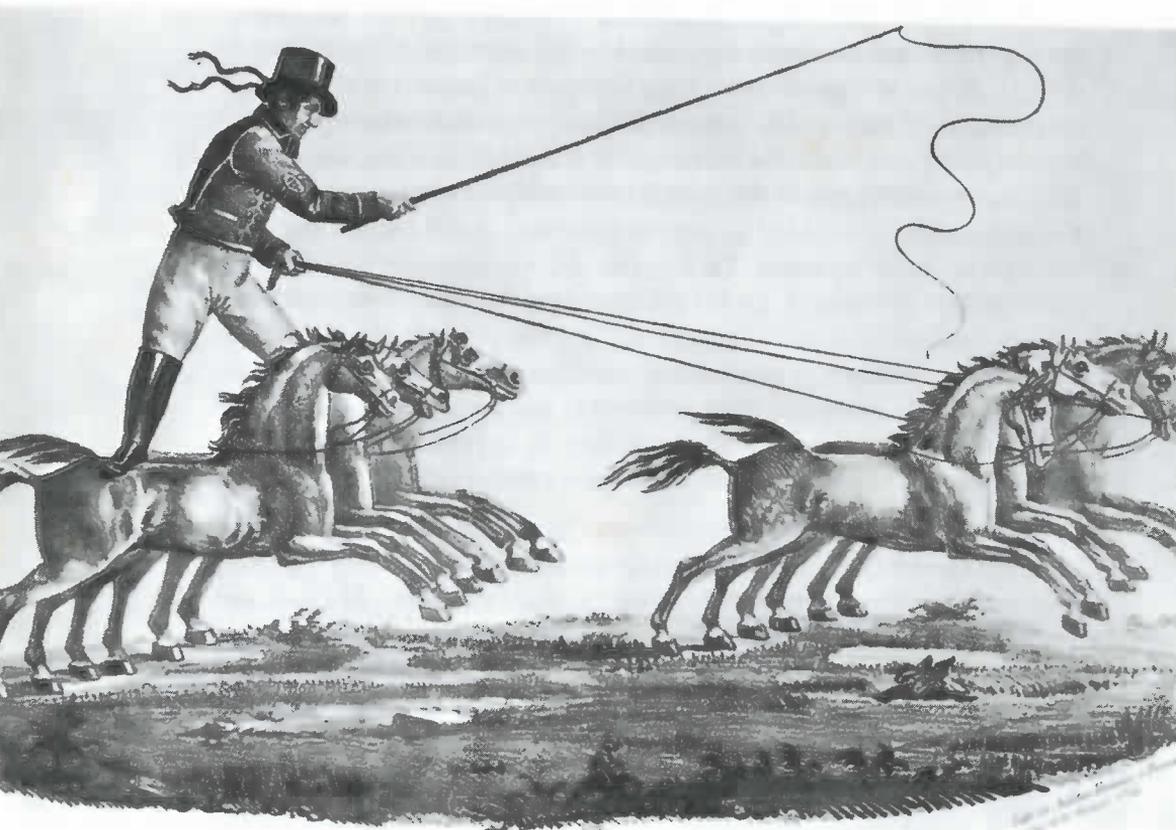
Los buenos viejos teléfonos también fueron «chuponeados». Sólo que la tecnología imponía límites, más efectivos, a menudo, que los que imponía la ley. El «chuponeo» de los «Intocables» dirigido contra el crimen organizado en la Norteamérica de los 20 era de signo diametralmente contrario al que se ejerció desde el poder en los 70 contra la oposición demócrata en el sonado caso Watergate. Aquél era legal. Éste, ilegal. Le costó la dimisión al presidente Nixon. En el primer caso el crimen organizado era el enemigo de la sociedad, y del Estado que la representaba. En el segundo, el Estado era el enemigo. La prensa jugó un papel decisivo al destapar el escándalo valiéndose del mismo poder que utilizaba ilícitamente el Estado: la información. No hay peor pesadilla que la del Estado convertido en el enemigo público, proyectando a la sociedad su propia paranoia: la del Estado que debe protegerse de la sociedad. La imagen del «chuponeo» telefónico es emblemática al respecto. En las millares de millares de conversaciones «chuponeadas», los escarbadores de la vida privada de las gentes encontrarán siempre lo que buscan: cualquier coincidencia, cualquier señal fuera de contexto, será convertida en un signo. Como en *El péndulo de Foucault* de Umberto Eco, la lectura de los signos irá poco a poco revelando/ fabricando la gran conspiración.

No parece que estemos en ese extremo. No todavía, al menos. Hurgar en la vida privada de las gentes lleva a revelar sus problemas y miserias, que son la materia prima de la amenaza y del chantaje. El chuponeo permite grabar la voz; la cámara, la imagen. Ambas penden, como la espada de Damocles, sobre los ciudadanos amedrentados. Archivos judiciales, expedientes tributarios, hacen el resto. Son las fuentes y medios del poder de la información que permite neutralizar adversarios o hacerlos cambiar de bando.

El chuponeo es omnipresente. Ni los observadores de la OEA pudieron sentirse a salvo. Eduardo Stein, en un momento dramático de la segunda vuelta, tuvo que recurrir a la embajada norteamericana para asegurarse de que su llamada a Washington para consultar con Gaviria no pudiera ser «chuponeada». Más precavida, la avanzada de la OEA que vino después trajo su propio equipo de telefonía. Tal es la confianza que inspiramos.

Antes de emprender el regreso, Axtworthy y Gaviria dejaron una hoja al gobierno con recomendaciones para que se democratice. La pregunta queda planteada: ¿cómo democratizar el régimen sin desmontar los aparatos de poder de los servicios de inteligencia; y cómo desmontar éstos sin desmontar el régimen fujimorista que descansa en aquéllos?

(J.L.)



Litografía sin título. Siglo XVI

¡AMPAY!
GOBIERNOS DICTATORIALES
PARA ADMINISTRAR LA
POBREZA

HUMBERTO CAMPODÓNICO

La puesta en marcha de las reformas estructurales en el Perú desde principios de la década del 90 no ha logrado solucionar el problema de la pobreza. Actualmente, el 15% de la población sigue viviendo en situación de pobreza extrema y el 50% en situación de pobreza. Para los defensores del modelo económico vigente, esta situación debe considerarse como transitoria, como un costo duro, pero inevitable y necesario. Los beneficios para toda la población llegarán, más temprano que tarde, y de lo que se trata es de perseverar en el cumplimiento de las metas de política económica.

La situación de pobreza ha llegado a tal nivel que, según Félix Murillo, director del INEI, el 38% de los hogares peruanos consumen alimentos donados por el gobierno. Esta cifra llega al 60% en algunos departamentos de la sierra¹. Lo que esto significa es que, para muchos peruanos, la alimentación diaria depende directamente de lo que el gobierno les otorga, fundamentalmente a través del Programa de Nacional de Apoyo Alimentario (PRONAA). Lo más grave de esta situación es que aumenta la dependencia alimentaria y se alteran los patrones de producción y consumo de alimentos. En muchos poblados de la sierra, la donación de alimentos está desincentivando los cultivos tradicionales entre los campesinos.²

Pero la ayuda del gobierno a la población no sólo se da en el campo

1 Ver INEI, *Impacto de los Programas de Apoyo Alimentario en las condiciones de vida*, Lima, marzo del 2000. El documento fue elaborado por Rosa Flores.

2 Esto también tiene un impacto económico: las importaciones de alimentos bordean los US\$ 700 millones anuales. Asimismo, las importaciones de alimentos provenientes de Estados Unidos, a través de la PL 480, se han triplicado durante el gobierno de Fujimori: según la AID, pasaron de US\$ 24 millones en 1989 a un máximo de US\$ 70 millones en 1994; en 1999 la cifra ascendió a US\$ 54 millones.

alimentario. Existen otros programas tales como el FONCODES, el Plan Sierra que ejecuta el PRONAMACHCS (Programa Nacional de Manejo de Cuencas Hídricas y de Conservación de Suelos), el Plan de Caminos Rurales, el Programa de cunas infantiles (Wawa Wasi). Todos estos programas son apoyados por la Banca Multilateral de Desarrollo (Banco Mundial y BID). Desde 1993, los créditos concertados con estos organismos para el combate a la pobreza superan los 800 millones de dólares. Estas cifras no incluyen los préstamos concertados con los ministerios de línea (Salud y Educación).

El gasto social en el Perú ha aumentado fuertemente desde 1992, pasando del 2% del PBI en ese año a 7,6% del PBI en 1999. Aún así, nuestro país se encuentra muy por debajo del gasto social que realizan países como Argentina o Uruguay, donde la cifra se acerca al 20% del PBI.

Existe una diferencia entre el gasto social de los países mencionados y el del Perú, puesto que en esos países está dedicado a lo que se llama inversión en capital humano, a través de los Ministerios de Salud y Educación, mientras que en nuestro caso ha crecido la importancia de los organismos ya mencionados.

Para administrar ese gasto se ha creado una frondosa maquinaria administrativa, la misma que ha hecho aumen-

tar el número de empleados del gobierno. En esa maquinaria tienen considerable importancia ex militantes del APRA (Absalón Vásquez, Alberto Kitazono) y también ex militantes de Izquierda. Lo más negativo es que esa maquinaria está al servicio político del gobierno y ha cumplido un rol importante en la estrategia de la re-reelección.³

UN CAUDILLISMO NEO-LIBERAL

Las políticas de apertura, desregulación y privatización implementadas desde 1990-91 han logrado que se retomen importantes niveles de inversión y de crecimiento. Pero éste no se ha traducido en la creación de empleos. Como lo hemos analizado en otro artículo, el déficit de empleos hasta el 2007 será de 2'500,000.⁴ Las empresas privatizadas, por ejemplo, apenas si generarán el 12% de ese total. Y, como lo ha demostrado Javier Iguíñiz, en la década del 90 en el Perú no se ha generado, en términos netos, ni un solo puesto de trabajo estable y con remuneraciones adecuadas.⁵

En otras palabras, lo que se viene configurando en el país es una situación en la cual pareciera que el 50% de la población no tiene cabida en el actual modelo. Con lo cual se tiende al agravamiento de la exclusión social actualmente existente. Es justamente por la falta de empleo que el gasto social se eleva de esa manera. Lo que va creando una relación perversa: como las políticas de libre mercado no pueden hacerse cargo del 50% de la población que está en situación de pobreza, es el Estado quien, a través de los programas sociales, se ocupa de satisfacer sus necesidades (esta política, que inicialmente se planteó como una política temporal, ahora aparece como un objetivo estratégico, es decir permanente).

La exclusión social ha llegado, hace ya buen tiempo, a las clases medias, para los cuales se ha acuñado un nuevo término: son los «nuevos pobres». En efecto, los ingresos de esta clase media, según las Cuentas Nacionales del INEI, han disminuido en 6% de 1994 a la fecha. En 1999 se dio en el Perú un hecho insólito: el impuesto a la renta pagado por las personas naturales fue mayor que el pagado por las personas jurídicas.⁶ Es en este sector también donde, en términos relativos, ha habido la mayor pérdida de empleos. Es por ello que en las filas de la clase media han crecido las manifestaciones de inseguridad económica, no solamente en el Perú sino en toda América Latina.

Estos golpes a la clase media son uno de los factores que han determinado que ésta comience un movimiento de oposición al actual gobierno.⁷ La clase media constituye también el sector más educado e ilustrado y depende mucho menos del Estado que la

3 Ver la publicación de Robert Schady del Banco Mundial, *Buscando votos: la economía política de FONCODES, 1991-95*, Washington, agosto de 1999.

4 Ver *Actualidad Económica del Perú*, # 205 y 206, «Las privatizaciones, la generación de empleo y la pobreza de la PEA ocupada». De aquí al 2007 (8 años), la oferta de trabajo crecerá en 2 millones de personas, que adicionadas a más del medio millón que se encuentran en desempleo abierto confieren una necesidad imperiosa de crear puestos de trabajo permanentes de un orden de 2.5 millones.

5 Ver Javier Iguíñiz: «El empleo precario, objetivo estratégico del gobierno». En: *Quehacer* N° 122.

6 En términos reales, ambas cantidades descendieron en 1999; pero descendieron más los impuestos de las personas jurídicas debido a la recesión económica de ese año.

7 Además, claro está, existe la oposición al autoritarismo y la defensa del Estado de Derecho.

población que vive en situación de pobreza y extrema pobreza. Podríamos decir que su capacidad de movilización es inversamente proporcional a su dependencia de los favores del gobierno.

Para el gobierno existe un punto clave para su sobrevivencia. Se trata de que el 50% de la población pobre no haga el siguiente razonamiento: *son las políticas de este gobierno las que determinan que no haya empleo y que*

nosotros dependamos de las donaciones, dádivas y obras que de cuando en cuando nos regala el presidente. Por lo tanto, lo que tenemos que hacer es cambiar esas políticas.

Cada vez que los dirigentes de la oposición se han dirigido a estos sectores para tratar de explicar que la solución a sus problemas radica en la generación de empleo y no en seguir recibiendo donaciones, la maquinaria política del gobierno ha reaccionado

«El déficit de empleos hasta el 2007 sería de 2'500,000.»



«Eso no puede seguir siempre así». Caricatura anónima, 1805.



Fantasmas. Max Ernst. 1903.

«Los nuevos pobres»: una clase media flaquísima.

de manera simplemente feroz, tanto en los medios de comunicación como en los sectores de base a los cuales tiene llegada directa.⁸ La «guerra sucia» desatada contra ellos afirmaba que querían cerrar los comedores y cortar toda la ayuda a los pobres.

Lo que se está configurando, entonces, son relaciones sociales que se basan en las donaciones, el clientelismo y una maquinaria política que se dedica a administrar la pobreza. Así se satisface todo aquello que no puede proveer el neo-liberalismo. Valdría la

pena reflexionar más en profundidad sobre este fenómeno que tiene características perversas, por ambos lados. En todo caso, lo que también parece ser cierto es que ha nacido un caudillismo de nuevo tipo: el caudillo neo-liberal, en el marco de nuevas relaciones entre capital y trabajo. La pregunta es: ¿podrá durar?

LA NECESIDAD DE ORDEN SOCIAL

Desde hace ya algunos años, el Banco Mundial y el BID afirman que si en América Latina la situación de empleo no mejora y se agravan las condiciones de pobreza y de distribución desigual del ingreso, entonces la inestabilidad social podría dar paso a la inestabilidad política, con la cual se estarían socavando las bases de legitimidad de las reformas estructurales de contenido neo-liberal. Esa es la razón central que sustenta, por lo menos en el papel, las iniciativas de estos organismos para impulsar las reformas de segunda generación, destinadas a asegurar la «gobernabilidad» (mejora de las instituciones, reformas del Poder Judicial, descentralización, entre otras).⁹

Lo que estaría sucediendo en el caso peruano, es que ante la inexistencia de voluntad política de avanzar en ese sentido, se ha optado por el re-

fuerzo del autoritarismo, para lo cual se usan todos los resortes del poder gubernamental. Esa es una vía muy peligrosa e insostenible en el mediano plazo. De ello no parecen darse cuenta importantes sectores del empresariado, que apuestan al mantenimiento del modelo económico, sin modificación alguna. Para ellos, el actual gobierno es indispensable porque, de un lado, garantiza el orden social debido a su control sobre los sectores de la población pobre y, de otro, mantiene el esquema de política económica que les permite seguir obteniendo beneficios. El mal conocido es mejor que el bueno por conocer. Esa visión miope, en el corto plazo, refuerza las posiciones de los sectores más duros del gobierno. A la larga, el «orden» que quiere mantener ese sector del empresariado no puede durar. La mitad del país ya no soporta el régimen y no parece que vaya a cejar hasta conseguir cambios.

Por último, ¿es que para mantener este modelo económico se están volviendo indispensables los regímenes autoritarios y dictatoriales en países donde el 50% de la población vive en situación de pobreza y no se generan los empleos necesarios? Una mirada a otros países de la región nos muestra una situación preocupante, por decir lo menos.

No lo creemos. Las políticas alternativas existen. A las reformas de segunda generación brevemente enunciadas líneas arriba, hay que agregarles la necesidad de poner en marcha políticas sectoriales que impulsen a aquellos sectores que sí pueden generar empleo: agricultura, industria, construcción y turismo.¹⁰ Ese programa alternativo requiere concertación democrática y fortalecimiento de las instituciones, objetivos que, evidentemente, no están en la agenda del actual gobierno. ■

8 Ese ha sido el caso, por ejemplo, con las organizaciones de madres de los comedores populares y de los vasos de leche.

9 Este es el discurso, pero en el día a día sigue primando el apoyo a las reformas de primera generación. En este caso, del dicho al hecho hay mucho trecho.

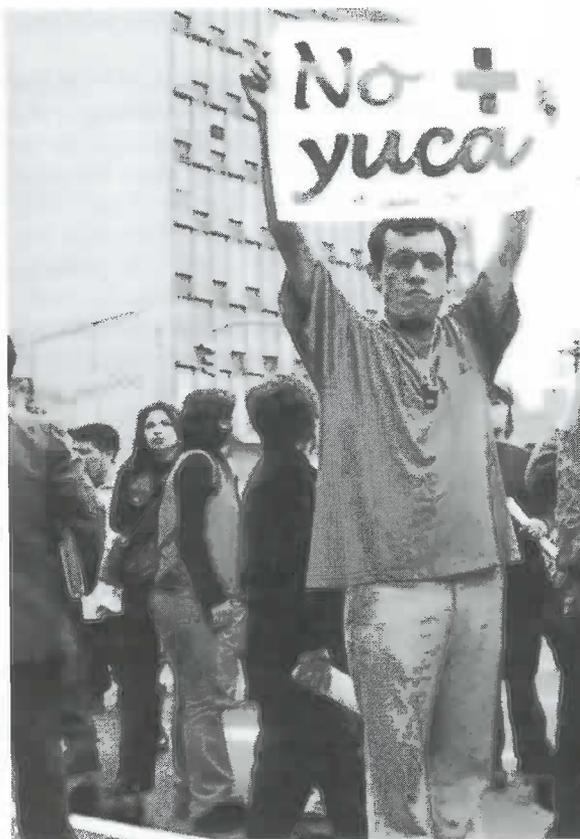
10 Ver el ya clásico libro de Alice Amsden: *Asia's next Giant: South Korea and Late Industrialization*, Oxford University Press, 1989. También el libro del propio Banco Mundial: *El milagro del este asiático*, Washington, 1993.

LA CARRERA DE FONDO

EDUARDO BALLÓN ECHEGARAY

El 28 de julio el ingeniero Fujimori iniciará su tercer período presidencial en un escenario bastante distinto al de sus dos mandatos anteriores. Concluida la visita de la Misión de Alto Nivel de la Organización de Estados Americanos, los distintos actores han asumido ya que la necesidad imperiosa de democratizar el país no se resuelve en el plazo inmediato y, por lo tanto, la perspectiva es de un conflicto de mediano plazo. Las propuestas del Canciller Axworthy y del Secretario General de la OEA dejaron insatisfechos a todos. Al gobierno, porque tuvo que oír y recibir propuestas sobre todas y cada una de sus violaciones sistemáticas al Estado de Derecho y a la Constitución; a Toledo y la oposición porque constataron, lo que era obvio, que el tema de las elecciones no formaba parte de la agenda y, por lo tanto, no se resuelve la ilegitimidad del gobierno; a la sociedad civil, finalmente, porque no tuvo un sitio cabal en las conversaciones de la Misión.

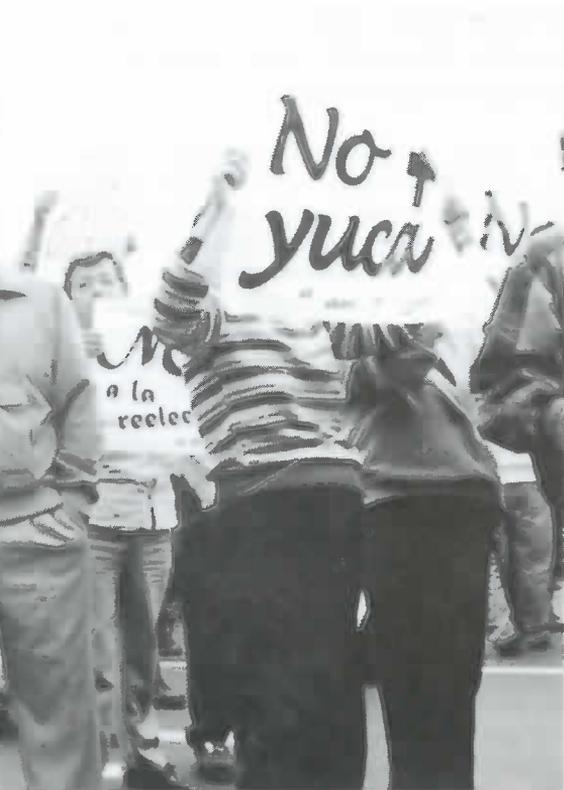
Seguramente, la única certidumbre que se llevaron los visitantes es la misma que tenemos los peruanos. Si durante buena parte de la década pasada la política nacional estuvo definida por la legitimidad y la simpatía mayoritaria por un régimen autoritario, hoy en día la legitimidad y la propia legalidad del tercer mandato del gobierno están severamente cuestionadas y su respaldo popular está marcadamente erosionado. Dicho desgaste, sin embar-



La legitimidad y la legalidad del régimen están en el terreno social.

go, no es atribuible fundamentalmente a los partidos políticos o a una oposición democrática, articulada y con objetivos claros. Sin negar la participación de aquéllos, es claro que la crisis de hegemonía del régimen, se ha incubado en el terreno social antes que en el político.

De ahí que los escenarios posibles, después del 28 de julio, dependerán sustantivamente de la capacidad que tenga un fenómeno social –un estado de ánimo de amplios y plurales sectores de nuestra sociedad– de convertirse en un fenómeno político; es decir, con capacidad de llevar a soluciones democráticas y modificar sustancialmente la situación actual.



cuestionadas. La crisis política se ha incubado

LA CRISIS DE LA HEGEMONÍA FUJIMORISTA

Resulta innegable que el gobierno asumirá su tercer período en un escenario polarizado. Cuatro elementos marcan claramente las diferencias con los períodos anteriores y expli-

can la crisis de la hegemonía fujimorista.

El primero de ellos, sin duda, es la importante y persistente movilización social contra el régimen. La misma, que contribuyó a forzar la segunda vuelta electoral, expresa en la calle el descontento de sectores significativos y relativamente organizados de la sociedad, entre los que destaca la participación generosa y activa de los jóvenes y las mujeres, cuyos colectivos son los más visibles. Se trata de una movilización plural que tiene, por primera vez en las últimas décadas, un fuerte contenido ético de reivindicación de la democracia, que hace que sus demandas resulten irreductibles.

El segundo elemento distinto es el de la opinión internacional, claramente desfavorable al fujimorismo en esta ocasión. Más allá del tono tibio de la misión de la OEA y de la interesada cautela de la diplomacia mundial, es indudable que el fujimorismo es visto con incomodidad y está aislado internacionalmente; difícilmente podrá remontar esta situación. Es más, de persistir en sus posturas, no debe sorprender la aplicación de sanciones de distinto tipo, particularmente del gobierno norteamericano, que dificultarían aún más el panorama económico del país.

La tercera diferencia está referida al contexto económico, marcado claramente por la recesión y la retracción de la inversión. La inminente alza de los combustibles y el «sinceramiento» del PBI, así como la desconfianza que genera en el capital transnacional la situación del país, permiten avizorar tiempos difíciles en esta materia. Peor aún, cuando el gobierno seguramente tendrá que responder a una clientela electoral que demandará el cumplimiento de sus distintas promesas.

Finalmente, y a pesar de tener ya mayoría parlamentaria gracias a sus recientes «adquisiciones», es claro que el gobierno puede enfrentarse a dificultades crecientes para manejar al Congreso como lo ha hecho en los últi-

mos años. Por lo demás, la presencia de figuras tan disímiles como Francisco Tudela y Absalón Vásquez, ambos con una voluntad protagónica ya demostrada, permite prever posibles conflictos en los sectores más visibles del fujimorismo.

TOLEDO Y LA OPOSICIÓN

Alejandro Toledo, que encabezó la denuncia del fraude electoral, tiene hoy varios desafíos si quiere, como todo parece indicarlo, convertirse en la cabeza de la lucha por la democracia que se ha abierto en el país. Ello supone entender que el deterioro que vive el régimen político es consecuencia de un estado de ánimo que se explica por la crisis económica, pero también por una percepción creciente que asocia esta crisis al autoritarismo. La preocupación que hoy muestran importantes sectores de la sociedad por el futuro de la democracia, refleja también una preocupación que tienen por el centralismo, el desempleo, la pobreza, la recesión, etc.

En otras palabras, Toledo y los partidos de oposición tienen la obligación de demostrarle a la sociedad una capacidad de propuesta que vaya más allá del Acuerdo de Gobernabilidad que suscribieran a inicios del año, y que permita que la movilización social adquiriera un sentido más amplio.

Adicionalmente, y dado que el descontento es antes que nada un fenómeno social, se ve en la necesidad de ligarse a éste, de reconocer a las organizaciones que vienen protestando espontáneamente, convocándolas y haciéndolas participar de un solo movimiento. Como es obvio, en este proceso debe resolver su vinculación con los partidos políticos opositores, que no puede limitarse, como hasta ahora, a la aparición conjunta en algunas manifestaciones. A fin de cuentas, para que el descontento devenga en un proceso de acumulación de fuerzas opositoras, debe

ser organizado por los partidos democráticos.

Ambos desafíos son grandes. Más aún si aceptamos, además de la espontaneidad de la movilización social, las debilidades de la sociedad civil en términos de su fragmentación y su marcada desconfianza en la política y los políticos. Es claro, sin embargo, que de no resolverse ambos temas, las posibilidades de hacer frente al régimen serán muy limitadas.

LA MARCHA DE LOS CUATRO SUYOS VS. LA COMISIÓN DE DEMOCRATIZACIÓN

En este contexto, el gobierno y la oposición han empezado a jugar las cartas de sus respectivas estrategias. El primero tiene en la Comisión de Democratización el instrumento a través del cual pretende dar la imagen de una voluntad de diálogo que es negada cotidianamente por los principales voceros gubernamentales. Dicha Comisión, nombrada anticipándose a la visita de la OEA, más allá de la visibilidad adquirida en los medios de comunicación, carece de credibilidad y no ha logrado despertar el entusiasmo, ni siquiera entre los opositores más tibios.

Toledo y la oposición, por su parte, han convocado a la marcha de Los Cuatro Suyos para el 26 de julio. Con ella pretenden que la movilización social del país evidencie aún más las difíciles condiciones políticas y de ilegitimidad con las que el ingeniero Fujimori asumirá su tercer período de gobierno. Se trata, sin duda, de una apuesta bastante alta ya que las posibilidades subsecuentes de su estrategia dependen de un resultado exitoso en este esfuerzo.

Los próximos días estarán marcados por esta pugna. En ella, las posibilidades gubernamentales de lograr una imagen dialogante y dar alguna credibilidad a la Comisión de Democratiza-

ción están severamente limitadas por la necesidad que simultáneamente tiene de mostrar fuerza y cohesión. Las posibilidades de la oposición de lograr éxito en la marcha de Los Cuatro Suyos, por su parte, pasan por avanzar en la resolución del severo divorcio que se mantiene entre la sociedad y la política en nuestro país.

incrementará el deterioro político del régimen autoritario y se configurarán mejores condiciones para una salida realmente negociada de la crisis.

Por el contrario, si aquella fracasa y el gobierno consigue romper su imagen de aislamiento, fortalecerá su posición y, eventualmente, la condena internacional al país puede empezar a amen-



CARETAS

El fujimorismo es visto con incomodidad en el exterior. Misión de la OEA: Canciller canadiense Lloyd Axworthy y secretario general, César Gaviria.

EL ESCENARIO FUTURO

Así las cosas, el escenario del país post 28 de julio dependerá en gran medida de las próximas semanas. Si la marcha es exitosa y la nueva juramentación del gobierno se produce en un contexto de aislamiento y protesta, se

guar. Ello no supondrá resolver los temas de legalidad y legitimidad del régimen político, pero sabemos bien que éstas son preocupaciones menores para quienes nos gobiernan.

Como no ocurría hace décadas en la historia del país, la calle tendrá un rol definitorio en la situación actual. ■



Toledo sacrificó su imagen como candidato a presidente de la República para fungir de caballero andante defensor de una noble causa.

¿POLARIZACIONES...? ¡LAS DE MI TIEMPO!

GUILLERMO ROCHABRÚN

Más allá de las incógnitas sobre las cifras oficiales y no oficiales de la última peripecia electoral, así como del rosario de «irregularidades» que la plagaron, lo evidente es la presencia de dos sensibilidades o temperamentos, que han cortado al electorado en partes muy similares. ¿Pero es que ha dividido de la misma manera a la ciudadanía?

Creo que en lugar de la así llamada polarización hay algo muy diferente, y trataré de mostrar algunas evidencias en este sentido. Empecemos por los dos temperamentos. Por una parte está el voto por Fujimori, donde reina un talante que se ha inclinado por la continuidad y la estabilidad, la seguridad de lo ya conocido, y donde se cifran expectativas, ya sea en lo que el tercer período pudiera hacer, y/o en lo que él garantiza a ojos del elector. Se trata mayormente de un temperamento práctico que se orienta por lo que es factible obtener de manera tangible. A diferencia de 1990, e incluso de 1995, esta vez ha tenido lugar a través de un voto muy estable. Ello se manifiesta en que el voto por Toledo creció a costa de los demás candidatos de oposición, y no de Fujimori mismo.

Del otro lado está un temperamento de protesta, que busca un cambio de rumbo, incluso una ruptura, expresado en lo inmediato mediante un profundo sentimiento de indignación que salta a la vista. Su agenda es el orden institucional atropellado; no necesariamente desconoce «los logros del primer gobierno», pero antes bien los considera como parte de un pasado que ya no es tan significativo. Quizá vive la estabilidad como estancamiento –o incluso empobrecimiento– y percibe en el «orden» político los signos de una dictadura *sui generis*.

Tras un proceso que merece ser minuciosamente estudiado, gran parte de los ciudadanos habían quedado saturados por la larga y sistemática demolición de las instituciones que hizo el gobierno, y ese fue el eje que definió su voto. Así, lo sorprendente de la segunda vuelta no son los votos que Toledo habría perdido por centrar su campaña en «la falta de condiciones», sino los votos que pese a ello mantuvo, y la masiva votación nula: un voto de protesta, en lugar de un voto afirmativo, un voto principista donde inclusive el reclamo por dignidad se ha dejado sentir, en lugar de un voto dentro del marco formal de elegir a un mandatario.

Rompiendo con la tradición de favorecer a alguien «de centro» que ofreciese un programa positivo, esta vez dicho electorado buscó a un opositor. La actuación de Toledo parece cabalgar sobre este temperamento, pues optó por sacrificar su imagen como candidato a presidente de la República para fungir de caballero andante defensor de una noble causa. Este viraje se adecuaba al estado de ánimo de quienes estaban dispuestos a salir a las calles, y también a los resultados de las encuestas. Ellas, además de dar como ganador a Fujimori en la intención de voto, también mostraban que en el perfil de candidatos («¿Qué candidato cree Ud. que es mejor para...?») Toledo quedaba en desventaja. En estas circunstancias, apoyarlo o votar por nadie en lugar de elegir a un mandatario, habla a las claras de la intensidad de un temperamento anti-dictadura, que linda con lo insurreccional.

En la escena pública esta sensibilidad está ahora a la ofensiva, y predomina claramente sobre el temperamento conservador. Ya desde antes de la

primera vuelta y aún hasta este momento, el voto por Fujimori era «vergonzante», lo cual muestra que una gran parte del electorado fujimorista es sensible al discurso ético de la oposición. En otras palabras, también ellos preferirían elecciones transparentes, pues ¿qué apoyo ciudadano podría tener un nuevo 5 de abril?¹

De todos modos, es indudable que son dos temperamentos diferentes y,

cual, qué identificación suscitan), sino de dos sensibilidades. En tal sentido se trata de un quiebre Fujimori/No Fujimori, o «continuidad de régimen/cambio de régimen», y no una polarización entre Fujimori versus «Fulano de Tal». Es decir, para el temperamento de protesta casi todos los candidatos de oposición independientes eran intercambiables, de modo que el protagonismo de Toledo es, al menos por

Ralf Winkler / A.R. Penck. *Visión del Mundo I*, 1961.



por lo mismo, es preciso preguntarse a qué se debe tanto el uno como el otro, y si están formando un sistema de algún tipo.

Aún con predominio de uno u otro candidato en regiones, zonas y capas sociales, estas dos sensibilidades deben estar sumamente repartidas en todas ellas para poder haberse dado un virtual empate. Pero pasando de las cantidades a los contenidos, no se trata de dos opciones (por ejemplo, por uno u otro candidato) que se enfrentarían en el mismo espacio (qué ofrece cada

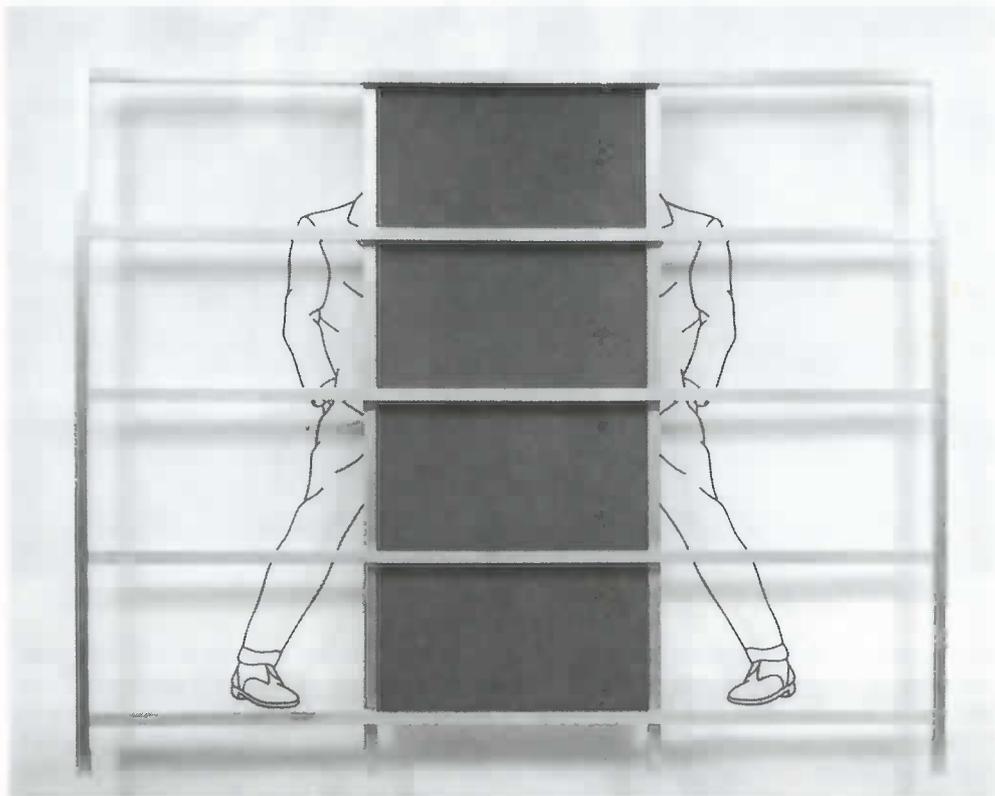
ahora, bastante circunstancial. Quizá por primera vez en el Perú contemporáneo ocurre la coexistencia de dos dis-

1 En tal sentido, ¿qué fue del apoyo tan amplio a dicha «ruptura del orden constitucional»? En un excelente artículo Sandro Macassi ha sabido percibir una inquietud ética en dicho respaldo. Hoy en cambio, la eticidad está en la dirección opuesta. Véase «Cultura política de la eficacia. ¿Qué hay tras la discusión entre dictadura y orden constitucional?», En Alfaro, Rosa María (et al.): *Comunicación y cultura política: entre públicos y ciudadanos*. Calandria, Lima 1994.

cursos, de dos lenguajes que son prácticamente inconmensurables. Compárese si no esta división con la de «derecha-izquierda» de los años 70 y 80. O con «aprismo-antiaprismo», que atravesó tan intensa y globalmente varias generaciones: en esos casos, desde polos opuestos los contendientes hablaban en el mismo campo de significados. De otro lado, esas sí fueron polarizaciones.

una decisión colectiva: votar. Aquí entra en acción un complejo balance donde juegan muchos temas, y donde se opta entre el conjunto de los candidatos, lo cual se hace según lo que para cada elector está en juego. Tales elementos están ausentes cuando respondemos a una encuesta sobre acontecimientos y decisiones ajenas.

Pues bien: reiteradamente las en-



Michael Craig-Martin (1987)

¿Cómo entender, entonces, el carácter de la división actual? Arriesgo la siguiente interpretación. Ante todo concordemos en que los procesos electorales rompen con el ritmo habitual de la vida política y de la opinión pública. Una cosa es opinar sobre un gobierno en curso, un acontecimiento, una decisión. En ello intervienen los sentimientos movilizados al momento sobre aquello que es juzgado. Y otra muy diferente es tomar una opción propia: intervenir en

encuestas de opinión han mostrado una marcada predilección de la ciudadanía por la institucionalidad y la democracia. En tal sentido, aún sin necesariamente darle su respaldo, la opinión pública ha coincidido con la oposición mucho más que con el gobierno. Fue así que la aprobación a Fujimori cayó dramáticamente mientras se montaba el aparato para la re-reelección. Las decisiones del gobierno en temas como el Tribunal Constitucional, Baruch Ivcher,



«¿Existe en el Perú una 'cultura política autoritaria'?»

el bloqueo al Referendum para la reelección, y anteriormente la Ley de Amnistía, fueron alta y a veces abrumadoramente rechazadas. Las instituciones públicas que han recibido menor confianza son aquéllas en las que el gobierno tiene mayor injerencia, y viceversa. En suma, cuando ello estuvo en el centro de la escena política los ciudadanos desaprobaron el comportamiento arbitrario en porcentajes muy superiores a la aprobación a Fujimori, aún si este patrón es menor –a veces mucho menor– en los estratos «C» y «D» de las encuestas. Acontecimientos como las marchas estudiantiles recibieron una aprobación masiva y homogénea entre todos los sectores.²

Pero si existe esa sensibilidad, ¿por qué luego se vota por Fujimori? Para decirlo en una frase: la democracia y el **fair play** no son ni tienen de dónde ser en un país como el Perú el criterio por excelencia a la hora de votar. Y no obstante es extraordinario que al parecer sí lo haya sido para más del 40% de los electores, quienes esta vez votaron como ciudadanos.

2 Según datos de APOYO S.A., la calificación del gobierno de Fujimori como dictatorial era de 34% en mayo de 1992, mientras en junio de 1997 era 59%. Exactamente dos años después, con una pregunta distinta que permitía matices, un 14% lo consideraba democrático, mientras que 82% veía en él desde rasgos autoritarios hasta una dictadura.

Si consideramos las encuestas de opinión a lo largo de períodos presidenciales enteros, es claro que muchos de los actuales votos por Fujimori corresponden a electores que también han manifestado claros sentimientos democráticos. Esa es una de las razones por las que, según lo que vengo argumentando, la división del voto entre los dos temperamentos no corre a lo largo de la polaridad «democracia-dictadura». Y es que, si bien el temperamento de protesta se alinea con el primer término, en modo alguno puede afirmarse que quienes han votado por Fujimori y participan del otro temperamento, estén a favor de lo dictatorial.

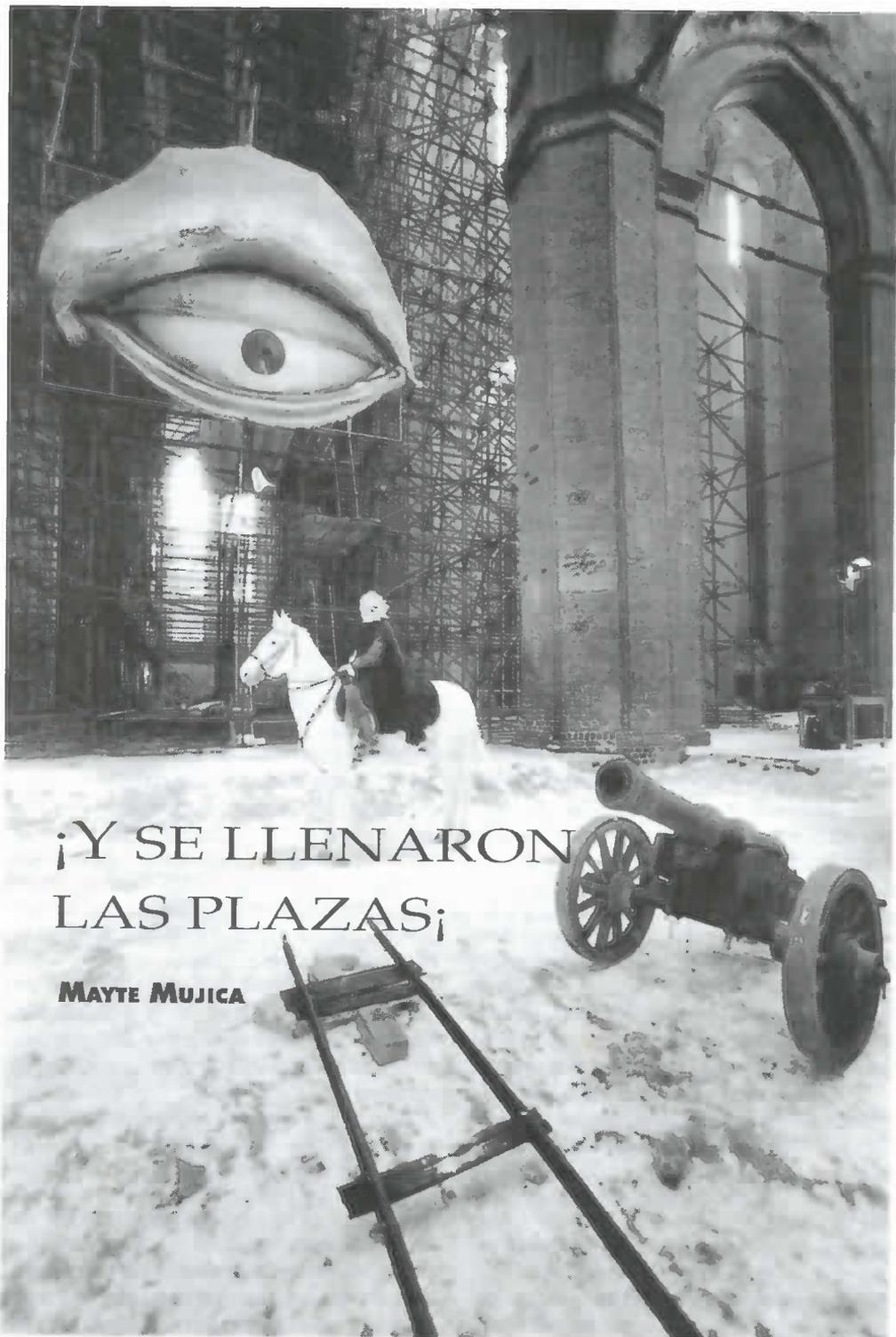
Pero antes de proseguir hagamos un breve interludio teórico. ¿Por qué hablo de «temperamentos» y términos afines, en lugar de «cultura política»? La razón es que mientras la noción de «cultura» nos sitúa ante instancias muy permanentes en el tiempo, términos como «temperamento» o «sensibilidad» nos permiten estar alertas a cambios que se manifiestan en lapsos a veces muy cortos y cuya estabilidad aún es incierta. De este modo, al interior de una misma «cultura política» caben sensibilidades muy diversas. Por ejemplo, Carlos Franco sostiene la persistencia de EL populismo en el Perú —donde la figura del líder es decisiva—, por encima de lo circunstancial de los movimientos y partidos de ese corte. Ello incluiría a Fujimori. En cambio, Macassi encuentra que con este último va caducando el líder que «enamora» a las masas, siendo su lugar llenado por una relación más fría de intercambio de obras por apoyo.

¿Sería esto un cambio en la cultura política? Difícil saberlo a estas alturas. Por ello prefiero ir sopesando gradualmente la consistencia, y sobre todo la centralidad, que pueden alcanzar estas variaciones. Con mucha rapidez hoy experimentamos en este país transformaciones y diferenciaciones, sin que impliquen necesariamente un cambio en algo que pueda ser denominado «cultura política».

¿Existe en el Perú una «cultura política autoritaria»? Cuando menos habría que distinguir entre a) una cultura autoritaria «activa», como la que reclama «mano dura», y que puede ir de Velasco a Pinochet y Hitler. Se trata aquí de un talante agresivo que juega en el campo «amigo-enemigo». Ello debe distinguirse de b) una actitud más bien pasiva y condescendiente ante gobiernos fuertes y paternalistas, alentada por la precariedad de recursos de los ciudadanos y sujeta a una estrategia pragmática de los mismos. Es obvio que en el Perú se da lo segundo, no lo primero. De otra manera no podría explicarse cómo la mitad del electorado votaría en contra de alguien **por ser** autoritario, ni daría cuenta del carácter básicamente **pragmático** de la votación fujimorista de la otra mitad.

Sostengo, en suma, que estamos en una situación en la cual un temperamento ético ha pasado a un primer plano en el ánimo de la ciudadanía. Dicho temperamento subyace incluso en el elector pragmático, razón por la cual éste tiende a esconderse de la escena pública. Piénsese en el «voto vergonzante» (que existió y aún existe, al margen de si ello explica el misterio de las encuestas «a boca de urna»), y en la total ausencia de clima festivo, no solamente entre los activistas del fujimorismo, tras el anuncio de los resultados oficiales de la segunda vuelta, sino también entre sus electores.

¿Qué tenemos por delante? En la esfera de los sentimientos públicos el fujimorismo ha sido derrotado por los mismos sentimientos que lo apoyaron en abril de 1992. Mientras que entonces el **Fujigolpe** fue sentido como un golpe a la mentira, hoy su continuidad es vista como todo lo contrario. La «polarización» es, por tanto, una apariencia. Superada la campaña electoral, es de suponer que el talante a favor de las instituciones y la democracia recobrarán con creces su amplio predominio ciudadano, en el tenso período que empezamos a atravesar. ■



Rodaje de la película *Novalis: La Flor Azul*, 1993.

¡Y SE LLENARON
LAS PLAZAS;

MAYTE MUJICA

MULTITUDES EN PANTALLA

Un hombre de casaca verde pasea sobre un estrado, va de un lado a otro como si fuese un orangután enjaulado. Lanza un ¡carajo!, un ¡por dios! y una vez más un ¡carajo!, alza la voz, la baja, la fuerza. Le acercan la bandera, la estruja entre sus manos y la besa. Entonces nuevamente va y viene, sobre el escenario, viene y va, una y otra vez, como una bestia a la que le han arrancado la libertad.

En otro lugar se escucha el sonsonete de una techno-cumbia, sobre este otro estrado unas mujeres agitan las caderas. El ritmo se queda pegado en los oídos de quien lo escucha, y a uno lo impulsa a mover los pies. Una voz aguda interrumpe para decir una o dos frases en un castellano raquítrico. La música nuevamente, y el hombre de voz aguda ensaya unos pasos de baile, parece que estuviera tratando de librarse de un dolor en los pies.

El hombre del carajo y el de la techno-cumbia fungen de líderes y en una plaza pública han montado un espectáculo que aparenta ser un mitin donde cada uno intenta conducir a sus multitudes. Pero quizá el show no esté dirigido a quienes ahí abajo repiten las consignas de un animador, ni a quienes saltan y mueven los brazos como si estuviesen en una barra brava, ni a los jóvenes universitarios que, esperanzados, buscan reformar el podrido sistema de este país. No, porque este espectáculo del histriónico orador que no sabe ocultar el esfuerzo de sus gestos, y el de este mal bailarín que de vez en cuando inte-

rumpe la música, está dirigido a esas cámaras que desde todas partes todo lo ven: como si fuesen un Dios que registrara cada gesto, palabra y movimiento.

Hace ya varios años que los políticos abandonaron la plaza pública. Una de las últimas veces que se oyó de un mitin fue cuando Alan García –ese presidente del que nadie se quiere acordar– estatizó la banca, y un escritor que incursionaba en la política se pronunció ante una multitud. Después, así como los jóvenes abandonaron las calles y las marchas, los oradores dejaron huérfano al balcón. Y no sólo lo abandonaron porque el discurso se había empobrecido y porque las palabras se les habían escapado, sino también porque un nuevo recurso, en apariencia más atractivo, se consolidaba. La imagen había reemplazado a la palabra. Ya en junio de 1997, en una marcha de estudiantes en la que se reclamaba institucionalidad y democracia, los jóvenes caminaron por las calles con las manos pintadas de blanco. En una manifestación donde lo más tradicional son los lemas y las pancartas, se utilizó un elemento mucho más visual: el color blanco en las manos que apuntaban hacia arriba. Habían incorporado la gestualidad. La fuerza de la imagen había reemplazado a las palabras.

En la década del sesenta cuando la televisión llegaba sólo a Lima, y antes de ella cuando no llegaba a ninguna parte, los oradores se parecían más a los sofistas, esos maestros del buen hablar, indiferentes, al igual que la mayoría de los hombres de política, a la moralidad o inmoralidad, a la verdad o la mentira. «*Son los sofistas, lite-*

ralmente, los sabios, pero sabios en la persuasión y no en las cosas», dice José María Velarde en el libro **Vida y muerte de las ideas**. Ahora, aunque ya no se cultiva la palabra, la mayoría de los políticos, esos sofistas contemporáneos, siguen siendo indiferentes a las cuestiones morales. Pero lo que sí es seguro es que de maestros del buen hablar no les queda ni la sombra.

Es de noche y en Lima una mujer y un hombre descansan después de un día de trabajo. Un sillón, cojines, pantuflas y batas, ojos y oídos dirigidos hacia una mesa donde está el televisor. Ahí en esa pantalla pueden ver un mitin que se realiza en Arequipa, y ayer quizá allí estuvieron las imágenes de otra manifestación en Puno, y mañana tal vez le toque el turno al Cusco. *«El mitin pasa a ser de un fin, un medio para captar en otros lugares ciudadanos televidentes, comenta Pedro Planas, entonces, el mitin no es para los que están en la Plaza de Armas de Cusco sino para los de Tumbes, Trujillo o Puno, para que los de Puno vean cómo llenaste tu plaza. Ahí importan las tomas que tienes y los enfoques.»*

Desde el sillón, el hombre y la mujer se vuelven partícipes de esa reunión en la plaza pública, porque como dice el periodista Guillermo Giacosa, la televisión crea la ilusión de la participación, *«es como si estuvieras sin estar»*. Este aparato los ha hecho ciudadanos, en este caso, de un país desarticulado, como pudo convertirlos en ciudadanos del mundo en el caso de la transmisión de una guerra, el bombardeo en vivo y en directo a Kosóvo, por ejemplo. Quizá estas personas sean simpatizantes del cholo de casaca verde. Entonces la pantalla contribuye a que asuman la identidad colectiva de quienes se encuentran, en cuerpo presente, en ese mitin de cualquier parte del país. Los elementos del mitin han

sido manejados, en estas campañas electorales, para ser transmitidos por la televisión; se han montado pensando en esa generación que ha nacido con la imagen y en la gente que ya se acostumbró a ella, que ha asumido a la fantasía como realidad.

Queda claro para todos por qué después de un silencio que parecía eterno regresa esta forma tradicional de hacer política, esa fórmula que usó Víctor Raúl Haya de la Torre para dirigirse durante años a sus compañeros apristas, esa fórmula, ahora cuestionada, que utiliza todavía Fidel Castro, con sus discursos en la Plaza de la Revolución. Esa fórmula que tuvo que utilizar, durante estas dos últimas campañas, Alejandro Toledo porque unos medios controlados no le dieron igualdad de condiciones. Pero aunque este candidato diera el discurso en una plaza pública, sabiendo que no sería transmitido por ningún canal de señal abierta, sus palabras y los gestos seguían siendo los de un líder mediático. Lo único que faltaba ahí eran las cámaras de televisión.

Sin embargo, algo le falta a la caja mágica, y es que con ella el contacto físico no existe. A través de la televisión, el líder no enfrenta a la masa de televidentes que se encuentra dispersa. En la plaza pública, en cambio, no hay intermediación entre el líder y la multitud, ahí la relación es inmediata y hay una comunicación real. Aunque, como dice el psicólogo Alejandro Ferreyros, mucha gente ha establecido con el televisor un vínculo que se parece mucho al verdadero. *«Pero la presencia física del líder es algo que entusiasma mucho a las masas de manera extraordinaria, esas masas que no se hubiesen comportado de la misma manera si les hubiesen puesto una pantalla gigante y al candidato en un set de televisión, porque la presencia física tiende a potenciar el efecto.»*

Con la presencia física el fanatismo se exagera.»

Y tiene razón. No obstante estos nuevos líderes de multitudes, tanto en la plaza pública como desde un set de televisión, ya están condicionados a esta era de la imagen. Aún en los espacios abiertos dan más importancia al gesto que a la palabra, a la morisqueta que al silencio, a una canción de carácter popular, construida con un solo estribillo, que al himno solemne que a uno le remueve el estómago, los ojos y la lengua. En estas últimas campañas electorales los políticos no abandonaron la fuerza de la imagen, sino que se vieron forzados a trasladarla al escenario público, ahí donde todos pudieran verla.

¿MÍTINES?, LOS DE ANTES

«Los mítines en las campañas del 2000 son un reflejo del cierre del debate político de la televisión. Al no tener los canales de señal abierta ningún programa de debate político, las agrupaciones fueron redescubriendo formas de expresar su mensaje», afirma Wilder Ruiz, quien fue jefe de campaña del ex-candidato presidencial Federico

«Llenar una plaza en tiempos de penuria no es tan fácil»



CARETAS

Salas. Y a uno no se le ocurre dudar. Hoy, sin embargo, estas manifestaciones en la plaza pública, estos monólogos entre un líder y su multitud, cumplen una función muy diferente de la que desempeñaban hace ya muchos años. Antes, los diferentes candidatos hacían sus mítines hasta tres veces seguidas en un mismo lugar para, así, poder ver quién de los tres había llena-

éstos pueden congregarse en una plaza pública. «Tú puedes hacer un mitin inmenso y en las elecciones obtener un 2% de los votos, dice Planas. Al mitin termina considerándosele una pieza nada decisiva para el resultado electoral.» Pero aunque ahora, con la suma de esas personas que emocionadas bailan, cantan, gritan y lloran con los gases de la policía, no se pueda profetizar acerca



¿Dónde estoy que no me veo?

do más la plaza, cuenta el politólogo Pedro Planas. Entonces, el diario **La Prensa** tenía un «manifestó-metro» que medía, de acuerdo a las fotografías tomadas, cuántas personas entraban por metro cuadrado en cada mitin, y así uno podía calcular quién sería el ganador.

Hoy, cuando la sociedad se ha masificado, resulta imposible medir la popularidad de los partidos de masas a partir de la cantidad de gente que

del futuro ganador, los líderes-candidatos siguen teniendo el objetivo de llenar las plazas, no porque esto signifique una victoria segura sino porque estas manifestaciones permiten que el candidato deje una huella en el lugar que ha visitado. Aunque, a veces, los pisotones sean pagados.

Además, la realización de las manifestaciones públicas en estas elecciones y el afán de sus organizadores por llenar las plazas, puede explicarse a

partir de la teoría de la espiral de silencio, de Elisabeth Noelle-Neuman. Un candidato congrega muchísima gente en la manifestación que realiza. El ciudadano común quizá piense que, en tanto que hay una gran cantidad de asistentes, la postura de ese candidato es la que comparten la gran mayoría de ciudadanos. Dice Neuman que en toda sociedad hay una tendencia a castigar a aquéllos que no se suman a la opinión de la mayoría y que el individuo tiene miedo a ser aislado. Es entonces que los miedosos solitarios, al ver un espacio que hierve de gente, se pliegan a la gran masa, donde, aliviados, suspenderán su responsabilidad individual, y donde podrán aplacar su terror a la libertad.

Llenar una plaza en estos tiempos de penuria no es tan fácil. Y mucho menos en una de esas provincias olvidadas. Una o dos semanas antes del suceso, un grupo del local central de la organización política que lo montará viaja a la provincia. Ahí coordinan la llegada del candidato con los organizadores de la campaña; esto significa poner publicidad en la radio desde una semana antes de la llegada, empapear la ciudad anunciando la venida del líder, convocar a las agrupaciones sindicales y a los clubes de madres para que acudan el día D a llenar la plaza y que el lugar no se vea deslucido. Eso significa propaganda, logística, un carajo y una techno-cumbia. Después, cuando el mitin ha terminado y el candidato escapa de la ciudad, ésta tendrá que quedarse, durante una semana, con una propaganda en la radio, para que así la gente no se olvide de ese señor al que quizá nunca más vuelvan a ver. Sobre todo si gana.

Un hombre de casaca verde camina pausadamente por las frías calles de un poblado. Lo siguen quince personas. Se ha bajado en el grifo donde se

detienen los camiones, y donde nunca se detiene nadie. Alguien ha pasado la voz, dicen que si escuchan su palabra podrá salvarse el destino del Perú, dicen que dice *«hermanos, yo les pido»*, y que grita el nombre de Dios y dicen que parece un hombre del Ande. Sigue atravesando las calles y adentrándose, y detrás de él cada vez más gente. Y siguen diciendo que hay que seguirlo. Pero él no es un profeta. Es Alejandro Toledo que temeroso de lanzarse con mítines a los lugares de escasa actividad política, como Huarney, ensayó nuevas formas de hacerse popular. Entonces se disfrazó de Mesías. *«Ahí él va a ti, te toca, te abraza y besa a los niños; no es el candidato quien te visita sino el ser humano. Con esto tuvo una presentación impactante»*, declara Pedro Planas. *«Esa imagen mesiánica, que mucho se parece a la entrada de Jesús a Jerusalén en el Domingo de Ramos estimula comportamientos irracionales»*, afirma el psicólogo Alejandro Ferreyros. Y dice, además, que Toledo no necesitó de una techno-cumbia porque tuvo el ¡carajo!

Si la televisión hubiese estado abierta a todas las propuestas por igual, entonces no hubiese habido mítines, ni música, ni carajo, y las elecciones no hubiesen parecido ni un concurso de lisura ni uno de baile. Eso es difícil negarlo. No se trata de la resurrección de una estrategia política, que ahora cobra vida para quedarse eternamente. Ni de un enfermo desahuciado que ya no tiene posibilidad alguna de ponerse de pie. Porque si bien los mítines ya no son una pieza decisiva para el resultado electoral, esta vez surgieron con un nuevo elemento, la fuerza de la imagen, y fueron utilizados con fines diferentes a éstos que tenían las grandes manifestaciones de los grandes oradores. La realidad los cambió, los desapareció y los recuperó. Ojalá no los volvamos a necesitar. ■

LAS CALLES TIENEN MILES DE OJOS

JERÓNIMO PIMENTEL PRIETO



Eduardo Martínez

UNO

Miguel Ángel Cárdenas tiene 22 años, una gran preocupación, y unas ansias terribles de gritar. Camina por Universitaria junto a cientos de alumnos de la Católica, un sol que no se vio en esa neblinosa mañana ha empezado

a fastidiarle el rostro. Es el miércoles 12 de abril, juran los calendarios. La humedad de San Miguel junto al calor de un verano que no se va (que no se irá hasta las primeras semanas de junio) amenaza con incomodar un poco más al grupo que está a punto de llegar a La Marina. Una vez ahí, detienen el trási-

to por varios minutos pero nadie los insulta. Un conductor se afloja el nudo de la corbata y toma fuerzas para vitorrearlos. Seguramente le provocaría tener un puñado de años menos para plegarse a la protesta. Miguel Ángel y todos los que lo acompañan saben que no habrá segunda vuelta. Que todo está arreglado para que Fujimori gane, después de unos días, con el «cincuenta coma algo» de la población electoral. Él y varios amigos se reunieron el 9 de abril en su casa para presenciar las elecciones, y festejaron la caída de Alberto Fujimori entre las cuatro de la tarde y las seis del desprecio, hora en la que insólitamente se voltearon los resultados. Los márgenes de error de las encuestadoras no alcanzaban para tales resultados. Los de indignación menos.

Eran las 6:53 p.m. cuando miles de gritos enardecidos se esparcieron como regueros de pólvora en la Plaza San Martín declarando el triunfo popular: la segunda vuelta era un hecho. Recién en ese momento se vivió la fiesta que se había extrañado tres días antes, cuando los conteos «oficiales» dejaron a Alberto Fujimori al borde de su tercer mandato presidencial consecutivo. El éxtasis se contagió como un virus irrenunciable, y un emocionado Alejandro Toledo entendió bien que la realización de la segunda vuelta se había conseguido gracias a la presión de las manifestaciones. Tal vez lo importante fue que no sólo él entendió esto, sino también todos los que asistieron, marcharon y gritaron, y aún los medios de comunicación masiva serios (en estas épocas hasta la seriedad es atrevida). La sensación de poder transformar la realidad embriagó a todos esa noche.

ENTRETIEMPO

Vuelta de página. 1997. El reelegido gobierno no tenía la popularidad de antes, las cuentas del terrorismo y la

estabilización de la economía se pagaron en el referéndum de 1993 y en las elecciones de 1995. 1996 fue el primer año claro de recesión. En 1997 el terrorismo ya había perdido protagonismo: los universitarios que salieron a marchar tenían 12 o 13 años cuando se capturó a Abimael Guzmán. Se acababa de destituir al Tribunal Constitucional por desaprobar la ley re-reeleccionista, y tal vez sin mucha conciencia de lo que significaba la institución, multitudes inusitadas salieron a tomar las calles abofeteando con un buen sopapo los lugares comunes de la oficialidad, ya sea en la forma de clases políticas (de cualquier bando o calaña), ya en la de medios de comunicación, líderes de opinión, etc. La prepotencia con la que el gobierno había lanzado su aviso re-reeleccionista conmocionó a los que antes no habían tenido cómo captar el mensaje autoritario. Los que ya lo habían captado se sorprendieron de que repentinamente otros lo hicieran. Sin embargo, la Coordinadora Universitaria que nació de estas protestas fracasó.

Parte del problema de la espontaneidad y de la no-organización es que responden sólo a coyunturas muy específicas, y pagan su frescura y novedad con el alto precio de su corto tiempo de vida. Esto es, hasta que agresión, sensibilización e indignación se vuelven a juntar. Por otro lado, las protestas no representan una alternativa mediante la cual concretar una argumentación que permita cuestionar programática y articuladamente un estado de las cosas. Nadie duda de la vitalidad que les subyace, ni de la capacidad que tienen de ser el elemento que incline la balanza en situaciones específicas (es más, ellas implican un cuestionamiento ético previo, lo que es un buen signo de salud y conciencia cívica). Sin embargo, su capacidad de enfrentar estrategias como las gobiernistas es incierta, pues la falta de una mirada de largo o mediano alcance no permite estructurar un plan lo suficientemente fuerte

como para desbaratar las tácticas que hemos visto utilizar últimamente (por ejemplo, cortinas de humo como las de los *talk shows*, la homosexualidad, etc.). De todas formas, su carácter es necesario e imprescindible: es harto claro que la presión interna es el elemento fundamental para transformar la realidad política del país y que la externa, en el mejor de los casos, puede ser un buen suplemento. Lo sucedido en el

prima de todas las protestas). De ahí también el silencio que se observó desde el 12 de abril (tres días después de la primera vuelta) hasta el 25 de mayo (tres días antes de la segunda vuelta), tiempo en el que fueron pocas las manifestaciones que se produjeron, cuando el gran objetivo debió ser lograr el cambio de las condiciones que habían hecho de la primera vuelta la elección más entrecomillada, cuestionada e irre-



Eduardo Martínez

autogolpe del 5 de abril es una buena prueba de ello.

En el período post primera vuelta se convocaba a marchas cada dos o tres días. De ellas sólo se desarrollaban las que provocaban una cadena de éxito positivo que permitía que una asistencia respetable las consolidara. El resto (la mayoría), además de implicar un desgaste de energías y esfuerzos innecesarios, lo único que lograba era monotonizar hasta la normalización los ánimos de los estudiantes (la materia

regular de la historia de la República o, en todo caso, prorrogar la segunda vuelta para que el circo electoral no se repitiera una vez más.

No se ha reconstruido el movimiento estudiantil, pues las grandes carencias que condicionan su surgimiento no han podido ser remediadas aún: ideas, programas, líderes, cambio de actitud. Y no podrán ser remediadas hasta que se recupere y se pierda el miedo a la gran herramienta olvidada: la palabra. Y a través de la palabra,

todo lo demás. Sin embargo, lo que sí se ha logrado es que se fortalezca un cuestionamiento ético que enarbola fehacientemente grandes valores universales: democracia, derechos humanos, libertad de expresión, etc. No se han creado partidos, pero al menos se ha hecho sintomática la reacción, previa sensibilización, frente a determinadas coyunturas, lo que supone un primer paso imprescindible hacia la formación de una conciencia política. Este es el gran logro, más allá de la consecución de la segunda vuelta, que dejaron los comicios electorales pasados. Por lo pronto, se ha interiorizado una actitud de protesta que, además de aportar vitalidad al escenario político, ha logrado que se recuperen espacios que parecían olvidados: las plazas y las calles.

En ese sentido, se pueden observar algunos progresos respecto a protestas anteriores. A pesar de la heterogeneidad de las formas, matices y acepciones que existen tras los valores ponderados, existió una cohesión entre los universitarios que antes no se había visto. Por ejemplo, en la marcha del '97, mientras los de la PUCP gritaban por la vuelta al Estado de Derecho, los de la UNMSM se centraban en reclamar demandas referidas a la justicia social. Éstos acusaban a aquéllos de «burgueses» y la separación de los grupos, a pesar de haber marchado juntos (haber utilizado la misma ruta), era notoria. En el 2000 se ha podido observar que los estudiantes, a pesar de tener carteles que

los identificaban por universidades, eran un conjunto único asentado siempre en el medio de los mítines, diferenciándose esta vez de las demás agrupaciones (APRA, Construcción Civil, etc.). Además, se pudo observar que los universitarios que asistieron eran de una gran diversidad de centros de estudios, y hasta los de la U. de Lima, bajo los cuales cayó siempre el rótulo

Carteles en busca de nuevas propuestas y organización política.



Eduardo Martínez

de «indiferentes y apolíticos», se dieron el lujo de hacer un plantón en la Javier Prado.

DOS

El domingo 28 de mayo Alberto Fujimori se proclamó presidente postulando en una segunda vuelta que no tuvo observadores ni contendientes. Ninguno de los reclamos formulados en la primera vuelta fueron atendidos: ni la apertura de los medios de comunicación, ni el cese de la guerra sucia, ni la realización de un debate político, ni el cambio del **software** de cómputo, ni la remoción de las autoridades comprometidas en las irregularidades, ni nada. Por una reacción natural, la indignación de la gente empezó a llenar la Plaza San Martín. Nadie podía imaginar que ese día iban a congregarse las 60 u 80 mil personas que colmaron la plaza. Desde las cuatro de la tarde, junto al zumbido esporádico de un helicóptero que multiplicaba la efervescencia de los indignados, universitarios, trabajadores, amas de casa y familias fueron llenando la plaza con frustración, cólera, carteles y proclamas. La legitimidad del gobierno –esa que nace del contrato social– estaba mortalmente herida. El bote hacía agua. Fue la manifestación más espectacular del proceso, un verdadero polvorín presto a estallar al menor atisbo de chispa.

Alejandro Toledo, a pesar de haber incurrido en una serie de contradicciones propias del neófito (que escapan a los límites de este artículo), no pateó, felizmente, el tablero real (el que lleva a la violencia). Prefirió encauzar el descontento por orillas más seguras, llamando abiertamente a la «resistencia pacífica». Pero, a pesar de conseguir esa extraña mezcla de convicción y mesura, no se salvó de cometer torpezas. 500 alumnos de San Marcos, cuando vieron en el estrado a Morales Bermúdez perorando, marcharon hacia la Plaza Mayor encolerizados por el

desacierto perúposibilista. El ex-dictador no era la persona indicada para dar discursos en favor de la democracia y ellos lo entendían muy bien. Pocas horas antes de la cúpula de Perú Posible reconocía su error cuando salían las primeras proyecciones. Alejandro Toledo, 15%; Viciados, 30%; Ausentismo, 16%. La dispersión le quitaba contundencia a las cifras. La consigna debió ser desde un comienzo votar viciado, se lamentaban en la Sala de Prensa del César's.

¿TERCERA VUELTA O PITAZO FINAL? (UN PARTIDO RARO)

Es claro y suena a perogrullada que no se deben entender los pasados comicios unívocamente desde la perspectiva de las manifestaciones populares, menos aún si nos limitamos a las exclusivamente universitarias. En este sentido, las estrictamente estudiantiles han sido intrascendentes (por ejemplo la del Parque Universitario), y es muy cuestionable la injerencia que puedan tener estas expresiones de manera aislada. El papel que mejor les ha sentado ha sido el de impulsar, en base a ingenio, presencia, entusiasmo y creatividad, las marchas y mítines realizados en relación a los comicios electorales pasados. Y eso lo han hecho muy bien. Desde ahí se vislumbra el verdadero rol que han tenido: han sido el motor de empuje de las protestas populares.

Sin embargo, los universitarios no conseguirán asentarse como actores políticos consistentes hasta que puedan interiorizar la palabra como herramienta de transformación de la realidad. En esa medida conseguirán enriquecer el debate nacional y potenciarán su participación en la vida pública. Se ha perdido el miedo a salir a las calles, ahora falta perderle el miedo a hacer política. Se deben proponer ideas, ya no sólo realizar mítines. De esta forma se logrará rebatir con propuestas, y no sólo con carteles. ■



José Vilca / CARETAS

«CACHINA» POLÍTICA

**HERNANDO BURGOS Y
MARTÍN PAREDES**

El libre mercado ha llegado al Congreso. Las conciencias, las lealtades, los votos, se negocian como en La Cachina o en Tacora, donde nadie pregunta por el verdadero dueño de lo que se vende o lo que se compra. La cotización sube o baja según la dimensión del personaje, según las necesidades oficialistas de mayoría. Y no faltan quienes se regalan, así nomás, porque sus problemas son más grandes que su dignidad. Alrededor de una decena de congresistas que fueron elegidos el 9 de abril en listas de oposición se han pasado al oficialismo o han declarado una «independencia» filogobiernista. Han seguido los pasos de otros que en la última década decidieron vestir de geishas. Este comercio parlamentario informal es el Otro Sendero de la política peruana de hoy, carente de programas, de ideologías, de partidos. En cambio, abundante en personalismos, en manejos mediáticos y sicosociales, en marketing y, sobre todo, en oportunismo.

Travestismo político: Luis Cáceres Velásquez cambió el chullo por el kimono.

I. LOS TRÁNSFUGAS DECLARADOS

José Luis Cáceres Velásquez

Cambió la pandilla puneña del FRENATRACA y las barbas del finado Ezequiel Ataucusi, del FREPAP, por la technocumbia del Chino cuando vio peligrar su curul y la de su hijo Róger.

Fue dos veces alcalde de Arequipa (1987-89; 1990-92), donde se ganó el mote de «Burro Blanco», por sus exabruptos, y 54 juicios en su contra. En uno de ellos recibió el año pasado una condena por peculado que lo inhabilitaba en sus derechos ciudadanos.

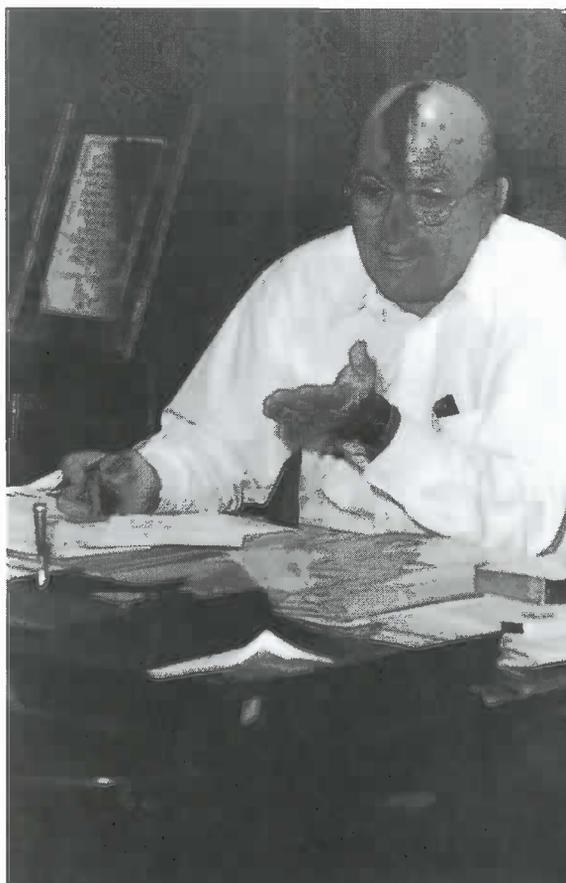
A causa de ello el Jurado Nacional de Elecciones (JNE) anuló su elección. Entonces Cáceres se declaró fujimorista, tras lo cual tanto la Sala de la Corte Suprema –que lo había condenado– como el JNE modificaron sus resoluciones y lo proclamaron congresista.

Ha declarado su admiración por Adolfo Hitler y su disposición a enrollar al oficialismo a otros congresistas electos. Algunos de éstos han revelado que les ofreció dinero con ese propósito.

Roger Cáceres Pérez: ambulancias y firma dudosa.



CARETAS



Susana Pastor

Eduardo Farah, de crítico del régimen a obediente congresista oficialista.

Róger Cáceres Pérez

Su elección fue cuestionada por el FREPAP debido a que inscribió su candidatura fraguando la firma de su padre, José Luis Cáceres Velásquez. Pero la acusación no prosperó luego de que ambos se sumaran al talk show oficialista.

Cuando su padre fue alcalde de Arequipa, su empresa se benefició con las ambulancias donadas a esa comuna, lo que resultó en la condena por peculado mencionada líneas arriba.

Eduardo Farah Hayn

Érase que se era un crítico de la política económica del régimen mien-



La curul de Edilberto Canales Pillaca depende de un Poder Judicial y de un Congreso carentes de autonomía.

tras fue dirigente de los gremios empresariales y candidato a la vicepresidencia en la fórmula del opositor Solidaridad Nacional.

Pero tras los comicios del 9 de abril, cuando se dio cuenta de que los primeros resultados no favorecían sus aspiraciones como congresista, decidió ser de los malos del cuento y anunció a los cuatro vientos su desacuerdo con la oposición.

Poco después el extraño conteo de votos practicado por la ONPE restó 10 mil votos –y una curul– a Somos Perú para endosárselos a Solidaridad Nacional, con lo que ese movimiento obtuvo un asiento más en el Congreso. Mejor dicho, lo obtuvo Farah y ahora Perú 2000.

Edilberto Canales Pillaca

Ex militante del PPC y dueño de un camal y otras empresas con problemas tributarios y judiciales, fue denunciado penalmente por el JNE ante la Fiscalía de Delitos Electorales por haber adulterado votos preferenciales a fin de alcanzar su elección. El JNE también puso su suerte en manos del Congreso recientemente elegido.

Entre las razones de su pase al oficialismo, Canales Pillaca arguyó que su partido Perú Posible –que se había perjudicado con sus manipulaciones– no lo defendió de esa acusación!

Como Judas en la Última Cena, hasta la víspera de su traslado al fujimorismo asistió a las reuniones de Perú Posible.

José Luis Elías Ávalos

Empresario iqueño que en 1995 fracasó en su intento de llegar al Congreso en las filas de Nueva Mayoría-Cambio 90, en cuya lista ostentaba el número 118. En su pasado también figura el haber sido asesor del congresista oficialista Pedro Vilchez Malpica. Con

Infraterno José Elías Avalos, después de la primera vuelta regresó a sus orígenes.



esos antecedentes postuló en la lista de Avancemos, del congresista Rafael Rey.

Luego del 9 de abril, los locales de Avancemos que había abierto en Ica sustituyeron la propaganda de esa organización por la de Perú 2000. Rey acusó a Elías de conducta infraterna para con otros miembros de esa lista, durante y después de la campaña electoral.

II. LOS «INDEPENDIENTES»

Mario Gonzales Inga

Renunció a Perú Posible, pero niega ser tráfuga: «No me he pasado a las filas del oficialismo, no soy un tráfuga. Pero sí hay conversaciones para trabajar con Perú 2000 en el futuro».

Pretexta que fue una decisión del Movimiento de Identidad Regional de San Martín, que lo propuso como candidato, al que el oficialista Rolando Reátegui ha propuesto «trabajar juntos».

El oficialismo le ha propuesto «trabajar juntos» a Gonzales Inga.



Kouri «no sabía» que postulaba en una lista de oposición.

Alberto Kouri Bumachar

Logró su ingreso a la lista de Perú Posible tras fracasar en paralelo intento por ubicarse en la oficialista Perú 2000.

Como motivo de su alejamiento del partido que lo llevó al Congreso, señala que éste se convirtió en un grupo de oposición, posición que no tenía cuando él se incorporó a la lista.

Rubí Rodríguez de Aguilar

Durante estas elecciones fue acusada por el Partido Aprista de manipular la votación preferencial de ese partido en provecho propio. El JNE la ha denunciado ante la Fiscalía de Delitos Electorales y ha puesto su caso en manos del Congreso.

También está preocupada por los juicios que tiene su esposo, José Aguilar, debido a su gestión en la alcaldía de Piura.

José Luna Gálvez

Este es un caso de «rápida» carrera política: en menos de medio año el per-



Luna Gálvez: el «gusto» por la variedad.

sonaje pasó nada menos que por tres grupos políticos.

Fue expulsado del APRA casi a fines del año pasado, en pleno proceso eleccionario interno que iba a definir los precandidatos a la lista parlamentaria. El secretario general del PAP, Jorge Del Castillo, lo acusó de pertenecer al Servicio de Inteligencia Nacional y de tratar de corromper a sus compañeros.

Luna presentó una acción de amparo para que le restituyeran sus derechos partidarios. Ante la negativa del PAP decidió postular en las filas de Solidaridad Nacional, que ahora ha abandonado para unirse a las de los llamados «independientes».

III. LOS QUE FUGARON ANTES

Miguel Segundo Ciccía Vásquez

Hijo de Piura, telúrico compositor de vals, propietario de una empresa de transportes y discreto poeta, Miguel Ciccía inició su carrera política en el PPC, fue elegido diputado por el Fredemo en 1990, hasta el 5 de abril. Luego reapareció en 1995 como congresista por Unión por el Perú, grupo

del que se alejó para votar con la mayoría oficialista. Ahora es congresista reelecto por Perú 2000.

Dennis Vargas Marín

Conocido periodista de Radioprogramas, fugaz profesor sanmarquino, que en 1995 abandonó los micrófonos y postuló al Congreso por CODE-País Posible, la coalición que tenía a Toledo como candidato presidencial. En el camino se alineó con el oficialismo; postuló esta vez por Perú 2000, pero sin suerte.

Francisco Pardo Mesones

Famoso por defender su Banco Mercantil a punta de colchón en 1987, cuando Alan García pretendió estatizar la banca. Postuló sin suerte al Parlamento en 1990 con la lista independiente Somos Libres, integrante del FREDEMO. Ocupó una curul en 1995 por Unión por el Perú y terminó su travesía en el oficialismo. Como Dennis Vargas, postuló por Perú 2000 pero no logró repetir el plato.

Rigoberto Esquerra

En 1995 la UPP le confió una de sus curules en el Congreso, que dejó para sentarse en la bancada gobiernista.

Javier Noriega Febres

La historia parlamentaria del FREPAP prácticamente no existe gracias a personajes como los Cáceres o Javier Noriega, que habiendo sido electos por ese movimiento se pasaron al fujimorismo. Noriega lo hizo en el período 90-95, luego de ser involucrado en un proceso penal por homicidio del que salió bien librado tras su conversión a Nueva Mayoría-Cambio 90.

Elférez Vidarte Correa

Fue elegido como congresista del FIM para el período 1995-2000, pero abandonó la escoba por el kimono de Nueva Mayoría-Cambio 90. ■

LA FIESTA DE LOS DICTADORES

DOMINGO TAMARIZ



Fernando Botero: «La familia presidencial»

« Sean cuales sean las sorpresas que el porvenir nos reserve, podemos hallarnos seguros de que el mundo podrá ver a Trujillo muerto, pero no prófugo como Batista, ni fugitivo como Pérez Jiménez, ni sentado ante las barras de un tribunal como Rojas Pinilla. El estadista dominicano es de otra moral y otra estirpe».

Esta encendida oración, extraída de un pasaje de la novela *La fiesta del chivo*, fue pronunciada por Joaquín Balaguer «el presidente fantoche» en los días que el barco de la dictadura se iba a pique. La frase demuestra no sólo el aplastante dominio que el «estadista dominicano» ejercía sobre sus hombres sino, también, la sumisión, el miedo, o

acaso el adormecimiento de sus conciencias ante la avasalladora personalidad de Rafael Leonidas Trujillo (el «chivo»).

Mario Vargas Llosa, continuando la línea de obras similares –**El señor Presidente, La novela de Perón, El otoño del patriarca**– desnuda en **La fiesta del chivo**, la dictadura de Trujillo que, en un pasado no muy lejano, llevó a su pueblo por el camino más tortuoso de su historia. Farragoso camino en el que, desgraciadamente, también cayeron otros pueblos del continente.

Fue la época en que, en América Latina, una veintena de personajes tomaron por asalto el poder, enquistándose en el gobierno 20, 30, y más años. En el largo lapso de la tiranía de Trujillo (1930-1961) todos los países de la América morena –excepto Uruguay y Chile– fueron avasallados por dictadores de todo tipo y ralea, unos más o menos despiadados que Trujillo, pero igualmente nefastos.

En Cuba, el tristemente célebre Fulgencio Batista, que luego de liderar una revolución de sargentos (1933) pasó a dominar durante 25 años el escenario político de la isla. Gobernó hasta en tres oportunidades, arrinconando con el fusil y la intimidación de la cárcel a una oposición que, a pesar de las torturas y asesinatos, se le enfrentó valerosamente. En 1958, al verse acorralado por los guerrilleros de la Sierra Maestra, Batista huyó a París.

En Nicaragua se dio una dinastía de dictaduras, acaso única en el mundo. La inició el general Anastasio Somoza en 1937. Somoza se mantuvo en el poder durante casi veinte años, unas veces como presidente y otras como jefe de las fuerzas armadas. Para seguir sosteniendo las riendas del poder, hacía elegir presidentes a sus incondicionales, igual que Trujillo cuando puso como «presidente fantoche» a Joaquín Balaguer, «el hombrecito, casi enano». Como todo dictador, hizo obra, pero en provecho suyo, de familiares y allegados, sin que mejoraran las condiciones

sociales de vida del pueblo. Murió asesinado. Lo sucedió en el cargo –como si un país fuese una hacienda– su hijo Luis, también asesinado y, más tarde, su otro hijo Anastasio, que terminó sus días igualmente ajusticiado, lejos de su patria, en Paraguay.

En Venezuela, el coronel Marcos Pérez Jiménez tomó el poder en 1952. Gobernó férreamente. Pero el pueblo no lo toleró por mucho tiempo; al cabo de cuatro años era depuesto por un movimiento de civiles y militares. Fugó prudentemente a República Dominicana. Eran los tiempos en que los dictadores se ayudaban mutuamente, igual que los socios de una cofradía. Pérez Jiménez reside hoy en España, donde –según ha declarado– ha triplicado su fortuna desde que salió de su país. A la fecha cuenta 85 años.

Colombia tampoco fue ajena a una dictadura. En julio de 1953, aprovechando el desorden y el miedo a las guerrillas que se habían adueñado de gran parte del suelo colombiano, el general Gustavo Rojas Pinilla dio un golpe de Estado. Los guerrilleros fueron perseguidos, pero continuaron los conflictos y el pueblo cansado de la dictadura salió a las calles a pedir su renuncia. Luego de cuatro años, una junta militar lo depuso.

El general Alfredo Stroessner de Paraguay, quien desde 1954, o antes, dominó la situación política en su país. Fue reelegido siete veces presidente, un record mundial que comparte con el tristemente célebre general Suharto, de Indonesia. Empuñó el timón sometiendo a su pueblo a una implacable dictadura. En su época se exiliaron más de 400 mil paraguayos. Cayó en enero de 1989.

En el Perú, el general Manuel Arturo Odría llegó al poder a través de un cuartelazo (1948). Buscó «constitucionalizarse» y, con toda impudicia, hizo encarcelar al general Montagne, su único adversario. Arrasó con todas las libertades, persiguió despiadadamente al APRA, llenó las cárceles y deportó a diestra y

siniestra a sus opositores. En 1956, a diferencia de sus colegas, convocó a elecciones. Pero eso no lo salva de quedar en la historia del Perú como uno de sus personajes más sombríos del siglo XX.

EN TODO TIEMPO Y LUGAR

A comienzos de siglo, una de las dictaduras más siniestras fue la de Manuel Estrada Cabrera. Instauró en Guatemala una tiranía que no perdonó a ricos ni pobres. Dio un gran impulso a la instrucción pública, pero gobernó despóticamente hasta 1920. Miguel Angel Asturias lo retrató en su obra cumbre *El señor Presidente*.

Juan Vicente Gómez, en Venezuela, ejerció la dictadura más larga de su país. Reemplazó a Cipriano Castro, otro dictador, en 1908. Desde entonces gobernó en forma arbitraria y absoluta, ya fuera por sí mismo o con presidentes manejados por él, ni más ni menos que como lo que hizo Trujillo con Balaguer. Fue acaso el único opresor que murió en su cama. Era, al fallecer, uno de los hombres más ricos del mundo.

En el mundo, el listado de los hombres que hicieron uso y abuso del poder es bastante grande. En Africa Mobuto personifica, tal vez, al sátrapa más ominoso y en Asia Ferdinand Marcos —que hizo de Filipinas un infierno— son los casos más patéticos.

Carlos Domínguez



Como muchos peruanos, Mario Vargas Llosa ha sufrido los embates de dos dictaduras: la de Odría y la de Fujimori.

Pero el caso más reciente lo personifica el general Suharto, hasta hace dos años el hombre todopoderoso de Indonesia. Gobernó implacablemente casi el mismo tiempo que lo hizo Trujillo (31 años). En su gobierno la corrupción no tuvo límites. Se le acusa de un enriquecimiento ilícito. *Time* asegura que su fortuna asciende a 15 mil millones de dólares y, por si eso fuese poco, la familia posee a nombre propio y a través de compañías, un total de 204 mil hectáreas, es decir una propiedad siete veces más grande que el predio más extenso del Perú. Este es el precio que hoy paga un país que tuvo la desgracia de caer en manos de un hombre sin escrúpulos. Los indonesios aún no despiertan de esa larga pesadilla.

Todos estos tenebrosos personajes, excepto Cabrera Estrada, fueron militares. La fuerza de las armas les dio patente de corso para cometer los estropicios más grandes de la historia.

Mario Vargas Llosa ha llevado a su novela una historia alucinante, que pinta magistralmente al «Benefactor» de una república del Caribe y a su entorno, poblado de personajes que –como en los tiempos de Leguía– se disputaron las indulgencias del dictador llenando su ego con los más encendidos elogios. A Trujillo lo llamaban el jefe, el generalísimo, el benefactor, su excelencia, el padre de la Patria Nueva. Pero en esa suerte de campeonato de zalamerías, Leguía tal vez lo superó. Lo llamaron: «Gigante del Pacífico», «Júpiter presidente», «Nuevo Mesías», «Wiracocha», y se le comparó con Bolívar, César, Alejandro, Napoleón, Washington, Lincoln y con muchos otros personajes de la historia americana y universal, y –como diría Basadre– sin desventaja ante ninguno de ellos.

En *La fiesta del chivo*, Mario Vargas Llosa pinta maestramente el tinglado de una dictadura y sus hombres que, en algunos casos, por lo inconcebibles, parecen inventados. Claro, como en toda novela histórica hay personajes que se acercan a la ficción, que Vargas

Llosa recoge y enriquece con una descripción que llega, a veces, a lo caricaturesco. Sobre todo, el del «constitucionalista beodo», senador Henry Chirinos –nombre nada más casual– y el de Johnny Abbes García, el Jefe del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) «un sapo de cuerpo y alma». Pero la protagonista que más impacta en la obra, es una mujer, Urania, la hija del senador «Cerebritito», que regresa a su patria después de 35 años de ausencia. Con ella empieza y termina la novela. Urania es la mujer que Trujillo marcaría para toda la vida.

Todos los dictadores se parecen. Primero en que se creen uno predestinados; segundo, en que son sagaces, aunque nada cultos; tercero, en que no pierden la oportunidad de «pescar en río revuelto», es decir, cuando hay crisis para lanzarse tras el poder; que se hacen de la vista gorda ante la corrupción, con tal de que sean leales a su gobierno; y, por último, en su refinada crueldad para eliminar a cuanto adversario se ponga en su camino. Y, a esto podríamos añadir, en que no tienen amigos.

Este es un tema que ha estado latente en las obras de MVLL. Es algo a lo que sus demonios lo empujan, no sólo a novelar, sino también, en la vida real, a cuestionar a gobiernos propensos a zarrandar las libertades públicas.

Y esa inquietud lo lleva por diversos caminos del mundo, a martillar –a través de seminarios, conferencias de prensa, artículos periodísticos– contra el abuso del poder, venga de donde venga. Como defensor de la libertad y la democracia, tenía entonces en *La fiesta del chivo* la oportunidad de mostrar a miles de sus lectores en lo que se convierte un país cuando cae bajo el poder de un hombre que delira en la locura de creerse un predestinado.

La fiesta del chivo es una obra que cautiva al lector, de la primera a la última página. Pocos narradores en el mundo logran ese encantamiento. MVLL es uno de ellos. ■



1978, Aeropuerto Jorge Chávez. Regreso a París en compañía de su madre. (Foto: Carlos Domínguez)

Un documento nacional

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

*Engañar es una cosa, y otra, muy distinta, mentir... Mucho entendía de estos asuntos Oscar Wilde, cuando en su ensayo «**The decay of lying**» se mostraba seriamente preocupado porque cada vez se mintiera menos en los salones ingleses, ya que en ello veía un síntoma de decadencia de la sociedad misma, por estar la mentira profundamente vinculada con el grado de cultura y civilización de un pueblo. Se miente porque se saben muchas cosas, y se miente por fantasía e ingenio y para divertirse divir-*

tiendo. El engaño defrauda, incumple, da gato por liebre, estafa. La mentira, en cambio, es autónoma, y creo que puede ser considerada como una de las bellas artes, ya que como el arte, también, no expresa nada que no sea más que a sí misma. El engaño corre veloz hasta sobrepasar a la realidad, convirtiéndola en una estafa; la mentira, en cambio, está siempre por delante de la realidad y de la vida misma.

El gustar de una buena mentira puede también ser causa de insólitas complicidades, o de soledad e incomprensión y, a la vez, fuente de fina ironía y de un delicioso humor expresado en una voz muy baja o con una actitud sumamente seria. Por ejemplo, lo que me pasó un día en la sala de espera de un médico. Yo estaba entre las muchas personas que aguardaba, y mi turno era el siguiente, cuando entró una abuela ya demasiado ancianita como para darse cuenta de ciertas leyes elementales de la Vida, con mayúscula, y de la vida cotidiana, así, con minúsculas, como las que eran válidas en aquella sala de espera típica de un médico común y corriente, en la que los pacientes hojean con indiferencia alguna gastada y desactualizada revista, sin mirarse entre ellos, y, de rato en rato, agitando un pie, o, de golpe, cruzando una pierna y agitándola impacientemente.

Y por ahí apareció el médico, acompañando a una señora hasta la puerta de salida, que cerró suavemente, regresando luego a la sala de espera, para ver a quién le tocaba ahora y para explicar, de paso, que esa tarde estaba solo porque su enfermera tenía un fuerte gripazo invernal, como tanta gente en Madrid. Sabiendo que era mi turno, me puse de pie, y me disponía a avanzar hasta la sala de consultas, cuando la ancianita literalmente se saltó todas las leyes de tránsito, o como diablos se diga, pero lo cierto es que apareció ahí y así, delante de todos, enanita enanita y ya casi metida en un bolsillo del saco del médico.

– Vengo por mi vacuna antigripal, doctor. ¿Me la pone, por favor?

De la Vida y de la vida, en ese instante, la ancianita sabía que estaba ante un médico, y ante su médico, tal vez, pero definitivamente había olvidado para siempre la existencia de las salas de espera y la finalidad que cumplen, y que hay que pedir hora con antelación, llegar puntual y esperar su turno, etc.

– Pero, señora –le replicó el médico, con el tono de voz con que un abuelo se dirige a su nietecita–, si ya estamos en pleno invierno. Para que esas vacunas surtan efecto es preciso venir no bien comienza el otoño.

– ¿He llegado tarde, entonces, doctor?

– Yo diría que un poquito, sí señora...

Entonces, como quien recuerda cosas de su pasado, pero muy muy vagamente, la abuelita miró desolada hacia la sala de espera. Y yo estaba ahí parado, mirándola tan desconcertada, tan frágil, indefensa y tan sin reflejos que le permitieran decidir cualquier cosa, tan ancianita y tan con la ampollita de la vacuna en la mano. Estaba realmente perdida y desconsolada, la abuelita, cuando me dijo, más tiritando que temblando, la pobrecita:



1972. Delante de Sacsayhuamán en compañía de Paolo Vitali y el poeta cusqueño Luis Nieto.

– ¿Me permite pasar antes que usted, caballero? Porque el doctor, aquí, piensa que he llegado un poquito tarde. Y éste es el único modo de recuperar el tiempo y de...

– Por supuesto, señora– le dije, conteniéndome la risa y observando al médico taparse incluso la boca. Pase usted antes que yo, y ya verá cómo no sólo ha recuperado el tiempo de atraso que tiene, sino que este invierno se lo pasará hasta el último día sin oír hablar siquiera de la gripe.

El doctor quedó encantado, cómplice total y hasta agradecidísimo, la abuelita ni se diga, pero en cambio en la sala de espera todos leían revistas pasadas con ceños fruncidos y piernas sumamente agitadas. En la sala de espera, ese atardecer de invierno, día lunes, me parece recordar, decaía la mentira, con su dosis de inteligencia, de fantasía y de diversión. Y con la mentira decaía la sociedad toda.

Valga este preámbulo para llegar a lo que quiero contar en este capítulo, escrito y puesto aquí, ahora, por estricto orden de azar, en este episódico recuento de mi vida. Y para llegar también a algo que me encantaría resaltar en este momento y que es el inmenso parecido que hay entre los límites de la realidad y la ficción, y los límites entre la verdad y la mentira, que pueden parecer y hasta ser lo mismo, por instantes, pero que, aparte de la penumbrosa indefinición que hay entre sus límites, precisamente, contienen *per se* millones de matices que las hacen muy diferentes. Creo, precisamente, que el absurdo episodio de mi vida que voy a contarles, es una excelente prueba de los locos resultados a que puede dar lugar una mentira repleta de buenas intenciones. (Dicho sea de paso: detesto eso de mentira piadosa).

Lo cierto es que había alcanzado la mayoría de edad (los veintiún años, por aquella época) y debía obtener mi libreta electoral, ese documento que hace que en el Perú la democracia exista, pero bajo vigilancia, ya que el voto es obligatorio para todos los ciudadanos mayores de edad, y quien no vota en cada elección no actualiza, mediante un sello y una firma que dan constancia de ello, su documento nacional de identidad, y en consecuencia queda impedido para ejercer todo tipo de contratos, por ejemplo. Y, por lógica, presumo que uno queda también totalmente desacreditado, por excelente que sea la reputación que se tiene, en vista de que la libreta electoral es, por excelencia, el documento que le sirve a todo peruano para acreditarse como sujeto de derecho.

La borrachera de mis veintiún años fue tan tremenda como la caída que me pegué a la salida de un bar. Perdí el conocimiento unos minutos y la cabeza me sangraba abundantemente por detrás. Mis compañeros de jarana y algunos curiosos que se acercaron para ayudarnos a ponerme de pie, pensaban que, como no andábamos muy lejos de la Clínica Americana, la prudencia aconsejaba que me llevaran un rato allí para una buena revisión. Pero yo me negué, y, como poco a poco logré incorporarme y recuperé el natural tambaleo y el trastabillar correspondientes a la cantidad de alcohol ingerido, la imprudencia nos aconsejó a ir y tomarnos unas cuantas cervezas más al Superba, excelente lugar en aquella época para hacerle su camita al trago, con un tacu tacu con su biftec apanado y su huevo frito montado en la cumbre. Y de ahí ya sí que a hacer tuto, eso sí que sí, porque el día ya andaba como queriendo aclarar.



Noviembre de 1986. Con su documento nacional, Bryce navega por Cayo Piedra, en la grata compañía de Julio Feo, Javier Solana, que hoy ocupa el máximo cargo de la OTAN, Gabo –más sano que nunca– y el pintor ecuatoriano Oswaldo Guayasamín.

A mis padres les conté que lo de la cabeza no era nada, que ya me habían lavado la herida en la clínica, y que ahí el único que había sufrido era el flamante Chevrolet Impala de mi primo y gran amigo Alfredo Astengo Gastañeta.

– Se nos tiró un ómnibus loco encima, papá... En realidad hemos tenido todos una suerte increíble, mamá...

La sola mención del nombre de mi primo, cuya reputación de muchacho sano y caballero cien por cien era total, borró cualquier sombra de duda y de borrachera monumental con sacada de alma igualmente monumental. Pero, como dos o tres días después, yo seguía medio tambaleante y trastabillante, y a cada rato me daban mareos y tenía pequeñas lagunas mentales. Abrí, pues, la caja china, y saqué otra mentira de adentro. Esta vez fue un gripazo brutal el que fingí, para lograr quedarme en cama cuatro días, con cortinas bien cerradas y oscuridad total en mi dormitorio, que es lo que debía hacerse en casos como el mío.

Recuerdo que me levanté un lunes, pensando que debía estárseme venciendo el plazo para sacar mi libreta electoral; en fin, pensé que, en vista de que ya hasta las fotografías de ley las tenía conmigo, nada perdía con dirigirme a la municipalidad de San Isidro, que era la que correspondía a mi domicilio. «Bueno, a tramitar se dijo», concluí, y, tras haberme pegado un buen duchazo y haberme vestido de niño bien, para que me trataran bien detrás de cada burocrática ventanilla, enrumbé hacia la alcaldía de mi distrito. Y en ese local estaba ya cuando, al sacar mi billetera de un bolsillo y buscar las fotos tomadas días antes, me di nada menos que con una libreta electoral con mi nombre, mi firma, mi foto oficialmente sellada, con la raza, edad, estatura y todo lo demás, que me correspondían, pero con una dirección en el distrito de San Miguel en la que nunca había puesto los pies. Salí disparado hasta San Miguel, porque en ese distrito sí vivía Maggie Revilla, entonces estudiante en la Universidad Católica y enamorada mía. Sin duda alguna, ella podría aclararme el misterio de mi libreta electoral domiciliada en el distrito de San Miguel, en la calle Arica número 253, me parece recordar, aunque muy vagamente ya. Pero bueno, la calle sí se llamaba Arica, de eso me acuerdo clarísimo. Pero malo: Maggie no sólo no me aclaró nada sino que ensombreció más el misterio que rodeaba lo de mi dichosa libreta electoral.

– Alfredo –me repetía, una y otra vez–: tú mismo me has dicho por teléfono que has estado en cama cuatro días. Y tu libreta está

fecha en el segundo de esos cuatro días. O acá hay gato encerrado o tú te estás volviendo loco, Alfredo.

– Yo lo que he tenido, con tanta fiebre, es como mareos y lagunas, sí; en fin, algo bien poco gripal, lo reconozco.

– ¿Y tu partida de nacimiento legalizada?

– Ha desaparecido, Maggie.

– Alguien debe haberte hecho una broma muy pesada, Alfredo, porque esta tarjeta tiene hasta el sello correcto. Mira: aquí dice claramente Municipio de San Miguel... ¿Y si fueras a la alcaldía y preguntarlas. ?

– ¿Preguntar qué?

– No sé, pero preguntar, intentar averiguar. Yo que tú empearía por ahí.

Por ahí empecé, y por ahí terminé. Y es que, en efecto, uno de los cuatro días en que no me había movido de la cama, por lo de la gripe, pues sí que me había movido por lo de la conmoción cerebral que, lo supe después (consulté con un médico, y hasta tenía una pequeña rajadura en la base del cráneo). Ello fue motivo de mil exámenes clandestinos y de otro falso gripazo –una recaída, en realidad– con sus largos días negros encerrado en mi dormitorio, no sólo me había producido pequeñas lagunas mentales sino también algunas tan grandes y largas como la que me hizo aparecer en la Municipalidad de San Miguel (resulta bastante lógico explicar esta parte del asunto, afirmando que, hasta este distrito y su alcaldía, me llevó un corazón muy enamorado de una de sus residentes). Y en el Municipio de San Miguel tuve suerte, según la señora tan amable que me atendió por segunda vez en muy pocos días, sin que yo me acordara en absoluto de la primera vez. Me explicó aquella sonriente señora que yo había aparecido con todos mis documentos en regla, con mis fotos y todo, pero como entre ido para siempre o borrachito, con su perdón, joven Alfredo. Y me siguió explicando que ella había estudiado hace mil años con mi mamá en el colegio San Pedro, ya desaparecido, y que hasta habían sido amigas de clase y eso. Claro que, la vida, después... Porque con los años se fueron perdiendo del todo de vista, aunque ella se había enterado de que doña Elenita Echenique Basombrío se casó con don Francisco Bryce Arróspide, y que tuvieron la enorme desgracia de que su primer hijito les naciera... les naciera... Bueno, digamos que les nació bien especial la criaturita. Y ella, claro, había pensado que el especialito era yo, en vista de que... Y bueno, qué le costaba a ella, a ella que guardaba un recuerdo tan pero tan cariñoso de mi



1972. En su primer retorno a Lima, con su amigo el famoso gordo Massa.

mami que estaba dispuesta a ayudarla en algo, por más años que hubieran pasado, qué le costaba en el fondo darme a mí esa libreta: los papeles y las fotos, todo estaba en regla, y como yo parecía bastante normalito, salvo en lo de la memoria, porque dale hijito con no lograr acordarte por nada de este mundo de la calle en que vivías... Horas lo estuviste intentando... Y bueno: que no quedó más remedio que ponerte mi dirección, que puedes usar como tuya, por el cariño que siempre le tuve a tu mami. Y mira, Alfredito, quédate nomás con esta libreta electoral... Ya hiciste los trámites y no vas a empezar con todo de nuevo... Y mi casa es tu casa y me alegra tanto que no seas tú el especialito... Aunque deberías hacer algo, hijito, con lo de tus lagunas...

– El especial es mi hermano mayor, señora, que, en efecto, nació sordomudo, pero que en cambio tiene una memoria de elefante...

«Y las cosas del mentir», me digo yo ahora, recordando que aquella libreta electoral, domiciliada en un distrito en el que nunca viví, me fue muy útil en la vida, a lo largo de unos treinta años... Treinta años, sí, nada menos... ■



Encuentros y desencuentros

América y Europa están unidas (y separadas) por algo más que el Atlántico. En realidad, la globalización empezó hace unos cinco siglos, cuando los hombres y mujeres de ambos continentes se toparon por primera vez. Desde entonces el tráfico entre estas dos regiones de la Tierra no ha sido sólo de mercancías y hombres, sino también de ideas, de imágenes, de expectativas, de mutuas preocupaciones e influencias. Desde entonces, también, el fenómeno de la globalización no ha cesado de incorporar en su vorágine expansiva a nuevos y mayores ámbitos del quehacer humano.

La última década del siglo XX se ha caracterizado por la aceleración de ese proceso, en el que la tendencia a la estandarización ha encontrado a su vez oposición en la afirmación de la diversidad, en el desarrollo de expresiones culturales que se nutren de múltiples raíces.

Como al final de cada siglo, hace cinco centurias los hombres de Europa especulaban sobre los siguientes cien años. En ese entonces unos pocos se adentraban allende el mar hacia lo ignoto, a regiones de maravilla que alimentaban el mito y la fantasía. Ahora, en el fin del milenio otros han inventado la existencia del fin del mundo en América, en la Patagonia, y acuden hasta allí en busca de aquella creación de su imaginación.

Mientras tanto otros hombres, éstos provenientes de América, las más de las veces llevados por el desempleo y los bajos sueldos en sus países de origen, llegan todos los días a Europa. Ellos trabajan y piensan, reciben y dan en un intercambio que deja huella en ambas partes de aquel comercio.

Como ocurre en la lejana Finlandia, desde donde surge la pregunta acerca de si no será que el presente plural de América Latina es uno de sus posibles futuros.

Como sucede también en Francia, que hasta finales de los años ochenta fue un foco de atracción para los intelectuales, artistas y académicos peruanos. La generación poética del 70 fue la última en viajar masivamente a París, ciudad en la cual han vivido, hasta hace poco, los escritores Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce y Rodolfo Hinostroza. Los poetas que hablan en estas páginas radican en París hace más de un cuarto de siglo, son mayores de cincuenta años y no temen, como tantos, envejecer en Europa.

La llegada de los primeros europeos a América produjo primero asombro y luego temores en los hombres nativos de estas tierras. Hoy la presencia de migrantes alienta conductas hostiles en ciertos sectores de Europa. En una época caracterizada por la producción de ambivalencias –arte mestizo, música mix, coproducción de películas transnacionales e interétnicas, alimentos transgénicos, coches «híbridos»– una juventud neonazi adopta una posición dura dispuesta a no dejar pasar el mestizaje universal.

Pero el diálogo entre los distintos pueblos, su fecundo y recíproco aprendizaje, sigue su inevitable curso.

AINOGATAP, LA ANTI-UTOPIA, O EL FIN DEL MUNDO AL REVÉS

CARLOS FRANZ'

Sebastián Münster, *Geographiae Universalis* (1540)



«Cuando se desplomó la ciudad de oro, / ignorada en la selva, los Césares murieron / bajo el peso metálico de sus propios castillos.»

PABLO NERUDA, LA ESPADA ENCENDIDA.

Está de moda, hace furor, la Patagonia en Europa. Una gran exposición sobre el tema en Londres; docenas de libros nuevos cada año, desde que Bruce Chatwin inició la serie; el último festival de cine de Rotterdam dedicado a las imágenes de los patagones, y todo bajo el mismo lema: «la tierra del fin del mundo». Tal parece que, como el fin del milenio no trajo el fin del orbe temporal –por lo menos hasta ahora–, en Europa se hubieran renovado las ansias por hallar un fin del mundo geográfico. Y por alguna razón todos lo buscan en estas tierras australes.

Por nuestra parte, en esta punta del hemisferio los chilenos asistimos embobados a las consecuencias: la invasión de chicos exploradores ingleses, alemanes, franceses, nórdicos variados. Ser «destino» del turismo aventura es un fenómeno comparativamente reciente para nosotros y por eso, quizá, todavía nos sorprendemos. Casi no pasa un día en el que no me tope con dos o tres jóvenes mochileros, rojizos y asombrados, orientándose en una esquina de Santiago. No sé quiénes se observan con más curiosidad, si ellos a los nativos o nosotros a ellos. Sus enormes mochilas, sus zapatones de montaña, los imponentes sombreros y los pantalones cortos, más la infaltable botella de agua mineral, para defenderse de la venganza de Moctezuma, que por acá se llama «chilenitis». Entre la multitud santiaguina, penosamente trajeada para el trabajo, estos exploradores se pasean durante un par de días, con ese aire lunar de quien pisa lo desconocido, antes de largarse hacia nuestro lluvioso sur profundo. Vale la pena verlos y vernos, supongo. Por lo menos yo los miro sin vergüenza y cada vez que pue-

do converso con alguno; hay que aprovechar, seguramente la moda no va a durar para siempre.

Sin ir más lejos el otro día orienté (¿o desorienté?) a uno de ellos. Un holandés gigantesco directamente llegado de Amsterdam el día anterior, con bicicleta y todo. Le indiqué por dónde se iba al museo –precolombino, naturalmente– y aproveché de preguntarle qué los trajo al lejano Chile, a él y su bicicleta. De partida el joven explorador me aclaró que él no había venido a Chile; lo que me produjo un primer y saludable desconcierto metafísico, ¿dónde he vivido todo este tiempo? Enseguida Maarten sacó una cámara digitalísima y mientras me enfocaba aclaró que él había venido a la Patagonia, y que pensaba pedalear hasta allá. «¿Y qué hay en la Patagonia?», le pregunté ingenuamente, evocando esas estepas infinitas que un viento ocioso arremolina. «Nada», repuso, «es decir, todo. Nada menos que el fin del mundo. Mi sueño es pedalear hasta el fin del mundo». Y me sacó una foto.

Un gran sueño, creo que balbucí, sorprendido. El intercambio cultural produce estas sorpresas saludables. El contacto entre culturas lejanas desarma prejuicios, desmiente dogmas, provoca dudas. Para empezar, este encuentro ya me estaba provocando una pregunta importante: ¿quién diablos inventó que el fin del mundo está en la Patagonia?

PATAGONIA, CAPITAL SIRAP

Poner el fin del mundo en la Patagonia. Extraña asociación de ideas es esta. Primero habría que recordar que, técnicamente, el fin del mundo geográfico no existe. Como todos sabemos el planeta es redondo y los cuerpos esféricos no empiezan ni terminan en lugar alguno. O sea que aquel lema: «la tierra del fin del mundo», en realidad, alude a un no-lugar, un **u-topos**; es decir, una utopía.

* Carlos Franz es escritor. Su última novela **El lugar donde estuvo el paraíso** (Ed. Planeta, 3ª. Edición, 1998) fue Primer Finalista en el 10º Premio Latinoamericano de Novela Planeta, otorgado en Buenos Aires, y ha sido traducida a ocho idiomas.

Afirmar que el fin del mundo está en la Patagonia, entonces, implica situar allí una utopía. Una nueva utopía americana, siguiendo una costumbre tan vieja y engañosa como la larga relación de malentendidos entre el norte y el sur, entre Europa y América.

Nadie ignora que desde un comienzo el nuevo continente fue, para los europeos, un lugar favorito donde soñar sus utopías. En el siglo XVI todo América era un fin de mundo y por tanto, una utopía. Por ejemplo, en el clásico *De optimo reipublicae statu deque nova insula Utopía*, publicado por Tomás Moro en 1516, la evocación americana salta a la vista: la *nova insula* es descubierta por Hitlodeo, un compañero imaginario del navegante Américo Vespucio (quien incidentalmente, podría ser el primer europeo que realmente avistó las costas de la Patagonia).

Con el correr de los descubrimientos, las conquistas y la sangre, América del norte y central se hacen menos míticas que históricas, y la idea europea del fin del mundo debe desplazarse más hacia el sur, surgiendo las utopías australes.

Un ejemplo delicioso de ellas es *El descubrimiento Austral por un hombre volador, o el Dédalo francés*, escrito a fines del siglo XVIII por la pluma delirante y libertina de Restif de la Bretonne. Restif, imagina en nuestras comarcas sureñas una república de la «Megapatagonia» donde todas las cosas son al reverso, las antípodas de las europeas: los zapatos tienen forma de sombreros y los sombreros formas de zapatos, y su capital es «Sirap», o sea París, al revés.

Para mi gusto, sin embargo, las utopías americanas más perdurables y engañosas –más que esas fantasías voluntaristas de los *voyageurs en chambre* europeos–, han sido las leyendas colectivas sobre América. Como aquel *Eldorado* que buscó en el Amazonas el alucinado Lope de Aguirre, o

ese país del *Gran Paititi* (cuyos ríos dejaban al bajar «una banda de oro de una mano de espesor»). Se trata de verdaderas utopías, pero sin autor preciso y que más bien hemos escrito entre todos, europeos y americanos, a lo largo de siglos de imaginar –e imaginarnos– el fin del mundo.

LA UTOPIA DE LA CIUDAD DE LOS CÉSARES

En esa clase de «utopías colectivas americanas» sobresale precisamente una leyenda austral, patagónica: la utopía de la Ciudad de los Césares. En la primavera de 1567 llegaron al fuerte de Concepción, en el sur de Chile, dos españoles medio muertos de hambre y frío. Venían andrajosos y exhaustos, pero aún les quedaron fuerzas para narrar el relato más prodigioso que hasta entonces se hubiera escuchado en esa remota avanzada europea, internada en los territorios de la Araucanía. Pedro de Oviedo y Antonio de Cobos juraron ante el escribano de Concepción que venían de la Patagonia, donde, en torno a unas «amenas lagunas», habían encontrado grandes ciudades, dotadas de inmensas riquezas y habitadas por indígenas pacíficos que los acogieron. La capital de ese reino era tan vasta y tan rica que, para recorrer: «la calle principal donde los fueron llevando», necesitaron caminar «durante dos días, poco a poco, y vieron gran multitud de oficiales plateros con obras de vasija de plata gruesa y sutiles, y piedras azules y verdes que las engastaban».

Preguntando a los súbditos de este riquísimo imperio indígena, Oviedo y Cobos supieron que se trataba nada menos que de una tribu perdida de los incas. Huyendo de las matanzas de Pizarro en el Perú, estos indios habían viajado miles de kilómetros por el lado oriental de la cordillera, hacia el sur, con sus vírgenes del sol y todos los tesoros que lograron salvar de la rapi-

ña conquistadora. Hasta encontrar un oculto refugio en esos valles y lagos, cuya descripción podría corresponder a las actuales provincias de Neuquén, en Argentina y Osorno en Chile. Efectivamente, un sitio paradisíaco, dotado de bosques milenarios, montañas nevadas y lagos cristalinos. Allí fundaron esas ciudades independientes

donde no existía la propiedad privada, se practicaba el amor libre, y todas las gentes vivían en armonía con la naturaleza, protegiendo la virginidad de sus costumbres y el tesoro de sus antepasados. A los españoles de la época estas descripciones les resultaron tan felices que llamaron a esas poblaciones, «las ciudades encantadas de los césares»

Dom Pernety, *El patagón gigante*. (Siglo XVIII)



incas». (Como se ve, el mito ecológico en tierras americanas ha tenido siempre un atractivo irresistible sobre la imaginación europea).

Por lo que sabemos de la naturaleza humana, la noticia de un paraíso intocado produce, de inmediato, el deseo de ir a violarlo. El relato de los dos españoles se esparció como una fiebre del oro por todo el vasto imperio español y el resto de Europa. Durante tres siglos, varias expediciones

No obstante, a pesar de tantos fracasos, la leyenda de la Ciudad de los Césares no sólo no perdía prestigio sino que crecía. Dos siglos después del relato de Cobos y Oviedo, en 1774, la fuerza de la utopía era tal que el Virrey del Perú ordenó una nueva expedición, pero ya que ahora se trataba de borbónicos monarcas ilustrados, ordenó que antes se interrogara a todos quienes afirmaban saber algo de las famosas ciudades. ¿Cuál fue el



Miniatura del siglo XV, del *Roman d'Alexander*.

imperiales, como la ordenada por Felipe III, en 1619, además de innumerables exploradores y aventureros, rebuscaron por ambos lados de la cordillera, entre las montañas nevadas del sur de Chile y en las estepas patagónicas de la Argentina, aquellas encantadas ciudades. Y todas volvieron de ese «fin del mundo», como se suele volver de la utopía, con las manos vacías.

resultado de tan ilustrada y concienzuda pesquisa, cuyos expedientes suman nueve gruesos volúmenes de archivos coloniales *in folio*? Cientos de testigos, en su mayoría indígenas mapuches chilenos, o tehuelches del lado argentino volvieron a afirmar la existencia de la Ciudad de los Césares, e incluso varios juraron haberla avistado. Nuevas expediciones se ordenaron; nuevos fracasos. Los españoles estaban

furiosos. ¿Sería posible que todos esos caciques, sacerdotes y guerreros le estuvieran mintiendo a la Corona? ¿O acaso se trataría de una conspiración de los indígenas para confundirlos sobre la verdadera ubicación de sus ciudades?

El misterio empezó a aclararse recién entrado el siglo XIX, cuando nuevos investigadores, que hablaban correctamente la lengua de los indios, empezaron a comprender que las ciudades encantadas que estos seguían mencionando, no eran otras que la propia Concepción, Valdivia, Santiago de Chile; y del otro lado de la cordillera, Córdoba, Buenos Aires, e incluso la lejana Montevideo, situada según un indio: «en la otra banda de la laguna». Muy simple, todo el engaño de varios siglos había consistido en que, cuando los españoles presionaban a los indios del Atlántico preguntando por las ciudades encantadas, éstos hacían una descripción maravillosa de las ciudades chilenas, y cuando preguntaban ansiosamente a los indios del lado del Pacífico, éstos respondían describiendo de oídas las ciudades argentinas, sobre cuyas características y distancias tenían una noción tan fabulosa, como los primeros europeos sobre la América que encontraron.

Un típico error de traducción cultural: los europeos leyeron en los relatos de los indígenas lo que de antemano querían leer y, en definitiva, lo que ellos mismos habían escrito. Primero un par de ellos inventaron una utopía en el sur americano, y luego durante siglos los sudamericanos –maliciosos o ingenuos– los estuvimos engañando, devolviéndoles corregido y aumentado ese espejismo en el fin del mundo.

EN BICICLETA A LA UTOPIA

Movido por las reflexiones e historias anteriores, intenté advertirle a mi

nuevo amigo, el holandés pedaleador, acerca de esos tres siglos de desencuentros en nuestro continente austral. Antes de que partiera en bicicleta a la utopía, le conté la leyenda de la Ciudad de los Césares y los sueños que defraudó. Doblemente fascinado, Maarten exploró las páginas pertinentes de su *South American Handbook*. En ninguna parte se mencionaba tal leyenda: ¿estaba yo seguro de la historia? (Buena pregunta: ¿estamos seguros de nuestra historia?) En todo caso, mi amigo declaró que le parecía una razón adicional excelente para ponerse en marcha de inmediato. Y montó en su bicicleta.

Dejé partir al holandés con cierta melancolía. Se alejó pedaleando con su mochila de ilusiones a cuestas, entre los peligrosos buses de la Alameda del Libertador Bernardo O'Higgins, rumbo al sur.

Por estos días vuelvo a pensar en él, pues calculo que ya habrá llegado a la Patagonia. Me lo imagino entrando triunfalmente al polvoriento poblado de Coihaique, puerta chilena de la cadavérica estepa. Lo evoco preguntando, quizá, por esa Ciudad de los Césares de la que le habló un escéptico santiaguino. Profetizo que le contestarán –tal como a tantos antes, tal como a mí, una vez– que sí, que claro, que la espléndida ciudad existe y está escondida por allá, esperando quien la descubra. Sólo tiene que atreverse a ir todavía más al sur, «más allá de ese cerro alto», lo que por esos lares equivale a decir que tiene que ir a buscarla: «en el fin del mundo». Pues también la Patagonia tiene su fin del mundo.

Vacilo en anticipar lo que ocurrirá a continuación: imagino posibilidades vertiginosas. Lo probable es que el holandés pedaleador y esforzado tomará aliento y partirá a buscar su sueño del fin del mundo tras ese «cerro alto». Y tras el siguiente y luego del siguiente, y así hasta el polo, o el duelo. Como tantos europeos antes que él, temo que mi



amigo el holandés busque su utopía hasta caer rendido en las orillas de uno de esos tantos desolados lagos australes. Y que allí encontrará, por fin, sólo aquello que los españoles hallaron durante siglos de búsqueda: el reflejo de su propio rostro en un espejismo. Es decir, una prueba de la imposibilidad o absurdo de sus utopías, una réplica de su narcisismo. Y me temo que Maarten volverá de allá, con su bicicleta en el hombro, defraudado e indignado.

Pero enseguida me animo, pues también me represento la posibilidad de que mi amigo explorador vuelva del sur más sabio. Con algo de suerte puede que obtenga en esas latitudes una revelación tan paradójica como evidente. Puede que intuya que el fin del mundo depende de dónde ponemos el

centro. Y ya que toda comunidad se siente con derecho a ser el centro del planeta, nadie es el fin del planeta, sino para otros. Puede que tendido al borde de un lago, en el fondo de Sudamérica, mi holandés pedaleador perciba la alucinante posibilidad de que, vistos desde allí, su Europa, su Holanda, su «centro» pueden ser un fin del mundo también. Una Patagonia al revés, una **Ainogatap**.

No es seguro pero es posible; y por mi parte me quedo con esta posibilidad optimista. Que es una utopía también, se me objetará. Pero yo prefiero llamarla una **anti-utopía**, ya que al menos es una utopía desde las **antípodas**, inversa a la de Restif de la Bretonne, a la leyenda de la Ciudad de los Césares, y a la actual moda de la Patagonia como fin del mundo. ■

LA EXTREMA DERECHA EUROPEA:

DEL NAZISMO VISIBLE AL RACISMO CONSENSUAL

LEYLA BARTET



*Jóvenes neonazis: rechazan el símbolo de la cultura fusión, de **melting-pot**, del mestizaje universalizante.*

De Austria me quedó en la memoria el finísimo hojaldre de un **apfelstrüdel**, la maniática cortesía de un pueblo que se prohíbe hablar en voz alta, aún y sobre todo en los lugares públicos, y un generalizado silencio cuando de recordar el nazismo se trata. Corrían los ochenta: la comisión Brandt esgrimía el recién acuñado concepto de interde-

pendencia y el canciller socialdemócrata Bruno Kreisky reinaba sobre ocho millones de austríacos, ignorando que la muerte ya le seguía los pasos. Los pocos extranjeros del sur que cruzaban las fronteras eran merecedores sólo de alguna mirada curiosa y comprensiva frente al ruido inusual que su presencia provocaba. Sin duda los tiempos han cambiado. Nuevas barbaries

se incuban en el corazón de la vieja Europa: Austria, patria de las vanguardias malditas de 1900, de la Escuela de Viena, de escritores irredentos como Stefan Zweig y –cerca de nosotros– Thomas Bernhard y Peter Handke, la melómana Austria ha preferido volver al pasado. Pero no simplemente regresando a una ideología que hoy

presado indirectamente el agotamiento del modelo de la alternancia partidista entre conservadores y socialdemócratas dando un apoyo creciente al **outsider** FPO. El dinámico líder de esta formación política, Jörg Heider, hasta entonces gobernador del alpino territorio (**land**) de Carintia, consiguió para su partido el 26,9 por ciento de la



Jörg Heider, líder derechista de Austria, con camiseta gris y saco Armani, ante el Parlamento Europeo.

parece obsoleta, sino renovando su oscuro cauce, abriéndole las puertas de la democracia a la más antidemocrática experiencia política de la historia moderna. En efecto, el pasado 31 de enero el **Freiheit Partei Österreich** (Partido Austríaco de la Libertad, de extrema derecha) llega al poder a través de una alianza con el partido conservador y recibe así seis ministerios, incluyendo la vicecancillería. Era previsible. El elector austríaco había ex-

votación. La derecha tradicional no pudo menos de pactar con la que se había convertido en segunda fuerza electoral del país. Más allá de la experiencia de Austria, un Estado de altísimos niveles de ingreso y baja inmigración, resulta alarmante que, paralelamente al irresistible ascenso de Heider, la renovada extrema derecha gane espacios legales en varios países europeos. ¡Qué lejos estamos de la Europa rosa y qué complacientes terminan

siendo las clases políticas tradicionales! Hoy la derecha dura del viejo continente juega la carta de la modernidad, renueva su discurso, pone al día el estilo y la apariencia de sus líderes y actualiza sus opciones económicas. Si es preciso, llega incluso a renegar de sus orígenes nacional socialistas, como no dudó en hacerlo el italiano Gianfranco Fini. Seguidores, sin saberlo, de nuestro autóctono camarada Gonzalo, se repiten «fuera del poder, todo es ilusión» y para conseguirlo y/o conservarlo, todo vale. De su pasado nazi o fascista, los nuevos dirigentes de la derecha extrema conservan sólo algunos (reveladores) pilares. Así, las camisas negras o pardas, el antisemitismo militante, las oriflamas de los desfiles callejeros, las experiencias putchistas, han desaparecido. Los nuevos bárbaros apuestan a las urnas, siguen los consejos de sus asesores en imagen pública, en **marketing** electoral: juegan a ser modernos. Sus líderes lucen tenidas impecables, deportivo bronceado, privilegian el discurso mediático y cuidadosamente calibrado sobre cualquier exceso. Heider ha llegado al extremo, en un país donde la formalidad vestimentaria es de rigor entre los políticos clásicos, de presentarse ante el Parlamento Europeo de Estrasburgo en camiseta gris y chaqueta de Armani. ¡Hasta parecería que pretende emular al ex-canciller cubano Roberto Robaina! Sin embargo, a veces, una frase nostálgica actualiza sus fantasmas: unos meses atrás, a Heider se le escapó una alabanza a la política laboral del fñhrer y un reconocimiento a los oficiales y soldados alemanes y austríacos que participaron en la segunda guerra mundial. Hace unos años, el dirigente neo fascista francés Jean Marie Le Pen había cometido un error parecido al calificar de «detalle de la historia» los campos de exterminio nazis. Pero estos deslices son cada vez más raros. El cinismo se

hace más improbable que la hipocresía. Allí están los resultados: en las legislativas del año pasado, la neutral Suiza le acordó su confianza a la Unión Democrática Centrista (UDC) que, contrariamente a lo que su nombre indica, de centrista no tiene nada, salvo su voluntad de aceptabilidad. La UDC obtuvo 44 escaños en el Parlamento (sobre un total de 200) convirtiéndose así en la segunda fuerza de la legislatura helvética. En Noruega, el llamado Partido del Progreso (FRP) acaparó un 15,3 por ciento en las últimas elecciones bicamerales y la separatista Liga del Norte, en Italia, alcanzó un 10,1 por ciento en comicios semejantes. Y esta cifra no toma en cuenta a la formación de Gianfranco Fini, quien en su deseo de limpiarse de los lastres del pasado no duda en renegar del fascismo y declarar que admira profundamente ...¡al presidente francés Jacques Chirac! Sin contar tampoco con el retorno a la escena política de un Sylvio Berlusconi, dispuesto a pactar con el diablo si es preciso con tal de recuperar el poder que perdió en el '96 ante la coalición de la izquierda, l'ULIVO. Algo se pudre en Dinamarca: los dos partidos de la extrema derecha, el Partido del Pueblo Danés y el Partido del Progreso, obtuvieron 7 por ciento y casi 10 por ciento, respectivamente, en las últimas legislativas (1998), sumando así un porcentaje que bordea el 17 por ciento. El bloque extremo-derechista es, hoy, fuerza dirimente a nivel parlamentario. En Bélgica el debate político se ha visto atravesado por la tradicional contradicción entre las dos nacionalidades que conviven en el territorio: los flamencos y los valones. El VP (**Vlaams Blok**, frente flamenco) reúne a los más extremistas hijos de Flandes, aquellos que apuestan por la independencia y que rechazan la «política laxista» de valonia en lo que a inmigración y natalidad se refiere.

RASGOS DE LAS NUEVAS DERECHAS

¿Existen rasgos comunes entre estos pujantes partidos de la nueva derecha europea? Más allá de su capacidad de adaptarse a sus propias circunstancias, existen algunos rasgos comunes que trato aquí de describir:

a) Si en el sentido estricto de la clasificación de las doctrinas políticas el fascismo se definía por una presencia omnímoda del Estado, hoy la derecha extrema es privatista y neoliberal. En este sentido el programa económico de Heider está más cerca del de Margaret Thatcher que de aquél del führer. El dirigente austríaco acepta la política financiera del socialdemócrata Tony Blair y aplaude sus prácticas liberales en economía. No sin ironía, se ha llegado a declarar «hijo espiritual» del padre de la socialdemocracia austríaca, Bruno Kreisky. Otro tanto ocurre con los movimientos suizo, bávaro (en Alemania) y belga.

b) Tradicionalmente los movimientos de extrema derecha aparecían como ultranacionalistas y, en este sentido, opuestos a los Estados Unidos. Hoy, el nuevo discurso derechista no ataca la potencia omnímoda de ese país, ni critica sus formas de ejercer el poder. Rechaza, en cambio, el símbolo de cultura fusión, de **melting-pot** que –gústelo o no a los republicanos– es el pilar de la sociedad norteamericana. Hay un rechazo a la opción universalizante de su mestizaje. No en vano el programa político del FPO austríaco afirma: «denunciamos las experiencias multiculturales que conducen al desorden social».

c) El tercer rasgo elocuente del moderno discurso extremista es la ausencia de referencias a las fuentes originarias de su pensamiento, a saber, la ideología nacional-socialista. Conscientes de que, en la actualidad, el abierto antisemitismo y la nostalgia del Tercer

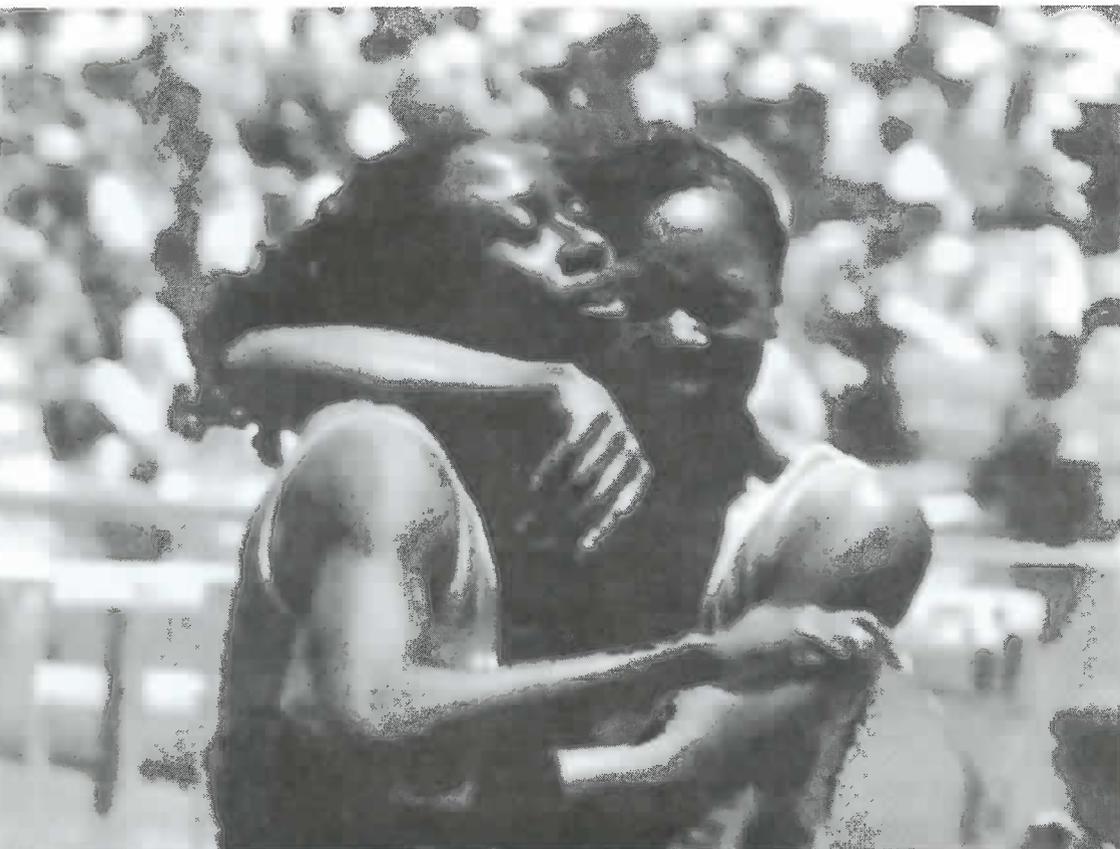
Reich resultan inaceptables, los nuevos derechistas buscan la aceptabilidad del discurso consensual. Sin embargo, como lo hace notar el politólogo francés Jean Yves Camus, lo que une a los partidos de la derecha extrema es la xenofobia. Y en este terreno sí encuentran buena audiencia en importantes sectores de la opinión pública europea.

En conclusión, el fascismo **light** se acerca en lo económico a cualquiera de los modelos neoliberales de las derechas tradicionales europeas y cobija, como freno al desorden de las sociedades modernas, una defensa sulfurosa de la identidad étnica frente a todo lo que huele a mediterráneo, a todo lo que luzca piel oscura. Y aquí la derecha tradicional le da la mano: en España, Francia, Italia y desde hace poco, inclusive Portugal, se maltrata a los inmigrantes, cuando no se les mata pura y simplemente. Cada mañana el mar deposita nuevos cadáveres en las playas de Almería y más de un español respira aliviado: un inmigrante menos, un extranjero menos en el difícil mercado de trabajo local. Cuando no se llega a la acción asesina, como ocurrió no hace mucho en El Ejido¹. Con razón el joven escritor español Manuel Rivas contaba hace poco su encuentro con un trigüeño muchacho ecuatoriano al que detenían varias veces por semana en las calles para pedirle identificación: «me gustaría ser invisible», decía. «La lógica es implacable, afirmaba Rivas, la mejor forma de localizar a los sin papeles es pedirle papeles a los que tienen pinta de no tenerlos. Pero también es una mierda de lógica. Significa aceptar lo inaceptable: el estigma de la piel, del acento, de los ojos». Con este neofascismo novedoso y moderno, la xenofobia

1 A inicios de este año, en el pequeño pueblo de El Ejido, en Andalucía, la población local incendió un albergue donde vivían esencialmente inmigrantes marroquíes con sus familias.

bia y la intolerancia han encontrado más que un discurso: han hallado un horizonte, han dibujado una estrategia. El racismo corriente gana espacios, inclusive y sobre todo en el corazón de las democracias bienpensantes. Según una reciente encuesta del Instituto de Sondeos Louis-Harris, el 12 por ciento de la población francesa se considera definitivamente racista, el 27 por cien-

«porque somos diferentes, vivamos separados». Así, Filip Dewinter, secretario general del **Vlaams Blok** belga, no duda en afirmar: «Nosotros no nos consideramos superiores a los marroquíes o a los turcos, pero pensamos que cada quien debe organizar su propia cultura en su propio país. La integración no funciona». La nueva y alarmante extrema derecha exige más



En Francia, Holanda e Inglaterra, las principales estrellas del fútbol y el atletismo son negros.

to se dice «más bien racista» y el 30 por ciento se autocalifica de «un poco racista». Más del 60 por ciento del total de los entrevistados opina que «hay demasiados extranjeros en el país». Poco a poco se invierte el sentido del derecho a la diferencia. Hoy el principio se acerca a aquél del **apartheid**:

que nunca la lucidez de quienes combaten sus opacos perfiles, su sinuosa manera de echar raíces en un terreno abonado por las polifacéticas crisis actuales. Ojalá que el «**laissez faire, laissez passer**» no convierta a la Europa de la posmodernidad en paraíso de la segregación. ■

LA PERUANIZACIÓN DE FINLANDIA

TEIVO TEIVAINEN*



La familia Huaraca – Suomalainen

Las comparaciones entre países como Finlandia y el Perú suelen ser abordadas desde el enfoque tradicional del desarrollo: cuando uno ya se ha desarrollado, el otro todavía se está desarrollando. Uno puede entonces ver en el otro imágenes de su futuro posible, y aprender de lo que observa. Pero ¿quién es uno y quién es el otro?

Para las teorías tradicionales de la modernización y el desarrollo la cuestión ha sido relativamente simple. Des-

de su punto de vista, países como el Perú, subdesarrollados o en vías de desarrollo, se encuentran ahora en niveles de desarrollo equivalentes a los que tenían países como Finlandia hace veinte, treinta o sesenta años. Al acelerarse el ritmo general del desarrollo, la dife-

* Investigador y Profesor del Centro Iberoamericano de la Universidad de Helsinki. Investigador asociado de Desco, que próximamente le publicará un libro sobre globalización y economicismo en el Perú.

rencia puede incrementarse cada vez más, pero a los efectos de este ensayo lo importante no es el cálculo de la supuesta diferencia sino la idea lineal de un atraso general.

Ya hace tiempo que las teorías tradicionales de la modernización y el desarrollo están siendo cuestionadas. Se les ha criticado, por ejemplo, el enunciado simplista de que todas las áreas del mundo siguen las mismas vías de desarrollo, pero a despecho de esas críticas nuestra percepción de lo que concebimos como Tercer Mundo suele contener la idea de un atraso general. Esta idea está presente no sólo en la opinión pública sino también entre las corrientes intelectuales que proclaman una actitud crítica hacia el enfoque tradicional del desarrollo.

Muchos críticos de las teorías del desarrollo plantean que es muy difícil, y también poco aconsejable para el Tercer Mundo tratar de seguir el llamado camino del desarrollo europeo. Estas críticas son importantes y a menudo correctas. Sin embargo, quiero proponer un análisis del asunto desde otro punto de vista que «deconstruye» el esquema tradicional del desarrollo. ¿Y si en el pasado y el presente del Perú pudiera detectarse la presencia de distintos elementos susceptibles de revelar a los países «desarrollados» imágenes de sus propios futuros posibles?

¿Hasta qué punto en el Perú de hoy no existen elementos más propios de la Finlandia del futuro que de la del pasado? ¿Hasta qué punto los peruanos no pueden enseñarnos a los finlandeses sobre «nuestras» propias opciones? El propósito de este artículo no es proponer ninguna teoría global sobre el tema sino más bien abrir un debate sobre estas cuestiones. Existe un vacío en las teorías del desarrollo. Durante la década pasada aparecieron algunas interpretaciones de la historia europea que utilizaban conceptos tomados de estudios sobre el Tercer Mundo. A mi entender, prácticamente nadie ha consi-

derado que el análisis de países como el Perú podría ser útil para contextualizar los futuros posibles de países como Finlandia.

PERUANIZANDO FINLANDIA

Las preguntas sobre lo que quiero llamar peruanización de Finlandia vinieron a mi mente a comienzos de los años noventa, al regresar de un viaje. Había estado en el Perú, y sentía que me había encontrado con el futuro. Fui testigo tanto de la creatividad como de las relaciones de dominación que nacen de los encuentros transculturales, y consideré que su descripción sería importante para una Finlandia cada vez más multicultural. Conocí un campo de actividades y de inseguridad llamado sector informal, y me pareció muy probable el crecimiento de un sector similar en una Finlandia que cuenta con una seguridad social cada vez más precaria y un desempleo «estructural» persistente. Estaba investigando la influencia política de las instituciones transnacionales que miden la credibilidad financiera de países endeudados, y advertí que también en este tema los finlandeses estaban percibiendo una nueva realidad que en el Perú ya era conocida desde hacía mucho tiempo. Algunas de las imágenes que meditaba al volver pueden parecer negativas: la latinoamericanización de Finlandia aparece como un proceso que muchos no quisieran ver nunca. Cuando estaba dictando una conferencia sobre el tema en el congreso de la Asociación Nacional de Periodistas del Perú, en julio de 1996, el presidente de la asociación dijo estar de acuerdo conmigo en varios puntos, pero a la vez preocupado. Para él, mi expresión «peruanización de Finlandia» tenía una connotación negativa, porque la alusión a su país parecía significar algo poco deseable, comparable con el término «libanización» con el que se solía definir al crecimiento del caos y el desorden en los ochenta.

Aun cuando los ejemplos con que ilustro la peruanización de Finlandia contienen aspectos muy problemáticos, quisiera enfatizar que se trata de un proceso que también abre nuevas posibilidades; es altamente discutible afirmar que sería algo positivo o negativo para Finlandia el crecimiento del sector informal o de elementos multi y transculturales. Desde el punto de vista de este ensayo, son más que nada procesos acerca de los cuales valdría la pena tratar de aprender de quienes tienen más experiencia: de los propios peruanos, y en general de los latinoamericanos.

ENCUENTRO DE CULTURAS

Los finlandeses se consideran por tradición un pueblo culturalmente homogéneo. Más allá del mito de la homogeneidad, han existido obviamente distintos elementos multiculturales. Sin embargo, en comparación con otros momentos de la historia de la república, la identidad finlandesa se enfrenta ahora a desafíos extraordinarios.

A pesar de una política de extranjería en ocasiones xenófoba, durante esta década ha crecido fuertemente la inmigración hacia Finlandia. El ambiente de muchas ciudades se ha cosmopolitizado, y las parejas transculturales están en aumento. Por ejemplo, el número de latinoamericanos residentes en Finlandia se ha cuadruplicado durante los noventa. Los grupos de extranjeros más numerosos, como los somalíes, rusos y estonios, son mucho más visibles que antes. En este contexto, con el concepto «peruanización de Finlandia» no me refiero tanto a la creciente influencia del Perú o América Latina en Finlandia sino a un cambio más general en la identidad finlandesa al hacer crisis el mito de la homogeneidad nacional.

Uno puede enfocar la situación cambiante desde muchos ángulos. La desintegración de la supuesta unidad cultural de ese gran hogar colectivo que ha

sido Finlandia suscita intensos sentimientos a favor y en contra. De todas maneras, la importancia de la multiculturalidad seguirá creciendo en los próximos años y décadas.

El concepto de multiculturalidad es problemático porque despierta una imagen de culturas separadas con existencias paralelas. El encuentro de culturas produce también nuevas formas de actividad humana que ya no caben en las categorías anteriores. Estas formas culturales emergentes han sido abordadas, por ejemplo, en estudios sobre sincretismo, hibridación y mestizaje. El resultado de los encuentros culturales suele ser más que la simple suma de sus partes.

Al incrementarse los encuentros transculturales, Finlandia empieza a parecerse más a América Latina. Los primeros procesos de mestizaje en gran escala del mundo moderno tuvieron lugar en la América de hace medio milenio. Incluyeron mucha violencia, pero también han producido mucha creatividad. El mestizaje de culturas ha continuado en América Latina desde la conquista de los españoles y portugueses. En muchos aspectos, se trata del continente más transcultural y globalizado, cuyas enseñanzas podrían ser útiles para países como Finlandia que sólo ahora comienzan su transculturación.

La historia de la ciudad de Lima presenta rasgos análogos a la situación actual de Helsinki. Hasta mediados de siglo, Lima era una ciudad percibida como relativamente «blanca», pero en las últimas décadas llegaron cada vez más forasteros, especialmente de la sierra. Aunque muchos de los nuevos limeños compartían la misma nacionalidad, la brecha cultural entre los «limeños originales» y los recién llegados era en la mayor parte de los casos profunda. Por lo menos tan profunda como la existente entre los «finlandeses originales» y los recién llegados a Finlandia. Como consecuencia de la inmigración, el ambiente de Lima ha cambiado sustancialmente. Aunque algu-

nos piensan que la llegada de los serranos es una invasión que aumenta los problemas de la ciudad, a la vez la vida cultural de la ciudad se ha enriquecido y multiplicado.

Un ejemplo limeño de las novedades producidas por los encuentros interculturales es la música «chicha», nacida de una fusión entre la cumbia tropical, melodías andinas, y guitarras

eléctricas japonesas. Además de designar a un estilo musical, el concepto ha empezado a usarse de manera más extensiva: se habla de «cultura chicha», «modernidad chicha» y hasta de «capitalismo chicha». Una de las ideas principales de lo «chicha» es la pérdida del ideal de pureza cultural. Se mezclan elementos de varias tradiciones culturales sin detenerse ante prejuicios.

Exportación no tradicional a Finlandia.



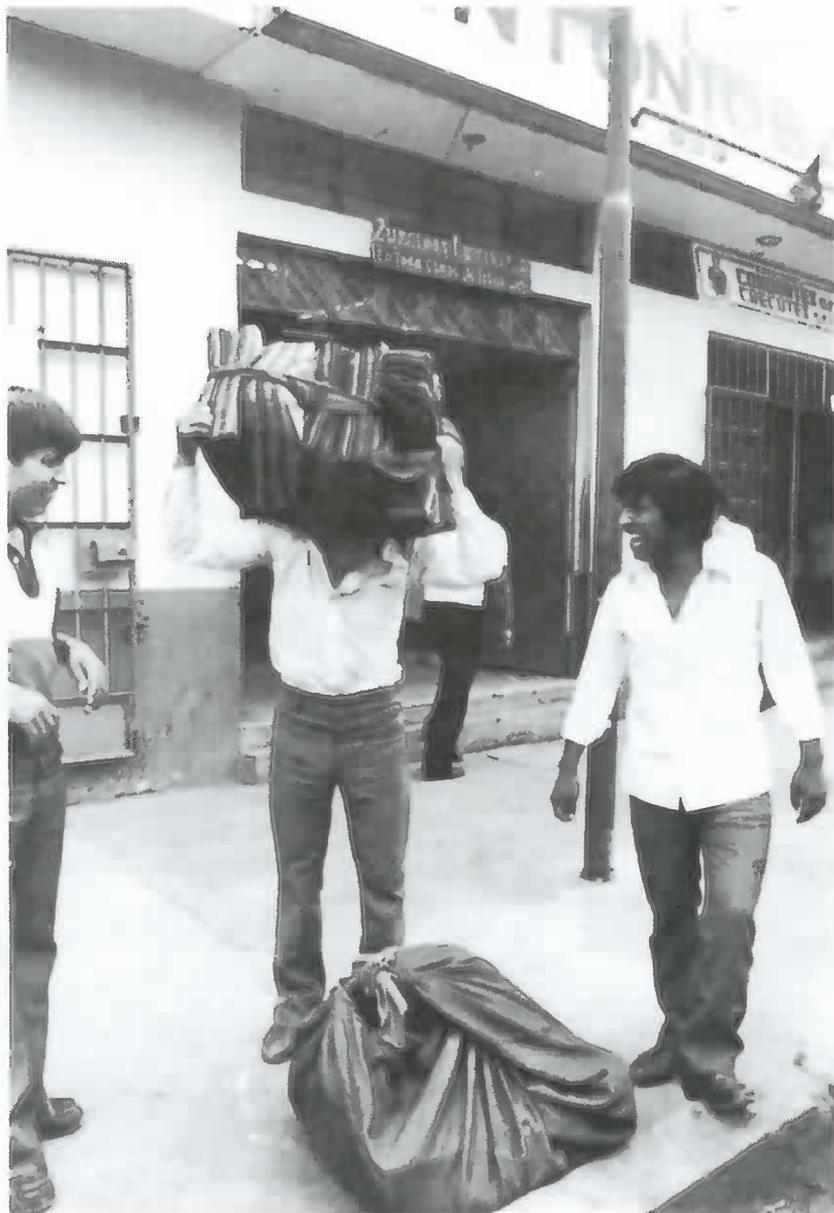
Luis Peirano

También en Finlandia la llegada de grupos de origen extranjero puede producir innovaciones tipo «chicha». Eso, por supuesto, dependerá de si sabemos y queremos crear una hospitalidad abierta. Hospitalidad abierta no significa solamente aceptar la coexistencia con el otro. Más que nada implica que

uno mismo esté preparado a cambiar como resultado del encuentro. En este proceso, estudiar fenómenos como lo «chicha» ayuda a los finlandeses a evaluar sus propias alternativas frente al futuro.

Del Perú también aprendemos que los encuentros culturales, además de

¡También vienen! El sector informal al primer mundo.



Luis Peirano

creatividad, pueden ocasionar difíciles conflictos. No obstante los efectos positivos de lo «chicha», la Finlandia peruanizada del futuro tampoco será un paraíso armónico.

EL SECTOR INFORMAL

Por lo menos con la campaña de información oficial de los últimos años, los finlandeses han aprendido el concepto de «economía gris», en referencia al mismo fenómeno que en el debate internacional se suele llamar sector informal. Las definiciones exactas de los conceptos pueden diferir, pero ambos comparten un elemento clave: una relación laboral no registrada, es decir el «trabajo negro».

Cuando se habla de los aspectos negativos del sector informal, se hace hincapié en la evasión de impuestos. La inseguridad física laboral y la inexistencia de contribuciones previsionales son otros de sus defectos. Una campaña reciente del Ministerio de Trabajo de Finlandia sobre el sector informal ha destacado justamente estos aspectos.

Se puede pronosticar que el sector informal seguirá creciendo con fuerza en Finlandia, especialmente si no se encuentran otras soluciones al problema del desempleo, cosa improbable con las políticas económicas actuales. La decadencia de significativas estructuras asistenciales de la llamada sociedad del bienestar también contribuye al crecimiento del sector informal. Quienes quedan marginados del mundo laboral tradicional cuentan cada vez menos con los beneficios sociales antes garantizados por los Estados nórdicos. Cuando se rompe con las tradiciones de bienestar, la gente tiene que encontrar nuevas alternativas para sobrevivir.

En el Perú estas alternativas se están experimentando desde hace mucho tiempo; el crecimiento del sector informal ha sido muy fuerte en las últimas décadas, y especialmente a partir de la segunda mitad de los ochenta se ha registrado un intenso debate político y

teórico sobre el tema. Desde un punto de vista neoliberal, el economista peruano Hernando de Soto ha definido al sector informal como un mercado «puramente capitalista» de microempresarios, cuyo problema principal es la excesiva regulación estatal. Para su compatriota Aníbal Quijano, en cambio, el mundo informal contiene nuevas expresiones colectivas que podrían ser importantes en la construcción de un futuro solidario. Aun cuando ninguno de los dos enfoques pueda aplicarse directamente a la situación finlandesa, un análisis de las discusiones que han provocado ayudaría a los finlandeses a pensar mejor en las alternativas de su propio futuro.

EN EL MUNDO GLOBALIZANTE

Una novedad de la Finlandia de esta década es la creciente importancia política de las instituciones financieras transnacionales. Desde comienzos de la última década del siglo, las políticas económicas se justifican cada vez más con argumentos propios de las instituciones que miden la credibilidad financiera. La deuda externa ya es una de las referencias más importantes de la retórica política.

Mientras la soberanía nacional pierde importancia, Standard & Poor's, Moody, el Banco Central Europeo y los fondos de pensiones extranjeros pasan a ser factores de peso en Finlandia. Desde el punto de vista latinoamericano la situación no parece en cambio muy novedosa: hace mucho tiempo que allí se sienten los mecanismos de poder transnacionales, y los problemas de la deuda externa y la importancia del capital transnacional se debaten más ampliamente que en Finlandia. Algunas de las ideas principales del llamado enfoque o teoría de la dependencia, por ejemplo, que tuvieron curso hace décadas en América Latina, podrían mostrar una validez sorprendente para analizar la Finlandia de los años noventa.

En varios aspectos Finlandia se está pareciendo cada vez más al Perú, pero también hay por supuesto diferencias fundamentales entre los países y su ubicación en el sistema mundial. Las posibilidades generales de consumo material, por ejemplo, son claramente mayores en Finlandia. En las relaciones de poder mundiales, los peruanos en promedio tienen menos ventajas que los finlandeses.

La idea de que luchar contra las desigualdades mundiales presupone la identificación de algunas regiones como subdesarrolladas, predomina en el pensamiento tradicional de la cooperación para el desarrollo, y por lo menos parcialmente en los movimientos de solidaridad tercermundista. Sin embargo, sugiero que la idea de un atraso general en países como el Perú es uno de los mitos principales que reproducen las desigualdades mundiales. Para entenderlo, vale la pena pensar por un momento en el mundo desde el punto de vista de un sistema de enseñanza y aprendizaje.

EL MUNDO COMO ESCUELA

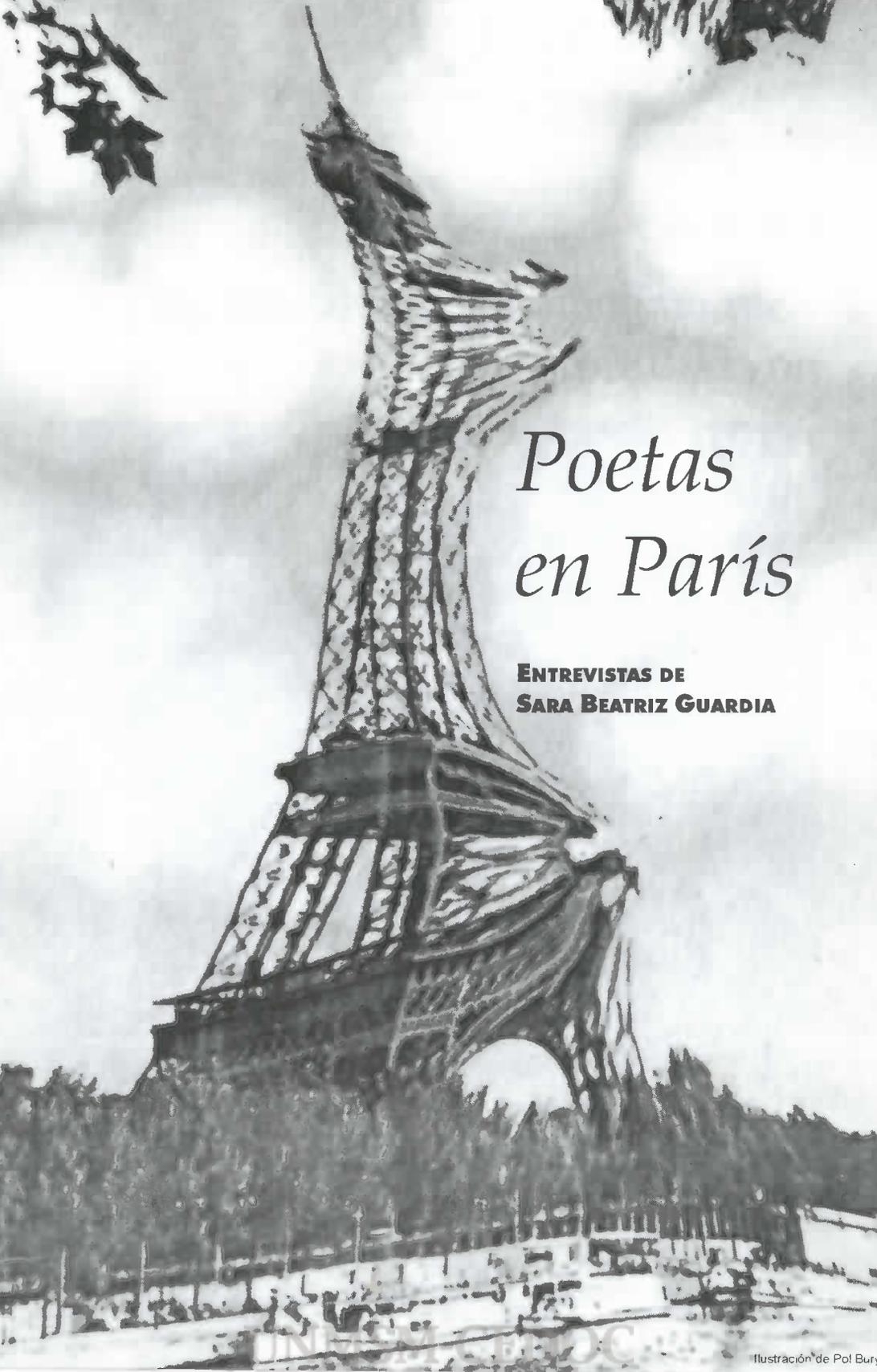
Los invito a imaginar el mundo como un sistema educativo. En él los profesores-adultos (los «desarrollados»), principalmente los gobiernos de los países ricos y las elites capitalistas, han creado programas de estudio llamados ajustes estructurales. Por ejemplo, el Directorio del Banco Mundial podría concebirse como una sala de profesores de la institución educativa mundial. Las posibilidades para los estudiantes-niños (los «no desarrollados») de influir sobre el contenido de los programas son muy escasas. También los profesores-adultos, que en principio tienen más poder, pueden sentirse condicionados por las fuerzas «anónimas» que administran los recursos educativos.

Si se encuentra válida mi hipótesis según la cual en la situación actual del Perú se pueden observar procesos que nos ayudarían a entender los futuros

posibles de países como Finlandia, se debería por consiguiente reconocer que el sistema educativo mundial necesita cambios radicales. Deberían repensarse igualmente cuestiones como la de determinar quiénes son los que están recién empezando su aprendizaje y quiénes, por otra parte, poseen la experiencia que les permitiría enseñar. Desde el momento en que se empiece a admitir que los «no-desarrollados» tienen en algunos aspectos más experiencia que los «desarrollados», la dicotomía entre profesores y estudiantes puede ser «deconstruida». Esto también implicaría la necesidad de democratizar urgentemente el proceso de elaboración de los programas educativos, llámense programas de ajuste o de otro modo. Si todos enseñan a todos, aprenderemos juntos.

Un examen serio de estas ideas podría tener consecuencias para el futuro de las relaciones entre países como Finlandia y el Perú. En la cooperación para el desarrollo, por ejemplo, la relación entre las partes podría hacerse más recíproca, y muchos supuestos de las teorías del desarrollo deberían replantearse. A la vez se abrirían nuevas posibilidades para demandar que en las instituciones mundiales de desarrollo países que hasta ahora han sido considerados como estudiantes-niños, tengan más voz y voto.

Las reformas podrían implementarse gradualmente, por ejemplo a través de proyectos de desarrollo en los cuales expertos de estos países serían invitados a analizar la situación finlandesa. Quizás los estudios sobre América Latina en general recibirían más recursos, al igual que los estudios sobre otras regiones que nos puedan brindar herramientas para el futuro. En un plazo más largo, las reformas deberían alterar las relaciones jerárquicas existentes en los órganos que toman las principales decisiones sobre los sistemas educativos mundiales, especialmente en las instituciones financieras transnacionales. ■



*Poetas
en París*

**ENTREVISTAS DE
SARA BEATRIZ GUARDIA**

ELQUI BURGOS:

«Sin mi familia y sin mis amigos yo no existiría...»



«¿Qué hago aquí a la deriva / velando en la noche bárbara / masticando una lengua / que no es mi lengua / y sin saber qué hacer / en medio / de mis turbulentos sueños?», se pregunta Elqui Burgos en un poema titulado «La noche bárbara», de su libro *El Cristo de Elquí*, que permanece aún inédito. Elqui Burgos es también autor de *Cazador de espejismos* (México, 1974) y *Sublimando al impostor* (París, 1985).

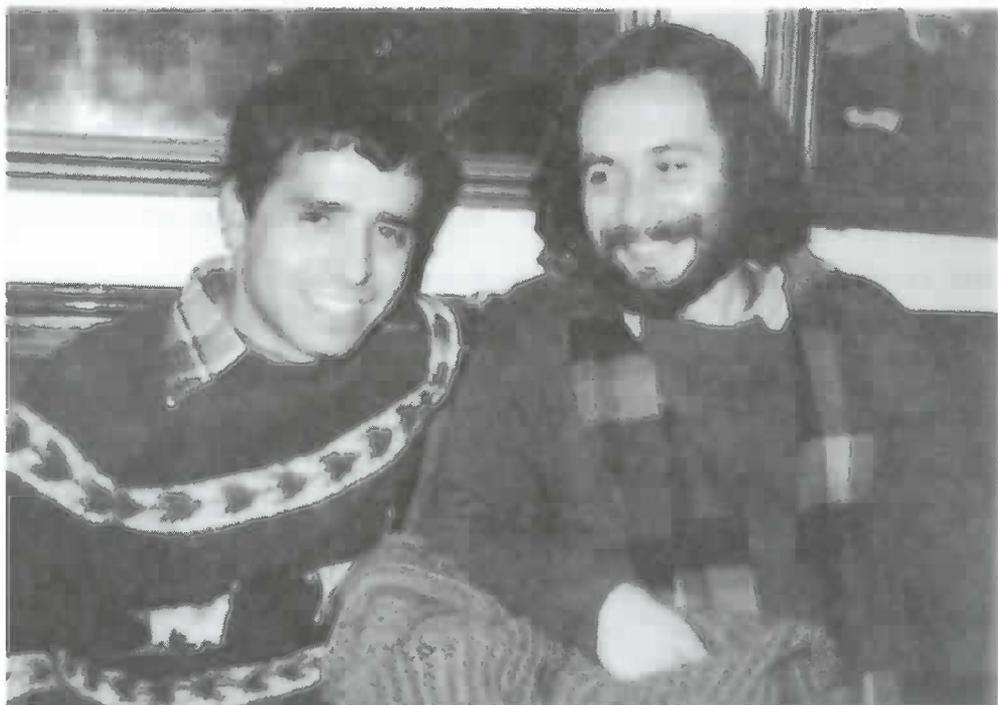


Qué pasó cuando quisiste regresar al Perú, hace años?

En 1988 intenté el regreso al Perú con la ilusión de reintegrarme a un mundo cultural más amplio, más dinámico y donde pudiera participar con voz propia y con todo derecho, pero no fue posible. Algunas circunstancias hicieron que esta experiencia fracasara, pero sobre todo fue una experiencia dolorosa en la cual perdí todas las esperanzas. Fue la constatación definitiva de que había perdido ese Perú que tal vez no existía sino en

Unión Soviética, el desmembramiento de Yugoslavia, o más recientemente y más cerca de nosotros la pérdida de soberanía en ciertos territorio por parte del Perú, me han vuelto más consciente de que patria es un concepto formal, transitorio, efímero, porque de la noche a la mañana nos podemos quedar si ella. Luego, el concepto de pertenencia nacional tal como lo comprendíamos –ante las transformaciones actuales– resulta caduco. Los que nos fuimos, e incluso los que se quedan, somos culturalmente mestizos, lo

1984. En un café de París, Elqui Burgos y José Rosas Ribeyro hablan de los tiempos de Estación Reunida



mis sueños, una patria que yo había idealizado.

¿Qué sentiste al quedarte sin patria?

Al perder el Perú me quedé de alguna manera sin patria, pero todo es relativo. Actualmente el concepto patria ha dejado de interesarme. Otras experiencias posteriores, como el derrumbe de la

que pasa es que unos somos más conscientes que otros. Es todo.

Pero en ese lugar que se llama Perú, hay una familia, una infancia, una adolescencia. ¿Qué relación tienes con esa parte de tu vida?

Es indudable que no renuncio a ella, más bien trato de rescatarla, pero no dentro de un concepto de patria limita-

da a las fronteras del Perú, sino más bien en un concepto más amplio, sobre todo cultural. ¿Reivindico raíces? En verdad, nuestra identidad ya no es más la simbolizada por el árbol, pues en el mundo contemporáneo somos aves migratorias. Nuestro amigo Vladimiro Herrera, al preguntarle por qué había tantos loros en Barcelona, me contaba que eran loros andinos, que al escaparse de las bodegas de un barco combatieron y derrotaron a las palomas.

¿Cómo ha influido en tu poesía haberla escrito fuera del Perú? ¿Significó un choque cultural?

Choque cultural no porque pertenezcamos al ámbito de la cultura occidental, con los mismos valores, aunque indudablemente tenemos nuestras particularidades concretas. En fin, no me sentía como un pez fuera del agua. Lo que sí es difícil y es una experiencia bastante dura, es trabajar creativamente en un país donde todo se desarrolla en

otra lengua. Lengua que se filtra en tu frase, invade tu imaginario, se apodera de ti. Eso produce una marginalidad, un aislamiento, pero un aislamiento que yo creo ha favorecido en mí que lo circunstancial, lo anecdótico y lo más doméstico sea eliminado. He tratado de profundizar en otro nivel, en cada acto de mi vida. El mundo tendrá sentido si me toca, si hago de este hecho un acto de amor o de rebeldía.

Entonces, ¿podríamos hablar de etapas en tu obra poética?

Más que etapas diría que es el desarrollo de una intuición que se da incluso en mis primeros poemas y que intento rastrear también en mis experiencias personales. Yo siempre he imaginado al hombre en la medida que ha eliminado dioses y creencias, como alguien que está en medio del desierto, totalmente solo, y que la vida es ese caminar en medio de arenales engañándose con un espejismo que persigue. ¿Qué importa

1984. Patrick Rosas, el tío buena gente con Tikal Burgos, hijo de Elqui.



si tiene validez? ¿Qué importa si lo alcanzas o no? El espejismo te permite hacer tu vida en este momento y en este desierto, pues, recuerda, nadie vive por ti y nadie muere por ti.

¿Cuál es el espejismo?

Cada hombre se plantea su propio ideal. Su función es darle sentido a la vida, pero el sentido que le puedes atribuir es transitorio, puede variar de un lugar a otro, o de un momento a otro. Hay quienes se plantean ideales sólo materiales y corren el peligro de alcanzarlos y quedarse en el vacío. Entonces deja de ser utopía, deja de ser espejismo. Otros, buscan una realización más espiritual, que al final también es una mentira. La vida es la lucha constante por recrear espejismos, recrear mentiras para poder avanzar en el desierto. A veces intento ver de dónde viene esa sensación, y recuerdo una experiencia de mi infancia. Tendría ocho o nueve años y vivía en Pacasmayo, como todo muchacho al que le gustaba el fútbol había quedado con unos amigos en reunirnos para jugar, pero Pacasmayo está rodeado de un gran desierto y para jugar nos dábamos cita en las afueras de la ciudad. Yo fui y nadie estaba y como no podía volver me quedé allí. Sentí una sensación de soledad, de desesperanza, escondido entre las dunas. Quizá sea ésta una de las experiencias, junto con la gran religiosidad de mi familia, que más han contribuido a que conciba esta idea del destino del hombre.

La escritura, para ti, ¿es también la construcción de una identidad?

La escritura, más que la construcción de una identidad, es la construcción de una existencia. A mí lo que me preocupa es ensanchar el bagaje cultural con referencias que sean peruanas, latinoamericanas, europeas, o de cualquier otro país. Lo que me interesa no es referirme a una identidad ya dada como

una esencia sino construir mi persona, es decir, construir a Elqui Burgos. La vida de Elqui Burgos tendrá sentido en la medida que él se construya a sí mismo.

¿Qué es lo más importante que te ha dado Francia y qué has perdido al venir aquí?

La experiencia de marginalidad por el hecho de vivir en un país donde toda la cultura se desarrolla en otra lengua, te enfrenta a tus deseos, a tus sueños más íntimos y a tu manera de ver el mundo. La soledad, que es manifestación de la marginalidad, te va construyendo, te va enriqueciendo. Creo que en ese sentido, la ausencia de presiones y prejuicios te permite una vida monacal en la cual tú estas dialogando con tus preguntas esenciales. Por ejemplo, algo que me interesa últimamente es reivindicar la materialidad corporal como la esencia principal e inicial de toda existencia humana y a partir de eso desarrollar lo espiritual. Me interesa una mística de la materia, porque el alma, el amor y la vida misma sólo son posibles con la existencia del cuerpo. La materialidad en su vulgaridad puede generar al ángel. ¿Qué es lo que he perdido? Un mundo cultural en mi propia lengua, el grupo familiar y amical que para mí es muy importante, pero son costos que se tienen que pagar.

¿Sientes nostalgia?

La nostalgia aflora en cada momento y tenemos que combatirla. En mí, por supuesto, hay nostalgia, no por el Perú en abstracto, sino simplemente por tomarme un café con un amigo o por sentir el afecto de mis hermanos, con quienes tengo una relación muy estrecha. Yo creo que sin mi familia y sin mis amigos yo no existiría. También añoro el mar que me llama y me subyuga. Recuerdo siempre las siestas que hacía al borde del mar antes de entrar a clases, echado en las piedras, soñando.

JOSÉ ROSAS RIBEYRO:

El humor para mí expresa el desencanto



¿Aló? «Lima es una obsesión que me remite siempre a la infancia.»

José Rosas estudió literatura en la Universidad de San Marcos y se doctoró en historia en el Instituto de Altos Estudios de Ciencias Sociales de París. Ha publicado **Curriculum Mortis** (París, 1985) y **Ciudad del infierno** (Lima, 1994). Sus poemas han sido publicados en revistas de Lima, Barcelona, Madrid, Londres, México y París. Figura además en las antologías de poesía de Alberto Escobar, José Miguel Oviedo y Ricardo González Vigil.

¿ Por qué decidiste dejar el Perú? Yo no salí del Perú por decisión propia. En 1975 me deportaron a México cuando el gobierno de Velasco cerró la revista **Marka**, pero al llegar me di con la sorpresa de

que a mí y a mis compañeros de exilio no se nos consideraba asilados políticos por pedido del gobierno peruano, así que en el aeropuerto me entregaron un carnet de residente, como inversionista aunque en el bolsillo no llevaba sino

diez dólares. Muy pronto conseguí trabajos más o menos interesantes, y además cuando Marka pudo salir de nuevo me hice corresponsal en México y cubrí el proceso electoral de 1976. En uno de mis artículos dije que el partido oficial practicaba sistemáticamente el fraude, y a partir de entonces las cosas comenzaron a irme mal hasta que el gobierno terminó dándome un plazo de quince días para que saliera del país. Mi mala suerte en ese momento era tal que al producirse una devaluación monetaria –algo que no había ocurrido en treinta años– me quedé con la mitad del dinero ahorrado en pesos. Decidí entonces venir a Francia. Aquí tenía algunos amigos.

¿Influyó en tu producción literaria ese cambio de vida?

Ha habido algunos cambios: la posibilidad de acceder a lecturas más diversas, a todo tipo de poesía y de comidas, a ver cine y teatro en las más variadas expresiones. Es evidente que hoy soy más cosmopolita de lo que era en Lima. En lo que respecta a la escritura, hay un fondo que es el mismo. Estar en Francia no me ha hecho renunciar a las fuerzas interiores que me llevan a escribir; al contrario, las ha agudizado. En lo que sí hay mucha diferencia es en la edad, no es lo mismo tener veinte años que cincuenta. No sé si he alcanzado eso que llaman madurez. Creo que no, pero de todos modos este hombre que escribe hoy sí es en parte aquél que escribía ayer.

¿El Perú está presente en lo que escribes?

Sí. Lima es, por ejemplo, una obsesión, un tema recurrente que me remite siempre a la infancia. Ahora, sin embargo, estoy escribiendo unos poemas que, casi sin que yo me dé cuenta, terminan hablando de la muerte. Lo mismo me ocurría en Lima cuando era adolescente: escribía textos sobre suicidas, sobre asesinos. En un primer libro, que estaba listo para su publica-

ción cuando me deportaron y que se titulaba **Murciélago limeño: film en super-8**, recuerdo que incluía un poema en el que decía: «Richard Speck, gran asesino, Cristo te tuvo miedo, se desclavó de la cruz y huyó despavorido». Algunos poemas de ese libro han sido publicados por aquí y por allá, y en mi último viaje a Lima descubrí incluso que tres o cuatro habían sido traducidos al inglés y publicados en una excelente revista británica. Pude, además, conocer al traductor. ¿Qué más decirte? Que escribo cuando quiero o cuando puedo, sin proponerme publicar un libro para tal o cual fecha. Escribo por necesidad y no para hacer una carrera literaria. Tengo horror de las carreras literarias y del mundillo de las letras. No tengo necesidad de demostrarle a nadie que soy poeta o escritor, tampoco vivo de eso. Lo que escribo se va acumulando en innumerables cuadernos: hay visiones, maldiciones, narraciones, confesiones... y a veces algunos de esos textos se desprenden del magma y se vuelven poemas. Sé que la mayor parte de eso quedará inédito cuando me muera: es un legado a la posteridad o a la basura.

¿No te interesa el reconocimiento?

Todo reconocimiento es una ilusión. De los miles de poetas griegos sólo han llegado a nosotros unas cuantas decenas. De los muchísimos que hay hoy no se recordará mañana sino a diez o veinte, a lo sumo. Creer que uno va a estar entre ellos es pura vanidad, ilusión adolescente. Eso no quiere decir que no me guste cuando alguien recuerda algo que he escrito o me dice que lo impresionó o emocionó. Eso me gusta, por supuesto, cuando es espontáneo y sincero, y no una de esas reacciones hipócritas tan comunes en el mundillo literario. Que todo sea ilusión y vanidad no me impide tener proyectos. Después de haber publicado dos libros de poesía bastante narrativa, los poemas que van poco a poco constituyendo un nuevo libro son

diferentes. Son reflexivos, impresionistas, intimistas. Lo narrativo ahora busca expresarse a través de novelas poco convencionales que están a medio escribir. Pero preciso que todo lo que hago actualmente se inscribe en un género que descubrí aquí en Europa y que en Latinoamérica prácticamente no existe: la escritura fragmentaria. Ese es mi camino.

¿Qué perdiste y que ganaste al irte del Perú?

Me vas a hacer llorar con esa pregunta. Nunca me había planteado en esos términos lo ocurrido con mi vida. Creo que, a fin de cuentas, no gané ni perdí nada. Aunque si me planteo las cosas como ganancias y pérdidas podría decir que una ganancia es lo que te decía antes, un mayor acceso a culturas que antes ignoraba. En este mes, por ejemplo, he leído una excelente novela de David Albahari, escritor serbio; como también a Cesar Aira, Reynaldo Arenas y Roberto Bolaño, tres de los mejores narradores de América Latina en estos últimos años. Junto a ello, los escritos de Georges Hyvernaud, un genio de la escritura fragmentaria que incluso los franceses ignoran. Gané una lengua, ya que leo indistintamente en francés y en español. Gané un hijo que se llama Nathanaél, como el personaje de Gide, y que tiene ahora cinco años. ¿Y qué perdí? Perdí el mar. Yo casi no concibo una ciudad sin mar y vivo en una ciudad sin mar. Perdí también mi infancia, porque los años de mi infancia se eternizan en las calles, los parques, los bares y algunos personajes que me sorprendían. Y todo eso ya no existe para mí. Por eso cuando voy a Lima estoy en constante busca de esas calles, de esos lugares que ya no existen sino en mi memoria. Es una búsqueda utópica.

¿Sientes nostalgia por algo?

Mi nostalgia es sobre todo culinaria, aunque eso es relativo porque en una ciudad como París encuentras prácticamente todo lo necesario para preparar

comida peruana si quieres. Más que nostalgia siento desencanto. Alguna vez tuve ilusiones, ahora en cambio soy enemigo mortal de la ilusión. Y eso que se suele llamar pesimismo y lo llamo lucidez, lo contrario de la ilusión

¿De dónde viene tanto desencanto?

Creo que tiene ver algo con la política. Cuando era joven yo creía en la posibilidad de una auténtica revolución, creía que se podía cambiar radicalmente la sociedad y construir el tan mentado –y nefasto– hombre nuevo. Ahora sé que lo máximo a lo que se puede aspirar es a que los hombres vivan unos al lado de los otros sin molestarse demasiado, y ni siquiera eso es fácil. La utopía de querer cambiar al hombre ha sido algo bello, algo de lo que podríamos estar orgullosos, pero con esa utopía se han justificado –y se siguen justificando– abominables asesinatos y atentados contra la libertad del individuo. Sin embargo, como ahora soy un reformista radical –ya ves lo de radical no se me quita–, creo que se pueden transformar algunas cosas, que el tráfico y el transporte colectivo en Lima podrían no ser un infierno, que puede haber sociedades en las que la gente no se muera de hambre, en las que los niños no estén obligados a trabajar, cosas así. Cambiar eso es posible, no son peligrosas utopías. Las utopías lo que proponen es la felicidad y eso no se le puede prometer a nadie si se tiene un mínimo de honestidad. La felicidad es un sentimiento íntimo y pasajero, una conquista personal. Como ves, he desterrado de mi lenguaje la palabra revolución y no tengo vergüenza de considerarme un reformista, aunque en ese terreno sea radical. Porque, en verdad, para creer que el tráfico de Lima puede mejorar hay que ser casi un socialista utópico.

También has ganado el humor

A mí me gusta reír, reírme a carcajadas si me place. Pero siempre tengo presente que el humor –mi humor– es una

expresión del desencanto, de la desesperanza. Por eso cada día me río más. Antes no podía ser así porque pretendía cambiar el mundo y cambiarle la vida a la gente, y con semejante responsabilidad es muy difícil reírse. Pero una de las cosas que más me preocupan es que, si me muriera ahora, no me enteraría de los libros que saldrían mañana. Ya no po-

dría ver las próximas películas de los cineastas que me interesan. Esa es mi gran preocupación. Yo siempre he sido muy curioso. Creo que eso es algo que he conservado de la infancia, la curiosidad es en cierta forma lo que ha marcado mi vida desde siempre y hasta ahora. El día que ya no tenga curiosidad consideraría que ya no tengo razón alguna para vivir.

PATRICK ROSAS:

El Perú como imposibilidad

Patrick Rosas ha publicado tres libros de poesía: **Leguisamo solo** (Lima: Reda, 1976); **Las claves ocultas y otros poemas** (Lima: Mosca Azul, 1981) y **Viaje a la voz** (Lima: Campodónico, 1998). Tiene dos novelas publicadas: **Pies de reina** (Lima: Campodónico, 1995) **Mademoiselle Moutarde** (Barcelona: CIMS, 2000). La editorial San Marcos publicará próximamente su libro: **Un descapotable en invierno**.

1984. Patrick Rosas: «¿Pero por qué tendría que aceptar la idea del Perú?»





Qué significó para ti irte del Perú?

Seguramente volver a nacer. Ser otro. ¿Quién? No lo sé. Recuerdo que cuando entrevisté al escritor argentino Juan José Saer, me dijo que él se conocía cada día menos. No le creí en ese momento y hasta me pareció que se trataba de una «**boutade**». Pero con el tiempo me he dado cuenta de que a mí me ocurre lo mismo. Hoy me conozco tan poco que a veces me veo a mí mismo como a un extraño.

¿Fue por alguna razón especial o querías partir?

¿Qué persona en su sano juicio querría quedarse en el Perú? Me dirás que hay veinticinco millones de peruanos que ni siquiera se plantean esa posibilidad, pero habría que preguntarse si no están todos locos o si son unos inconscientes.

Entonces, ¿se cerró para ti el capítulo Perú?

Acepto la idea de capítulo. ¿Pero por qué tendría que aceptar la idea del Perú? Se cerró un capítulo. Queda por probar si el Perú existe. Por el momento, nada me lo prueba. Existe Lima, y una periferia inmensa de la que Lima vive. Hace unos cincuenta años, Luis Alberto Sánchez escribió, si mal no recuerdo, **Retrato de un país adolescente**. Hoy existe un partido llamado Perú posible. El país adolescente ha involucionado al estado de posibilidad, una especie de feto. Si aceptamos la «posibilidad», tenemos que aceptar también la formulación contraria: el Perú como imposibilidad. Lo que veo hace que me incline por esto último. Volviendo a tu pregunta, a lo mejor nunca se abrió para mí el capítulo Perú.

¿La vida transcurrida en el Perú no tiene sentido?, ¿no existen recuerdos?

Ignoro quienes van a leer esta entrevista. Pero dudo que les interese saber

qué sentido tuvo la vida en el Perú del simpático, o antipático, depende de los días y de las personas, Patrick Rossas.

¿En tu obra poética y narrativa está presente de alguna manera el Perú?

¿Si está presente en mi obra? Si quieres solucionar este enigma, lee mi obra. Ahora bien, creo que en el fondo esto tiene que ver con el problema de la identidad. ¿No?, ese complejo de Edipo de las naciones subdesarrolladas. Aunque el problema de la identidad también está apareciendo, con otras características, en las viejas naciones de Occidente. Pareciera que sólo Estados Unidos fuera dueño de una identidad dominante. Pero lo que quería decir es que en Francia, por ejemplo, nadie le pide a un escritor que escriba como francés, que escriba para afirmar una identidad nacional. A nadie le sorprende que un escritor francés escriba sobre el antiguo Egipto, o sobre México, como Le Clézio. En el Perú se le consideraría un extranjerizante. Si te dijera que me gusta esta sensación de ser extranjero en todas partes, seguramente no me creerías. Sin embargo, vivo en Francia como británico. Y soy británico a pesar de no haber vivido más de seis meses en Gran Bretaña. Podría naturalizarme francés. Llevo ya 24 años en Francia. Y no lo hago. ¿Para qué? La identidad es un engaño bobos. Mi identidad es la época en que vivo. Y si alguna patria tengo, esa patria es la escritura. Más que la lengua, la escritura. Una escritura sin cualidades. Estoy totalmente en contra de esa tesis que pretende que la literatura tiene una función. La literatura, el arte en general, son como la vida. ¿Qué función cumple la vida?

¿Cuáles son tus motivaciones literarias?

En verdad, sólo tengo una: yo mismo. Ese universo con su fondo inacaba-

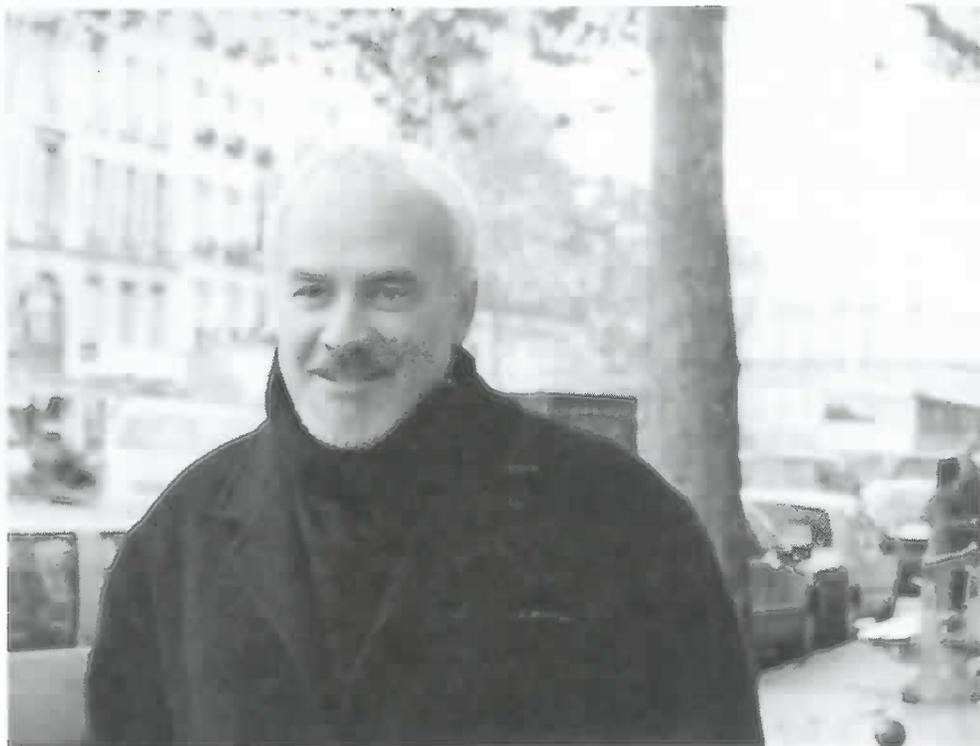
ble de misterio que es el propio yo. Ya te dije, mi literatura no posee cualidades. Es una especie de fuga nerviosa. De paso, me permite captar un mundo que vive en mí a mis expensas y al que yo no tendría acceso si la escritura no existiera.

¿Qué es lo más importante que te ha dado Francia?

Mi mujer, mis hijos. Perdón, dos terceras partes de mi progenitura. Aparte

o de tu infancia?

Mi infancia está tan lejana que mentiría si te dijera que sí. Lo que guardo es un recuerdo impercedero del aire de Lima, impregnado de ese inconfundible olor a harina de pescado. Hoy se trata de un reflejo pavloviano: cada vez que mi pituitaria es estimulada por un aroma a pescado podrido, pienso en Lima.



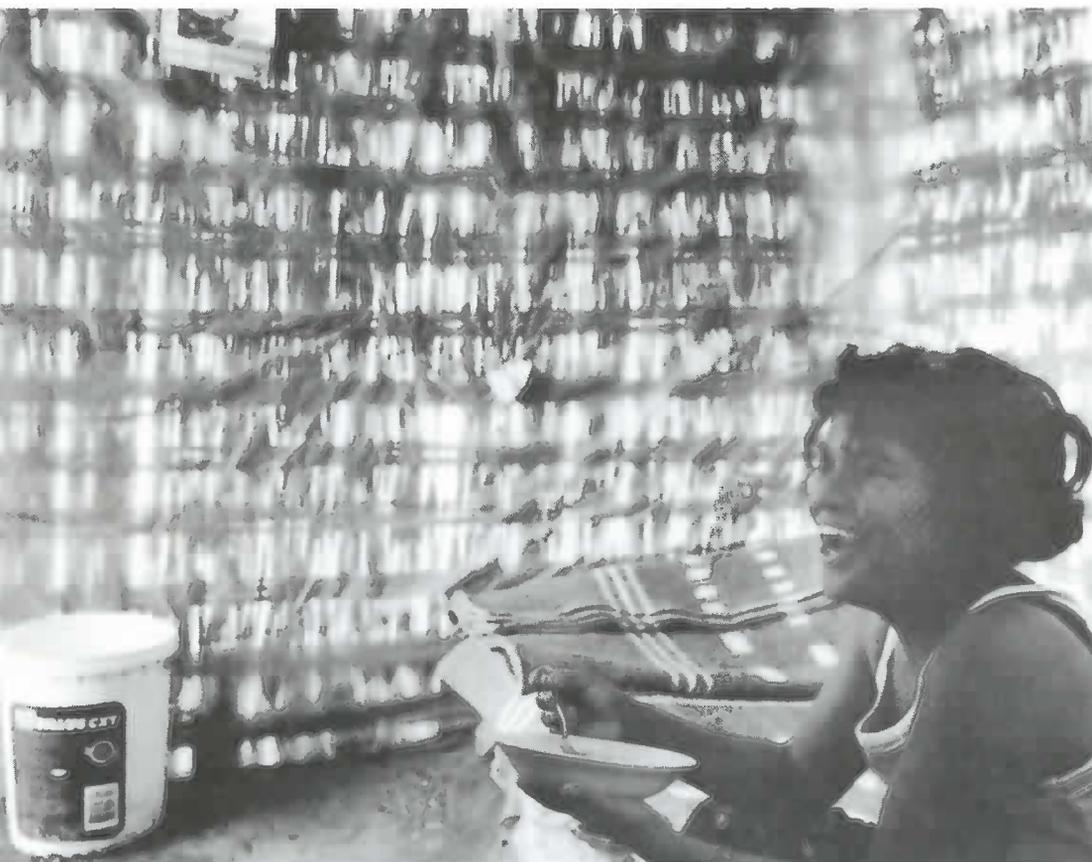
2000. Patrick Rosas años después y la misma calidad poética.

de eso, el aire que respiro, tanto el real como el figurado. Quien ha pasado alguna vez por París para algo más que comprar perfumes, pero también para eso, sabe de lo que estoy hablando. París ya no es la capital cultural del mundo, pero es una de sus capitales culturales. Y la única en la que se come muy bien.

**¿Es que no guardas nada del Perú?
¿No tienes algún recuerdo de olores y sabores ligados a esa parte de tu vida**

Veo que tú sólo has sido un transeúnte en el Perú.

Somos transeúntes en todas partes, transeúntes de la vida que se preparan para el Gran Misterio. Por supuesto, tengo gratos recuerdos del Perú. El nacimiento de mi hija. Y, antes de eso, el recuerdo de mi primer amor, de la felicidad que compartimos. Quiero decir su nombre: Ada Debernardi. No he dejado de pensar en ella un solo día. Y ya han pasado 32 años desde que murió. ■



Bruno Sánchez

*Lima:
Viejas invasiones y
nuevas decadencias*



Jordi Baron

Cada uno inventa su ciudad, su paisaje interior. ¿De qué otra manera te apropias de una ciudad si no es a través de los sentimientos? Uno sabe que pertenece a una ciudad por sus amigos, por su esquina, por su barrio. Lima puede ser un estado de ánimo, una bronca, una invasión, una pichanguita en la pista, un amor en el parque, un olor que nos transporta. Lima es una ciudad en mutación, genéticamente promiscua, caótica, centrifuga, gris, húmeda. El cielo no tiene cielo, pero el mar está siempre allí, naciente.

LA TIERRA PROMETIDA

JULIO A. CALDERÓN



500,000 «destechados»: de la promesa electoral utópica a la patética realidad. (Foto: Bruno Sánchez)

La invasión de la zona agropecuaria de Villa el Salvador, en el caliente verano del 2000, superó el ritmo normal de invasiones y amenazó directamente a la propiedad privada. Hubo acusaciones mutuas entre los diversos órganos públicos del gobierno nacional y local, que volvieron a poner sobre el tapete el problema del acceso al suelo y a la vivienda. La solución encontrada ha sido crear el

PROFAM, empadronar a los «destechados» y ofrecer 500,000 lotes. Conviene, entonces, preguntar si Lima puede seguir creciendo a través del «lote de la barriada».

PERSPECTIVAS A MEDIANO PLAZO

Lima Metropolitana cuenta con una extensión total de 281,165 hectáreas, de

las cuales más de la mitad (157,978) no son aptas para usos urbanos y 66,452 ya han sido ocupadas. Esto nos deja 56,735 hectáreas cuya calificación por el Instituto Nacional de Desarrollo Urbano y el Plan de Desarrollo Metropolitano 1990-2010 figura en el cuadro 1. Si descontamos las 10,184 hectáreas reservadas como área de seguridad ambiental, área de recreación y área de reserva ecológica, nos queda un total de 46,551 hectáreas.

En 1997 el INEI y el INADUR (**Tendencias del crecimiento urbano de Lima Metropolitana al año 2015**) establecieron la demanda potencial por suelo a partir del déficit acumulado de vivienda, que estimaron en 252,018 unidades, que comprende un 18.3% del total de hogares, sobre una población estimada en 6,434,323 habitantes. Proyectaron que a 1998 Lima tendría 7,227,509 habitantes, en el 2,005 unos 8,291,357 habitantes y en el 2,015 aproximadamente 9,641,938. Ello representaría, de continuar las tendencias, un incremento del déficit en 403,967, 572,832 y 780,614 viviendas, respectivamente.

¿Cuánta tierra demanda esta proyección? Según el INEI, considerando que las áreas agrícolas no se ocuparan, al 2015 y con una densidad bruta promedio tendencial de 110 Hab/Ha, se necesitaría para los nuevos 3 207 615 habitantes –y descontando el soporte de áreas con actividades productivas– 26,718 Hectáreas adicionales a la superficie de 1993. Esto significa que al 2015 restarían en Lima sólo 19,833 hectáreas de expansión. El incremento estimado representa un 40% del área urbana ocupada a 1993, superando ampliamente las áreas urbanizables que habían sido previstas en 8,952 Has. Por lo tanto, recomiendan estimular mayores densidades brutas que, según se trate de 160 o 210 Hab/Ha, reducirían la demanda de superficie adicional a 18,369 Has o 13,995 Has, respectivamente.

La densidad propuesta, en cualquiera de sus dos alternativas, requeriría

modificar el patrón de crecimiento horizontal que ha observado Lima. ¿Esto es posible? En principio sí, pero ello requiere modificar el patrón de ocupación de las tierras eriazas de propiedad pública destinadas a los pobres, que vienen siendo copadas de modo informal mediante invasiones y ocupaciones graduales. Como se sabe, la conformación de los hoy llamados «asentamientos humanos» supone la fragmentación en lotes de aproximadamente 90 metros cuadrados sobre los cuales los pobres edifican de acuerdo a sus posibilidades, y en forma lenta y gradual. Esta modificación de patrones de ocupación requiere de una política de apoyo que supere la de la «barriada ordenada» que ha primado desde los setenta hasta ahora.

En otras palabras, supondría programas de construcción vertical en los eriazos de Ventanilla (Pachacútec), Carabayllo (Lomas) y Ancón (Piedras Gordas), entre otras. ¿Es ésta la política que se seguirá desde el PROFAM? No lo sabemos. Entre la escasa información con la que se cuenta se sabe que se ha hecho un inventario de la tierra pública disponible y que se vienen definiendo las áreas a ser utilizadas por dicho Programa.

¿PODRÁ MANTENERSE LA TIERRA AGRÍCOLA?

En Lima la tierra agrícola es de propiedad privada, y ha atravesado por tres tipos de estructura de propiedad: de gran propiedad a cooperativa en los setenta y, luego, con la parcelación en los ochenta, a pequeña propiedad. Existe un promedio, de acuerdo al Censo Agropecuario de 1984, de dos hectáreas por cultivador. En términos prácticos sólo hay dos maneras de que la tierra agrícola se mantenga intangible. En primer lugar que algún ordenamiento jurídico lo prohíba, lo cual es relativo; y, en segundo, que las tendencias del mercado hagan más interesante la

canalización de rentas agrarias por sobre las urbanas. En cuanto a lo primero, la Ley de Tierras de 1995 levantó dicha protección, y respecto a lo segundo el crecimiento de la ciudad muestra que, por lo menos en las tierras vacantes encerradas por el entorno urbano, la obtención de rentas urbanas viene agotando las tierras que fueron de haciendas como Santa Rosa y Naranjal en San Martín de Porres.

De modo que parece poco probable mantener las 10,737 hectáreas agrícolas ex - intangibles (cuadro 1), por lo cual éstas, en realidad, pasan a ser tierras disponibles. Sin embargo, a diferencia de las tierras públicas, no se encuentran a disponibilidad de los más pobres. Bajo modalidades tales como los «Programas de Vivienda», conducidos por promotores inmobiliarios pri-

vados, vienen siendo vendidas de manera informal para adecuarse a una demanda que, siendo incapaz de acceder a la urbanización convencional, puede evitar recurrir a un «asentamiento humano». De hecho existe un mercado en ebullición en la zona agrícola de Carabayllo o Puente Piedra.

LA PERSPECTIVA DE CORTO PLAZO

El cuadro 2 presenta las áreas en vías de urbanización, las áreas de expansión urbana inmediata y el área agrícola por sectores geográficos. En total son 21,283 Has, y hemos incluido la zona agrícola por considerar que las tendencias actuales del mercado llevan a la urbanización de buena parte de tales tierras.

CUADRO 1: ESTRUCTURA DE USOS DEL SUELO

Áreas calificadas	Hectáreas
a) Área de expansión urbana inmediata	7,450
b) Área de expansión urbana mediata	28,364
c) Área agrícola intangible	10,737
Subtotal	46,551 (82%)
d) Área de seguridad ambiental	6,160
e) Área de recreación metropolitana	3,678
f) Área de reserva ecológica	346
Subtotal	10,184 (18%)
TOTAL	56,735

CUADRO 2: ÁREA DE EXPANSIÓN URBANA POR SECTORES GEOGRÁFICOS (1993) (EN HECTÁREAS)

Sector	Área Urbana expansión inmediata	Área Agrícola	Áreas en Vías de Urbanizac.	Total
Centro	--	(72)	(440)	512
Norte	4,394	6,209	(405)	11,008
Sur	2,147	4,528	--	6,675
Este	909	(2,179)	--	3,088
Total	7,450	12,988	845	21,283

Conviene analizar la situación de estas 21,823 hectáreas:

- *Áreas en vías de urbanización*

Se trata de 845 hectáreas que el INEI y el INADUR dan prácticamente por agotadas. Son 440 hectáreas del Fundo Oquendo, en el Callao, que en medio de conflictos judiciales entre el gran propietario y los parceleros, vienen ofertándose; y unas 405 hectáreas ubicadas en el distrito de Comas (anexo Chacra Cerro) que están siendo copa-

blica, siendo obviamente blanco de ocupación de la demanda popular. Se trata de Ciudad Pachacútec (1,353 Has) en Ventanilla que, con la reubicación de los invasores de Villa El Salvador están por agotarse, si no lo han sido ya. Asimismo, queda por habilitar la reserva de Lomas de Carabayllo (980 Has), que cuenta con estudios previos, mientras que otras, como Pampa de los Perros (630 Has), se encuentran casi totalmente ocupadas. Por lo tanto, resulta bas-

Bruno Sánchez



Pachacútec, Ventanilla, desolado lugar donde fue reubicada la población que invadió Villa El Salvador.

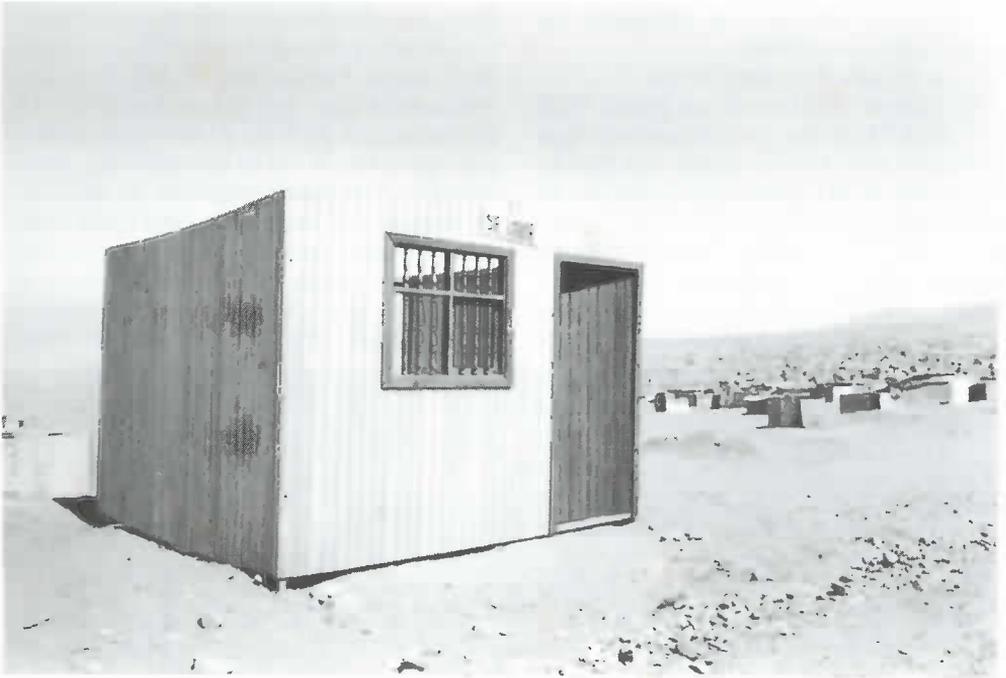
das bajo la iniciativa de urbanizadoras privadas.

- *Áreas de expansión urbana inmediata*

Se considera 7,450 hectáreas como áreas de expansión urbana inmediata, localizadas mayormente en el Cono Norte y luego en el Sur. En Lima Este, como corresponde a su ubicación en la cuenca del río Rímac, asentamiento principal e inicial de la ciudad, quedan muy pocas áreas de expansión.

De éstas, alrededor de 3,681 son de naturaleza eriaza y de propiedad pú-

blante probable que se esté pensando en habilitar la gran reserva de Piedras Gordas (7,500 hectáreas), en el camino a Ancón, que no había sido considerada como área de expansión urbana inmediata. De otro lado, las Pampas de San Bartolo asumirían una función más recreativa y de protección ecológica. En conclusión, Lomas de Carabayllo podría ser el sustituto de Ciudad Pachacútec como receptáculo de los pobres, quedando a la espera Piedras Gordas.



Bruno Sánchez

Inmobiliarias privadas hacen de las suyas en Pachacútec.

De otro lado, se considera 3,769 Has agrícolas en paso a uso urbano que vienen siendo ofrecidas bajo modalidades de urbanizaciones privadas o «Programas de Vivienda». En los últimos cinco años, según el Instituto Metropolitano de Planificación (**Crecimiento urbano. Actividad residencial 1997**) se ha agotado el área de Naranjal (368 Has) y del Fundo Santa Rosa (572 Has), y el destino de las restantes es prácticamente similar.

- *Áreas de intangibilidad agrícola*

Finalmente se cuenta con 12,898 Has de «intangibilidad agrícola» que los organismos de planificación estiman que deberían conservarse como tales. Sin embargo, se observa un rápido crecimiento sobre las tierras ubicadas en los límites de la ciudad, si no prácticamente encerradas por ella. Se trata del ex Fundo Caudivilla (858 Has) en Carabayllo, Carapongo (575 Has) en Lurigancho, que ha iniciado ya su urbanización principalmente bajo la modalidad de urbanizadoras privadas. Quedan a la espe-

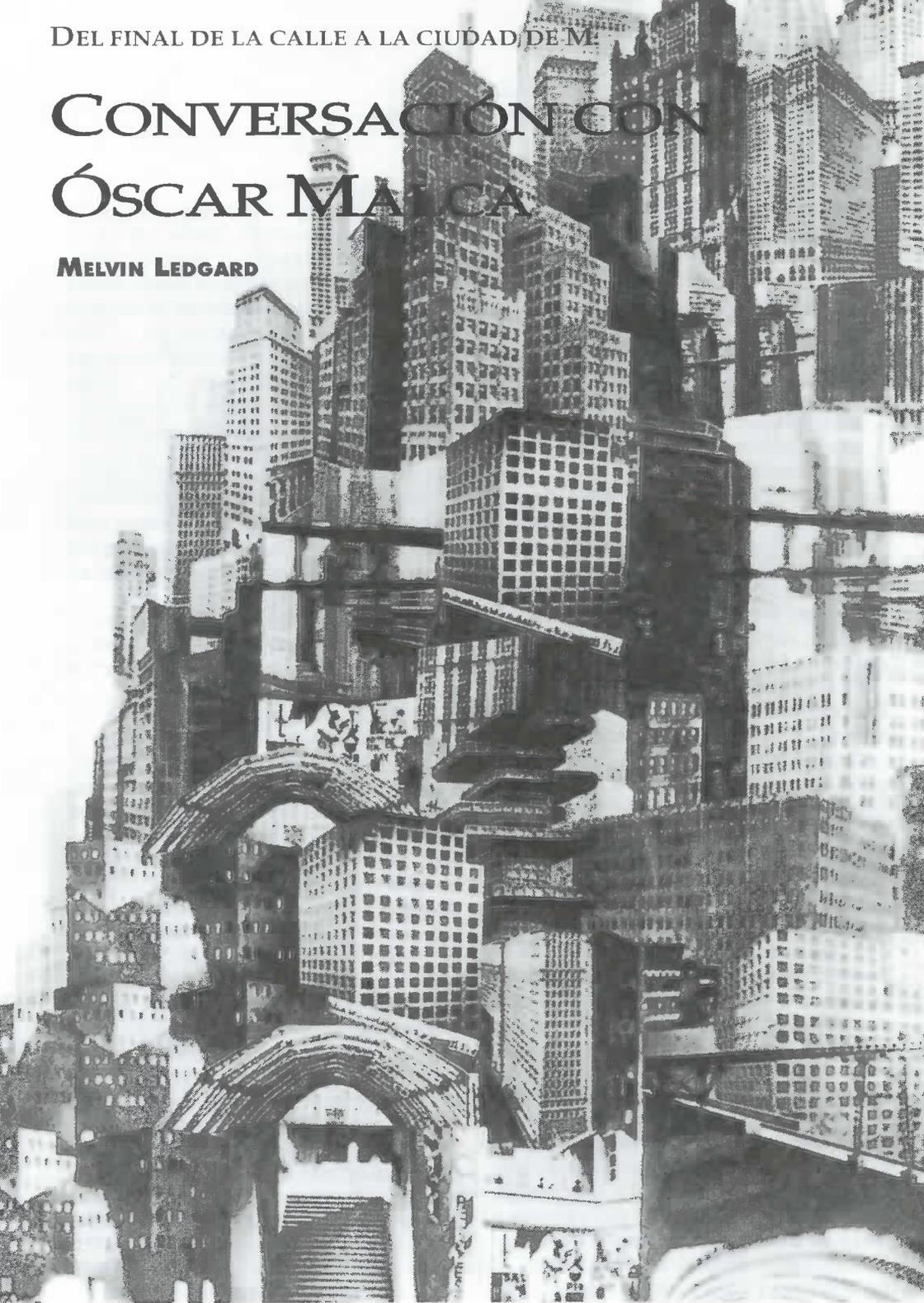
ra las zonas de Ñaña (312 Has) y Huachipa (60 Has). Aquí también debe considerarse la zona agropecuaria de Villa el Salvador (306 Has). Si bien ésta resistió las invasiones de enero del 2000, debe indicarse que, ya desde antes, se llevaban a cabo ventas irregulares de terrenos a grandes firmas comerciales. En la medida que el precio del suelo había llegado a \$ 70 el metro cuadrado, es muy probable suponer que sus propietarios, más temprano que tarde, las venderán para uso urbano. En Lurín y Pachacámac se hacen esfuerzos por orientar del mejor modo posible el avance de la urbanización.

En el mediano plazo Lima avanza, pese a la disminución de su tasa de crecimiento, a copar sus tierras de expansión eriazas y agrícola. La posibilidad de reducir al agotamiento de tierras, por la vía de mayores densidades, supone modificar un patrón de ocupación que impone costos al Estado y a la sociedad que resultan difíciles de asumir. ■

DEL FINAL DE LA CALLE A LA CIUDAD DE M

CONVERSACIÓN CON ÓSCAR MARCA

MELVIN LEDGARD



Metrópolis. Escenario de Fritz Lang para la película del mismo nombre.

Rock, drogas, partidos de fulbito, películas de acción, bares, historietas, billares. Esas eran las cosas que fascinaban a las colle-ras de los ochenta en el distrito de Magdalena del Mar, al norte de la avenida Brasil, que Oscar Malca muestra en **Al final de la calle**, un libro publicado en 1993 y que este año está saliendo en su quinta edición, aparte de que se ha usado como base para una película titulada **Ciudad de M.**

Al final de la calle es un libro dividido por secciones que presentan escenas cargadas de una cierta atmósfera, escenas que no llegan a ser cuentos agrupados en un libro, un libro que tampoco llega a ser estrictamente una novela.

Magdalena no es el escenario exclusivo de **Al final de la calle**: las primeras páginas colocan al protagonista en La Colmena, en el centro de Lima, a la altura del cine Le París, célebre por sus películas porno donde M (una nueva consonante para un nuevo tipo de señor K) es testigo de un robo; algunas secciones más tarde, una viñeta describe una visita para un análisis de sangre en el hospital Almenara, donde su madre trabaja en una dependencia administrativa de mediano nivel; unas páginas más allá hay una incursión a Monterrico, donde se ha mudado la familia de su amigo Pacho, y a una discoteca en una Lima más acaudalada; más adelante se describe la opaca vida de un empleado que se ocupa de los avisos clasificados del periódico más viejo de la capital; otra viñeta presenta a M aprovechando una compra en Polvos Azules para robar una prenda extra; en otras secciones M y una amiga son víctimas de un asalto por pirañitas o él y su collera vandalizan el depósito abandonado de una escuela estatal y un teléfono público; otras viñetas más y el lector está metido en diferentes

rutas de micros y por allí alguien le propone amedrentar a unos invasores de terrenos; no tarda en llegarse a una sección ambientada en la barra brava del Estadio Nacional, donde se juega el clásico Alianza-U y hay un joven que vocifera consignas senderistas mientras vende periódicos en medio del barullo; otra sección presenta una violación entre varios en un carro que se aleja del cruce de la avenida Brasil con la del Ejército; en la siguiente viñeta el protagonista acompaña a su amigo Rubén, que hace taxi, a comprarle un faro a su viejo Peugeot a una tienda de repuestos robados en El Porvenir; finalmente, en un cuarto lleno de **posters** de películas de acción norteamericanas, su amigo Coyote propone hacer un pase a Miami, no se decide nada pero todos se sienten hartos de la vida que llevan.

Malca captura momentos en las calles de Magdalena –se menciona el malecón, el jirón Tarapacá, la calle Castilla, el mercado, la iglesia del Corazón de María, la merca del Fuerte Apache–, así como dentro de cantinas que ya no querían fiar o cuartuchos donde él o sus amigos vivían pensando en cómo hacer dinero. Los personajes no tienen un rostro, jamás se les describe físicamente: son sobre todo nombres, a veces simplemente apodos. Es una lectura fluida y entretenida donde el paisaje es tan importante como los personajes. Poco importa que el autor no tenga realmente un argumento novelístico cuando tiene un cierto ángulo, un cierto sentimiento que busca ser expresado y pasa a impregnarse en las imágenes que compone, imágenes en las que de pronto aparecen o apenas se asoman personajes que son parte de los paisajes del «Barranco pobre», como se quiere caracterizar al distrito (aunque también habría que decir que el mismo Barranco es un distrito con muchas caras).

En junio de este año se estrenó una adaptación del libro al cine, a la que comercialmente no le ha ido mal, a lo mejor debido a ciertos actores que atraen al público y cuyo inclusión desató una polémica sobre si se le hacía justicia a los personajes originales. Aparte de incluir a Santiago Magill y Christian Meier, la película respeta lo anecdótico de las situaciones pero tie-

dero. ¿Sientes que el libro de alguna manera se está volviendo coyuntural, a pesar de que estén preparando una quinta edición?

—Partamos de que el libro se basa en experiencias personales. Casi todo lo que yo escribo se basa en eso. En el libro son experiencias transformadas, trasladadas, trastocadas, recreadas. La época es básicamente los ochenta, la de mi



Por una *luca* regresas a Magdalena en taxicholo. «Uno vuelve a los sitios porque están sus amigos o el bar que frecuentabas». (Foto: Fátima López)

ne más problemas a la hora de recrear justamente la atmósfera que es lo que realmente termina dándole su razón de ser al libro.

MAGDALENA

—*Al final de la calle es un libro en el que está presente el fantasma de Sen-*

generación. Pero hay un espectro bastante amplio en los ochenta, porque hablamos de diez años. Por ejemplo, en la parte que mencionas está Sendero, la violencia, pero más como insinuada. En la música hay algunas cosas que son de los ochenta y noventa. No están localizadas exactamente, pero tienen que ver con un clima, una atmósfera, una sensibilidad que tiene con la Lima de la

mitad de los ochenta en adelante, cuando fue publicado el libro.

–En los noventa el distrito de Magdalena ha cambiado. Por ejemplo, ahora tiene cholotaxis, serenazgos y no está lejos de la zona de influencia de La Marina con el Centro Plaza San Miguel, en auge a partir de la inclusión de las tiendas Wong, y de allí los cines y los casinos de la avenida La Marina.

– En mi época Magdalena todavía era un sitio de clase media pobre, pero no tan pobre como lo es ahora. Se ha tugurizado, se ha empobrecido mucho, han aparecido centros comerciales chichas a montones. Mi novela es un poco Magdalena-San Miguel, esa es la zona geográfica en que se localiza, y ella ha cambiado mucho, como todo en Lima. Antes Miraflores era un barrio pituco, ahora es un barrio de clase media. Ha cambiado la composición social de la ciudad.

– Llamémosle, pues, una versión de Magdalena de un libro de memorias. Es tu *En busca del tiempo perdido* en clave de Magdalena.

–La comparación es exagerada.

– Proust va mostrando muchas veces escenas, lonchecitos, ambientes en los que parece perderse el tiempo, pero algo se está aprendiendo.

–Ya veo por donde vas. Recupero también la atmósfera sentimental y eso es recuperar el tipo de amistad que teníamos. Es la historia de una amistad, de un grupo de amigos, que se quieren y no se quieren, que tienen unas lealtades extrañas, que viven, como te digo, en una sociedad muy descompuesta y todas sus relaciones están como enfermas. Entonces por allí hay apagones, hay una mujer que aparece y desaparece, hay una violación, hay una amiga que es amiga pero tiene una especie de arrechura permanente. Hay cosas como cortadas, como relaciones abortivas. Sí, pues, es un poco eso; es ese tipo de grupos sociales que me interesó retratar. Mi obsesión no es tanto la violencia o la calle o la urbe, que siempre son temas que me

fascinan, pero más era eso, era este personaje tan extraño, tan indolente por momentos, pero con conciencia, que era lo que más lo diferenciaba de los demás. Lo único que lo diferenciaba era sospechar que no quería ser el que es. Es de lo que trata realmente la literatura: uno quiere ser otro realmente. Ese personaje permanentemente está queriendo escaparse de sí mismo. Esa es un poco la historia de *Al final de la calle*.

–Pero el distrito del que no puede escapar es tan importante o hasta más importante que muchos personajes del libro.

–Sí, tienes razón. En realidad, es un homenaje mío a ese distrito, a esas calles, porque es donde he crecido, es donde yo he vivido mucho tiempo, aparte de que me encantaba el distrito. Ahora se ha deteriorado muchísimo, se me ha vuelto hasta irreconocible. Pero además me gusta ese encanto medio misterioso que tenía Magdalena, las zonas viejas que se caían, que se cambiaban por edificios horribles, la gente que se iba lumpenizando. Los barrios, las quintas que se volvían callejones donde se vendían drogas, que antes eran unas quintas bastante tranquilas; la gente que jugaba fútbol en las calles pasaba a malograrse, a fumar pastel, había un proceso de deterioro que ya parecía irremediable, que se agudizó con Alan García y con Fujimori ya ha terminado de irse a la mierda. Es un distrito muy extraño, porque en algún momento debe haber tenido una especie de balneario y, junto con San Miguel, era un lugar de refugio para asmáticos. El distrito no tenía una composición social muy precisa: tenían una zona de Jesús María que era una clase de gente muy pudiente y una zona cruzando la Brasil que era más pobre definitivamente. Mi familia era más bien de clase media estable, no había problemas económicos, tampoco había grandes propiedades. Pero, como te digo, en la composición social de Magdalena había todo un espectro social de Lima, y hasta un pueblo joven por

Rock, drogas, partidos de fútbol, películas de acción, bares, historietas, billares. La atmósfera de Ciudad de M.



la huaca cerca de la escuela.

– En todo caso, los episodios son como momentos de acción concentrada y la vida cotidiana no es así.

– No toda la vida es así. Yo trabajo más la acción concentrada y es una razón por la cual soy un admirador de John Ford; he aprendido a escribir viendo coboyadas. Me gusta ese tipo de narración donde la acción es lo que revela la idea. No soy muy propenso a los rollos metafísicos, aunque sí me interesa ese tipo de literatura, de cine y de historietas.

MÁS ALLÁ DE MAGDALENA

–*Al final de la calle* no sólo es Magdalena, porque empiezas en La Colmena.

–Claro, es la ciudad. Me fascina la ciudad. Sí, sí, es como lo que ocurre con las familias de clase media baja, gente que vive en la calle porque, al final, la casa los expulsa por los problemas familiares, las zonas son pequeñas, no hay jardines. Aquí, en esos barrios no hay más que esquinas. Lo único que te queda es o el televisor o la calle; entonces, creces en la calle. Tu aprendizaje, tu crecimiento como individuo es en la calle; en tu casa no te entiendes con tu fami-

Fátima López

lia, a pesar de que hay un vínculo fuerte son generalmente familias conflictivas con problemas económicos, entonces, la pasas en la calle. Yo siempre he vivido mucho tiempo en la calle. A pesar de que leía, leía en las noches, porque soy un tipo que siempre he tenido insomnios, yo vivía en la calle hasta que salí de mi casa. Con mis amigos todos éramos medio vagos. Había un conflicto permanente con los padres, además por lo que hacíamos teníamos que estar ocultándonos, teníamos una especie de vida secreta de los viejos, desde que uno se tiraba la pera hasta que uno robaba o fumaba o jalaba; entonces, era la otra vida. Entonces uno tenía que lavarse la cara y entrar a tu casa. Ir cuando tus viejos ya estaban durmiendo, entrar a la casa o cuando te llamaban o ya te jodían, pero eso desde chicos era así, me acuerdo. Después vivía en cuartitos en azoteas. El centro de Lima yo lo descubrí un poco ya pasados los veinte años que empecé a ir. La ciudad creció para mí. Aparte de que yo viajaba mucho también. Yo viajé entre los 17 y los 22 años muchísimo dentro del país. La sierra peruana me encanta. He ido a la sierra mucho, toda la costa peruana me la he recorrido, casi todo el Perú me lo conozco y no es casual que cuando yo empecé a meterme en la cosa de literatura mis amigos eran arequipeños. Yo comencé a sacar una revista con arequipeños. Yo vivía más pendiente de lo que pasaba con Arequipa que de lo que pasaba en Lima.

– **Esa es una opción que no se plantean los personajes del libro.**

– Ellos están atrapados en una ratonera.

– **¿Tú no sientes que a veces tienes que volver a pesar de que no es el mismo sitio?**

– Yo no vuelvo a Magdalena por una razón muy sencilla: ya no están mis amigos. Uno vuelve a los sitios porque están sus amigos o porque está el bar que frecuentabas. Uno ama la ciudad por los amigos que tiene allí.

– **¿La dispersión de los amigos es total?**

– Es el síndrome de la migración, como ha ocurrido con mi familia también. Todos han migrado a otro barrio o a otra ciudad o a otro país. La migración no se detiene. Yo, por ejemplo, cuando estaba en tercero de media mis padres se mudaron de Magdalena y se fueron a vivir a Pueblo Libre, el distrito vecino. Yo regresaba a Magdalena todavía porque era mi «corner», como se dice, pero poco a poco fueron cambiando mis intereses. Empecé a leer, a escribir, a ir al cine, y obviamente mis amigos cambiaron porque optaron por caminos diferentes. Yo ya no iba a seguir metido en la cosa de la venta de drogas, ni choreando carros, que alguno de ellos lo hacía, aunque no todos.

– **La inmigración a Estados Unidos está insinuada al final del libro.**

– Para el guión de Giovana Pollarollo, para la película, yo le llevé algunos capítulos que quedaron descartados del libro. Este libro es un poco lo que me queda, un tercio quedó afuera, de una novela que yo sentía que no iba a ninguna parte y que no funcionaba. Lorenzo de Szyszlo fue la primera persona que leyó la novela y me convenció de que la tenía que trabajar, y la trabajé y la corté y la boté, le recorté lo que había que botar. Han quedado muchas cosas insinuadas y lo del viaje es una de ellas.

EL LIBRO Y LA PELÍCULA

– **¿Por qué el protagonista se llama M?**

– ¿M? Por diferentes razones, bueno para empezar era un poco un juego con mi apellido Malca, por mierda. Además, Ciudad de M era el título original de la novela, cuando yo la publiqué y cuando Felipe Degregori me buscó para el guión, que fue antes de que yo la publicara. Yo publiqué unos fragmentos como «Fragmentos de Ciudad de M».

– **Cómo así esta visión del libro por viñetas.**

– Era la única forma de salvarlo. La única alternativa era botarlo o quemar-

lo. No fue deliberado. En el tiempo yo me he ido convenciendo de que todo lo que voy a escribir va a ser así, si alguna vez vuelvo a escribir. Finalmente descarté, rehice, junté, recorté, puse y quedó como ahora, el resultado de un trabajo de edición. En el periodismo soy básicamente un editor.

– La clara estructura del argumento en la película marca un contraste fundamental entre la película y el libro. La película busca redondear un argu-

argumental, simplificando el libro por razones obvias.

UN LIBRO DE CULTO

– Yo creo que la estructura del libro por episodios es ideal para hacerlo un libro de culto. En una película de culto, por ejemplo, lo que a la gente le gusta son momentos, ciertas frases en *Casablanca* o en *El Padrino*.



Un balazo al corazón de la ciudad. (Foto: Rogelio Cuéllar)

mento y el libro consiste en episodios intercambiables en su orden.

– Son episodios intercambiables o fragmentos. Es así como yo trabajo. Hace cinco años quise escribir un libro de cuentos. No puedo hacer trabajos que tengan esa estructura con nudo y desenlace, que sí lo requiere el cine. A la película le han dado una línea

–Te agradezco lo de sugerir que sea un libro de culto. Lo que sí es cierto es que cuando yo escribo pienso mucho en mi lector. No pienso en un lector universal. Yo pienso en gente que se parece a mí, gente que tiene mi sensibilidad, gente que escucha la música parecida a mí, gente que lee cosas parecidas a las que yo leo y que participa de

una cultura ahora que vivimos en un mundo tan fragmentado. No creo que pueda hacer un libro masivo, nunca lo esperé. Yo estaba preocupado, simplemente, de que el editor recuperara el dinero. Han salido cuatro ediciones y ese libro me ha hecho más bien a mí que a la literatura porque me ha permitido ubicarme, conocer gente, reconocirme en ese individuo que está en el libro, las cosas mías que están en ese libro me permiten acercarme a gente que es muy parecida a mí. Yo diría que estoy muy orgulloso de mis lectores, me encanta que a la gente que le gusta le guste y me parece perfectamente razonable que a mucha gente no le guste, porque es la gente que no tiene nada que ver conmigo, con mi lenguaje ni mi cultura ni nada. Yo encontraría rarísimo que a un profesor universitario le guste mi libro. Yo no sé qué tengo que ver con ese señor. Tiene que ver con una persona que comparta una sensibilidad. Una sensibilidad más contemporánea, que no quiere decir que sea la última moda. La novela está muy ligada por eso a la cosa del rock, a la cultura popular.

—¿Cómo te sientes cuando ahora viene alguien de veinte años para decirte que le ha gustado el libro.

— Eso me parece rarísimo, porque le gusta mucho a la gente joven, le gusta a la gente adulta de mi generación también, gente un poco mayor pero de cierta sensibilidad que tiene cierta cultura, que ha leído un tipo de literatura.

— También hay gente que se reconoce en la cultura de las drogas.

— Está presente en todo el libro, pero es parte de la descomposición en que viven los personajes y, además, como te digo es una cosa sordida que tiene que ver más que todo con el tipo de relaciones humanas que ellos tienen: la manera en que se relacionan con el mundo, la manera en que se relacionan con mujeres, la manera en que se relacionan con la violencia, la manera en que se relacionan con su futuro y con su entorno. Mi mundo es un poquito cerrado. Por eso apostaba más por la atmósfera.

— ¿A veces te encuentras lectores que te dicen que están viviendo situaciones parecidas a *Al final de la calle* en barrios insospechados y te dices «Caramba, aquí está ocurriendo lo que ocurría en Magdalena en los ochenta»?

— Sí, bastante. Hay mucha gente de Miraflores, curiosamente, pero también de Magdalena y Jesús María, y todo el circuito de la gente ligada al rock. Es gente muy cercana a mis personajes y a mi sensibilidad. Daniel F vive por Ciudad del Pescador, por la Unidad Vecinal de Mirones. Es gente con la que me llevo perfecto y con la que nos hemos hecho amigos desde el 84 o el 85, cuando yo ya tenía 25 años. El rock, la música pop para ser exacto, ha creado toda una cultura que tiene una literatura, un tipo de arte, una estética, un tipo de historieta. No sé si llamarla subcultura. Es una cultura distinta a la que se genera alrededor de las universidades o las galerías de arte, o algunas revistas, y tiene sus propios valores estéticos. Me parece una gran noticia que hayan nominado a Dylan al premio Nobel porque ya era hora, francamente. Así no se lo den. Muchos escritores leían sus letras y decían «esto no es poesía», pero es una lógica distinta, tiene un compute diferente, y no solamente porque haya música de por medio. Tiene su propia clave porque hay otros códigos. Con la globalización todas las culturas se están mezclando, se están dispersando y se están fragmentando. Ahora tienes escalas de prestigio que no se tocan entre sí.

— Tú decías que tu libro va a un segmento, pero ese segmento puede repetirse en otros lados.

— Ese segmento existe en otros lugares del mundo. Eso es lo maravilloso de internet. Yo estoy seguro de que hay gente igual que yo en todos lados. Ahora mismo he conocido eso en argentinos, en españoles, en colombianos con la misma onda, la misma cultura, la misma sensibilidad, y nos reímos de los mismos chistes. ■

RS **resumen semanal**

Compendio de los más importantes acontecimientos políticos y sociales a nivel nacional.

(Disponible sólo en versión electrónica)

TARIFA ANUAL NACIONAL Y/O INTERNACIONAL

(50 números) Precio único: US\$ 25.00

Deseo tomar () suscripción (es) anual (es) a **Resumen Semanal**

Nombre: _____

Dirección: _____

Ciudad: _____

País: _____

Telf./Fax: _____ RUC: _____

E-mail: _____

Forma de Pago:

() Cheque a nombre de **desco**

() International Money Order a nombre de **desco**

() Abono en Cta. Cte. Del Banco Wiese N° 071-1222170 DESCO/PUBLICACIONES(*)

(*) Para suscriptores extranjeros: Los costos bancarios –tanto del país de origen como de destino– corren a cargo del suscriptor.

En caso de abono directo nacional o internacional, remitir a nombre de **Resumen Semanal**, vía fax o por correo normal, fotocopia de la nota de depósito. A vuelta de correo le enviaremos boleta o factura según requiera.

desco – Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo

León de la Fuente 110, Lima 17 – Perú

Telf. (51-1) 2641316 Fax: (51-1) 2640128



«Laredo es mi Comala personal. Y como toda Comala es también un artificio literario.»

“EL ESTILO ES EL LUGAR DONDE POSO MI ALMA”

UNA ENTREVISTA A JOSÉ WATANABE.

TEXTO Y FOTOS: ALONSO RABÍ DO CARMO

*José Watanabe es uno de los principales poetas peruanos contemporáneos. Autor de *Álbum de familia* (1971), *El huso de la palabra* (1989), *Historia natural* (1994) y *Cosas del cuerpo* (1999), su nombre figura ya entre los manes del parnaso latinoamericano. Recientemente realizó una versión libre de *Antígona* para el grupo *Yuyachkani*, cuyo montaje fue todo un suceso teatral. En los próximos días las librerías limeñas pondrán en vitrina *El guardián del hielo*, antología de su poesía editada por el sello colombiano Norma. A propósito de todas estas cosas, dialogamos con el reconocido poeta peruano.*

EL RÍO

Nos tendíamos de espaldas en el barro
a escuchar la voz del río.

A veces nos quedábamos dormidos. Al despertar
parecíamos abandonados en otra orilla, extraviados
en una tierra deslumbrada por el sol.

Cantaban los pájaros de siempre
pero los pájaros no son referencia porque son del aire.
El barro sí nos decía que seguíamos
en el mismo recodo: penetraba por nuestras espaldas
Y rezumaba en nuestra boca.

Cuando entrábamos en el agua
se disolvía interminable como un ala oscura.

EL DESIERTO

Este es el desierto, el desesperante limbo
de arena
que orillas, que temes.

De él nacieron tus pesadillas: un abismo circular
donde ninguna hora avanza.

Pero qué deseos de ir detrás de los trashumantes
pastores de cabras
que se adentran
y sobre la arena lisa
descubren largos caminos ardientes.

Qué deseos de mirar, después del miedo,
incrédulo,
entre el sonido de los cencerros, un nuevo mundo verde.



Cuál crees tú que es tu principal responsabilidad como escritor, en caso de que tal responsabilidad existiese?

En realidad nunca he sabido eso, si tengo una responsabilidad o no, excepto conmigo mismo. Pero habiendo pasado ya los cincuenta años y habiendo escrito lo poco que he escrito, empiezo a sentir que sí tengo una responsabilidad, que puede parecer una responsa-

bilidad muy pedante y que resumo así: «si yo no escribiera los poemas que escribo, sean buenos o malos, el mundo no los tendría». Lo que quiero decir es que, en todo caso, mi responsabilidad es entregar al mundo un objeto pretendidamente bello.

Una responsabilidad profesional, de algún modo.

Claro, se trata de crear un objeto bello para compartirlo con otros. Y sien-



to que si no lo hago yo no lo va a hacer nadie. Lo digo desde mi propia experiencia, una experiencia muy privada, que no pertenece a otro sino a mí. Siento que si yo no escribo eso, se va a perder. Si no traduzco la versión de mi experiencia en poesía, ésta simplemente no existirá como objeto literario.

¿Y pensar así, en la época más efervescente de tu generación, no hubiera sido una especie de herejía?

Sí, claro, una herejía. Porque muchos en ese momento se planteaban cambiar el mundo a través de la poesía, se veía la poesía como un elemento que debía coadyuvar al cambio social, pero ojo, no se trataba de una poesía social realista. Sin embargo, en especial Hora Zero, hablaba del «poder de la poesía». Yo discrepé siempre de ellos en esos postulados, por eso no pertenecí a Hora Zero. Éramos y seguimos siendo muy amigos y me parece que ahora ellos han dejado atrás esos postulados. Yo, en lo personal, nunca pensé que la poesía pudiera tener un poder de cambio.

Se trataba, entonces, de una poesía dotada de un optimismo histórico muy grande.

Exactamente, era una mirada muy optimista. Y era una poesía que generó un discurso político, pero político en el mejor sentido, sin que la poesía fuera política en sí; pero estaba enmarcada en unas aspiraciones políticas de cambio social. Mira, Hora Zero iba a los mítines de izquierda con pancartas que no apoyaban al mitin o al candidato, eran pancartas que decían, por ejemplo, «Viva el poder joven de la poesía». De modo que no podemos hablar de una poesía política, sino más bien de una poesía que de alguna manera se había incorporado a una vertiente política.

¿Cómo explicarías ese optimismo histórico?

Es que en los años setenta creíamos que el cambio social era inminente, no sentíamos lo que puede sentir un joven de hoy, que piensa en el cambio como algo muy lejano y que posiblemente nunca llegue. Nosotros no teníamos ese

sentimiento de decepción o quietismo, pensábamos que el cambio estaba, por decirlo de alguna manera, a la vuelta de la esquina, que una revolución no era imposible.

¿Y qué significó, en ese contexto, el gobierno de Velasco?

Bueno, eso fue algo que nos desconcertó, porque vino a frustrar muchos otros proyectos de cambio. Claro, te estoy hablando desde la mirada de la izquierda, porque la gran mayoría de los poetas del setenta militaban o tenían algún nivel de participación en la izquierda. Velasco nos despistó un poco, pese a que muchos trabajamos en ciertos organismos de ese Estado. En definitiva, Velasco frustró muchos de nuestros ideales, aunque no puedo negar que Velasco provocó una gran emergencia en las clases sociales medias bajas y bajas, por primera vez veíamos que la sociedad se movía. Una reacción parecida hemos visto en los jóvenes después de la primera y segunda vuelta, pero esos jóvenes no tienen la orientación que nosotros teníamos. Se trata de una manifestación muy espontánea, muy cívica, si quieres, pero sin ninguna articulación orgánica o política. En ese sentido, nosotros éramos más políticos.

Volviendo al tema de Hora Zero. Históricamente, los grupos literarios no han llegado a concretar una porción importante de sus planes de acción. Están los ejemplos de Colónida y el grupo surrealista que comandó Breton, que por razones de diversa índole terminaron no sólo disueltos, sino además, en algún caso, enfrentados. Sin embargo, siempre queda algo, ¿no? Un testimonio de época, una radiografía del pensamiento estético y literario de cada momento. ¿Qué rescatarías, en el caso concreto de Hora Zero?

Pienso que podríamos rescatar lo mismo que en Colónida. Colónida tampoco fue un movimiento orgánico. El líder era Valdelomar, pero Valdelomar no era muy claro en sus ideas, sobre todo en las políticas. Sus ideas literarias,

incluso, tampoco son tan claras y su escritura fue muy disímil. Valdelomar es realmente un escritor muy extraño; tiene poemas pésimos, salvo «Tristitia» y el poema dedicado al hermano ausente, pero son dos de los casi cien que escribió. En sus cuentos ocurre otro tanto. Los cuentos incaicos, por ejemplo, son casi cursis frente a grandes cuentos como «El caballero Carmelo», «Los ojos de Judas» o «El vuelo de los cóndores». Pero Colónida, en efecto, representó un espíritu de época y yo creo que Hora Zero fue algo así como Colónida, un espíritu de época del cual pudimos participar todos, porque lo que nos diferenciaba eran matices. Yo siempre bromee diciendo que no estuve en Hora Zero porque ese día me dio una gripe y no pude ir al centro de Lima para firmar el manifiesto.

¿Y hubieras firmado alguno de esos manifiestos?

Tal vez no, tal vez sí. Hubiera firmado, decididamente, uno de los manifiestos de Estación Reunida, que era un grupo que veía las cosas más políticamente; tenía mayor claridad política frente a Hora Zero que, como digo, representó el espíritu de la época. Yo creo que en el imaginario de mucha gente Hora Zero ha crecido posteriormente, se ha fortalecido en el imaginario. En su momento no había una mayor diferencia entre todos. Yo podía tomar un café con Enrique Verástegui, Jorge Pimentel o Juan Ramírez Ruiz y no había distinción. Ellos podían ser de Hora Zero y yo ser independiente. De hecho, entre ambos grupos, yo tenía o sentía más afinidad con Estación Reunida.

Entre líneas entiendo que a lo mejor Hora Zero, dentro de dos o tres décadas, se convertirá en una especie de mito de la literatura peruana de los setenta.

Yo creo que en muchos aspectos sí, van para mito. Lo mismo sucede si estudias Colónida a fondo. Llegas a la conclusión de que es un mito. Hora Zero agrupó a personas que tenían ideales distintos y la mejor prueba es que

todos sus miembros escribían diferente, cada uno tenía un estilo, un lenguaje. Y es que, pensándolo bien, no se puede hacer un grupo de gente que crea, porque cada persona tiene su propio ideal artístico, porque lo artístico es la expresión de una experiencia individual que es imposible homogeneizar dentro de un marco conceptual válido para todos.

¿Alguna vez te criticaron por tener una posición tan individual, tan independiente, tan desafecta a la noción de grupo literario?

No. Ellos sabían perfectamente cómo pensaba y eso no alteró jamás las cosas entre nosotros. Yo hacía una poesía distinta y ellos lo entendieron. Por otro lado, yo vivía una suerte de escisión. De una parte preservaba mi yo poeta, de otra estaba mi yo participante de un partido de izquierda.

¿Temías que la política o la ideología «contaminaran» tu poesía?

Sí, yo intuía ese temor. Recuerdo que una vez Estación Reunida publicó un texto de Mario Benedetti que postulaba la función social y política del escritor. Eso no iba conmigo. Mi práctica política y mi ejercicio como poeta eran dos cosas distintas. Por eso a Sánchez León y a mí nos decían insulares.

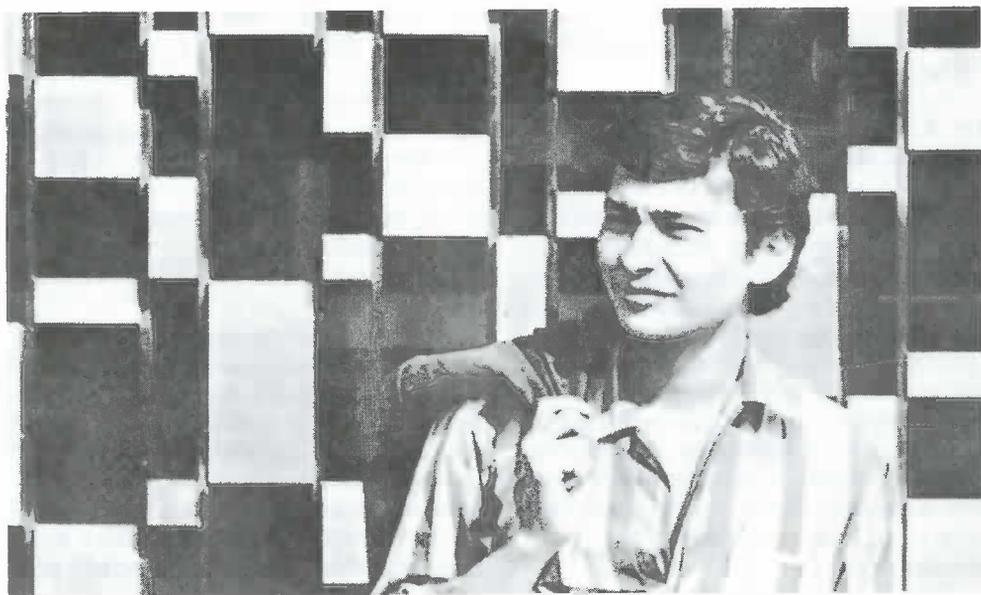
UNA MIRADA INTERIOR

Siempre que aparece un nuevo libro tuyo, la crítica lo celebra, casi podríamos decir con gran alborozo. Sin embargo, tú pareces quedar perplejo ante cada elogio.

Mira, es que eso me incomoda mucho. A veces tengo miedo de que la gente crea que yo hago pose de modestia, temo mucho eso. Y a veces tengo que dar la cara y no pasar por tan modesto, pero de verdad me incomoda mucho. Tal vez sea herencia paterna eso de tomar las cosas serenamente. Mira, una vez mi padre se sacó la lotería. Éramos muy pobres, vivíamos en la hacienda Laredo. Gracias a eso mis her-

manos y yo pudimos estudiar. La noche en que mi padre se sacó la lotería nos sentó a todos alrededor de la mesa y nos dijo: «nos hemos sacado la lotería y a partir de mañana viviremos en Trujillo, ya no vamos a vivir acá». Lo dijo casi avergonzado de tener que decirlo, sin hacer ningún aspaviento. Y en mi familia todos somos muy parecidos. Cuando publico un libro, yo sé que

en el ingenio azucarero. Es decir, terminada la primaria, que era el tope de escolaridad en Laredo, iba a convertirme paulatinamente en obrero. Pero justo cuando termino la primaria, mi padre se saca la lotería y ahí es donde cambia el guión de mi historia. Cuando estaba terminando la media comencé a escribir poemas. ¿Sabes cuál era mi máxima aspiración? Que se publicaran



Febrero de 1970. Joven Watanabe, lejos de los grupos, declaraba: «Por naturaleza me gusta andar solo, o con uno o dos amigos con quienes ocasionalmente hablo de poesía».

íntimamente mi familia se alegra, pero nadie viene a decírmelo. Cuando publico un libro, tengo la actitud de un niño que ha hecho una travesura en la sala de su casa...

...un niño que ha roto algo.

Sí, un niño que ha roto algo y él se ha escondido y está mirando por la rendija esperando ver la reacción de sus padres o sus hermanos cuando lleguen. Entonces, cuando publico me escondo para ver la reacción de lejos. Todo esto tiene mucho que ver con la historia de mi vida. Yo he nacido en un pueblo muy pequeño, Laredo. No tenía mayores aspiraciones y yo pensaba que mi destino iba a ser quedarme a trabajar

en **El Dominical de El Comercio**. En esa época, esperábamos cada domingo **El Dominical** como el pequeño tesoro que llegaba desde la capital; era nuestro documento cultural. Finalmente llegué a publicar algunos poemas allí.

¿Laredo es algo así como tu Comala personal?

Sí, claro, es mi Comala. Sí, es una Comala. Y como toda Comala es también un artificio literario. Es cierto que yo soy un poeta más o menos naturalista y escribo casi siempre lo que veo. Se dice que soy un poeta sabio, pero la sabiduría no está en mí sino que la veo afuera. Ahora, muchas veces veo cosas en Lima, pero no encuentro la esceno-

grafía adecuada para el poema. Entonces, la escenografía la busco en Laredo. Para eso me sirve Laredo, para ambientar muchos de los poemas que escribo.

Obviamente no estamos hablando del Laredo en que viviste, sino del que imaginas, el que llevas en el corazón.

En el corazón y en la memoria. Eran cuatro calles y un campamento obrero nada más. Una aldea rural que hoy incluso tiene pretensiones de gran ciudad.

En Laredo es donde conoces el haiku, gracias a tu padre.

Recuerdo que me llamaba y en medio de un corral, entre patos y pollos, trataba de traducirme haikus. Mi padre aprendió bastante bien el castellano e intentaba traducirme algunos haikus. Ahora mismo estoy escribiendo un poemario donde cuento algo de eso, aunque pueda parecer repetitivo. Lo que pasa es que para mí ha sido difícil conseguir interiorizar el concepto de patria, porque soy birracial, como dicen ahora en Estados Unidos. Mi padre es japonés y mi madre peruana, peruana cholcha, entonces yo he vivido en estos dos mundos. Claro y uno dice «soy peruano», pero en realidad yo tuve que conseguir ser peruano.

Justificarlo, explicarlo.

Así es. Y cuando llegó el centenario de la migración japonesa al Perú publiqué *El ojo de la memoria*. Cuando vi las fotos que se iban a incluir en el libro, sentí una especie de conmoción que me condujo a preguntarme por cuál era mi sentimiento de patria. Y comencé a escribir explorando, buscando esa patria, y he llegado a la conclusión de que Laredo es la única patria que he tenido y que el resto de lugares, incluyendo a Lima, son sólo lugares de paso. Cuando me pregunté por mi patria, me dije: primero mi cuerpo, luego Laredo. Lo demás han sido y son lugares de paso, manteniendo siempre la sensación de estar en el lugar equivocado. Ese Laredo que vive en mi corazón o en mi imaginación, es el único lugar donde me siento realmente bien. Cuando digo que el

estilo es el lugar donde poso mi alma, pues mi estilo es Laredo, es allí donde poso mi alma.

Con la publicación de *El huso de la palabra* rompiste con un silencio de dieciocho años...

No me preguntes por qué no publiqué nada en esos años...

...no, lo que quería saber era la diferencia entre esos dieciocho años de silencio y una producción que ahora comienza a ser prolífica.

Nunca dejé de escribir en el tiempo transcurrido entre mis dos primeros libros. Creo que estaba hibernando, más bien. Corregía mucho, rompía enorme cantidad de poemas. **El huso de la palabra** debe representar el diez por ciento de los poemas que escribí durante esos dieciocho años.

Tu sentido de la autocrítica es muy pronunciado.

Sí, y me molesta que sea así. Eso me ha impedido publicar con más asiduidad. Y ahora, pues, no sé. Uno escribe por espasmos y creo que ahora tengo más espasmos que antes. Y tal vez por la edad, ¿no?, a veces me digo, «oye, deja algo más, pues» (risas).

¿Ese sentido de la autocrítica aparece también después de publicado un libro?

Me releo muy poco, en realidad, porque siempre tengo la tentación de corregir algo.

¿Cómo sueles escribir un poema? ¿Haces un diseño previo? ¿Cuál es el punto de partida, por lo general?

Bueno, por lo general no escribo pensando en un libro. Escribo poemas sueltos que van sumándose y luego discrimino buscando cierta unidad cuando el libro es inminente. No hay un punto de partida, lo que hay es una preocupación básica. Ahora, por ejemplo, mi preocupación es Laredo. Camino, observo y de repente encuentro algo: un hecho, un gesto, un objeto y de inmediato busco la escenografía en Laredo. Entonces veo escenas y en esas escenas trato de encontrar alguna señal de sabiduría implícita. Cuando escribo no ten-

EL GUARDIÁN DEL HIELO

José Watanabe



Después de Jorge Eduardo Eielson, Watanabe es el poeta peruano que publica su obra completa en la afamada editorial colombiana Norma.

go un esquema de desarrollo del poema. Generalmente apelo a la descripción y hacia el final busco el efecto de una parábola, por así decirlo, el efecto de algo que aluda a lo que está más allá del mismo poema.

Ese es un rasgo característico, creo. Ese efecto final que es una suerte de sanción.

Sí, y es algo que me ayuda a universalizar la experiencia. Sin ese elemento sería simplemente un poeta aldeano o nativista. Tengo mi Comala, como has dicho, pero no quiero hacer poesía nativista, esa nunca ha sido mi intención. La anécdota es la base de mis poemas, hay un desarrollo narrativo, pero busco en el efecto final trascender los elementos locales.

Esta tendencia naturalista me hace pensar en tu relación con el cine. Leyendo tu poesía, muchas veces uno tiene la impresión de que el hablante

tiene el rol de una cámara, un hablante que plantea escenas de gran visualidad.

Por eso hablo de escenografías, justamente. De hecho hay allí una relación muy estrecha con el cine. Más de una vez he dicho que mi poética es la del ojo; consiste en ver, en mirar. Y trato de describir como se describe en cine, con cierta objetividad, aunque el texto sea eminentemente subjetivo. Lo que quiero decir es que me interesan las imágenes objetivas.

En tu poesía encuentro una tensión permanente entre la naturaleza y la vida urbana. ¿Lima es una especie de cárcel para ti?

Ahora ya no, cuando recién llegué sí. El desarraigo es precisamente una de las características más importantes de los poetas provincianos que llegaron a Lima en los setenta. Ahora puedo decir que me he asimilado a Lima. Pero mantengo mi lado provinciano. La verdad es que las imágenes urbanas no me provocan, no me seducen tanto, entre otras cosas porque no propician la parábola.

¿Qué te sugiere todo lo que ha acontecido en el país en los últimos tres meses?

¿Qué me sugiere? No sé. Siento que tengo tantas cosas que decir sobre eso que ahora no sé qué decir. Me siento mal, han pasado tantas cosas que no puedo centrarme en una sola. El afán de perpetuarse en el poder que tiene Fujimori me molestó desde un comienzo, me sigue molestando; pero esto ha pasado a un segundo plano frente al cinismo de todos los que yo alguna vez pensé que eran inteligentes o que parecían tener una cierta dignidad. Todo esto me deprime mucho.

El montaje de *Antígona* no pudo ser más oportuno.

Creo que un gran porcentaje de la gente que vio la obra pudo percibir nuestra intención. No es casual que hubiéramos puesto *Antígona* en esta época. Las alusiones son muy claras y no hubo necesidad de mudarse de Tebas para eso. ■

LOS MALES DEL PODER Y LOS PODERES DEL MAL

PETER ELMORE

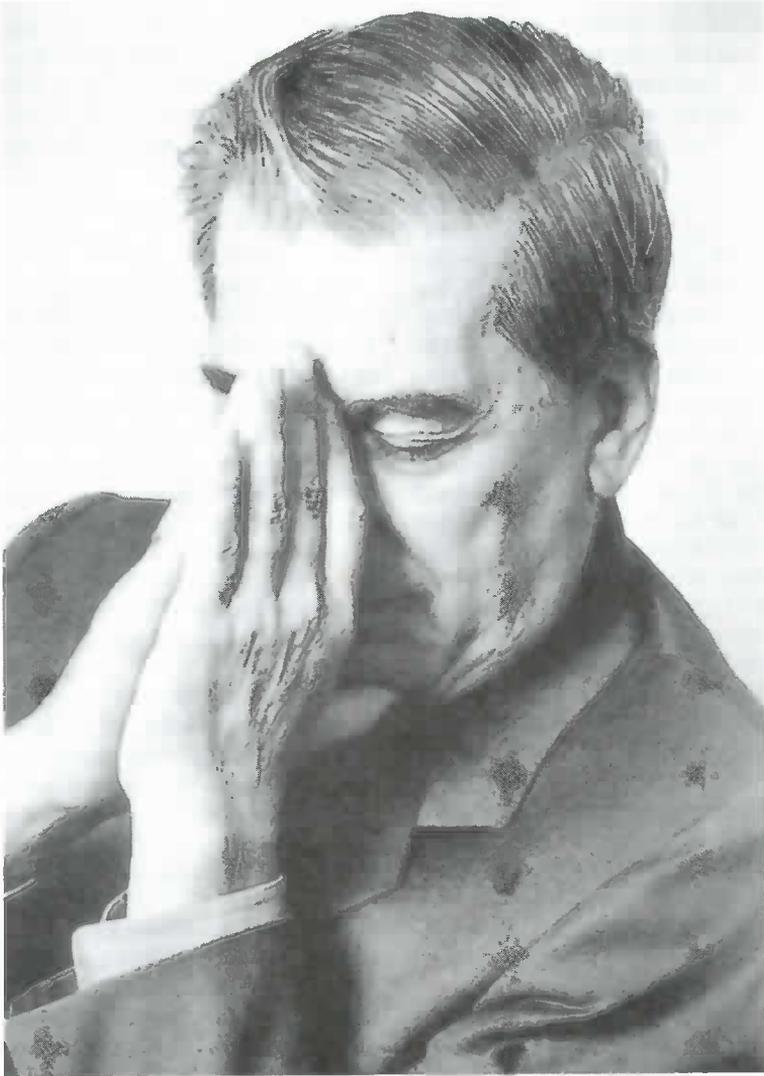
En el año 2000, una novela sobre la prolongada dictadura de un déspota tropical corre el riesgo de parecer anacrónica. Mario Vargas Llosa, sin embargo, se ha propuesto en **La Fiesta del Chivo** realizar el balance histórico y la radiografía moral de un régimen —el de Leonidas Trujillo en la República Dominicana— que desde la década del 30 hasta 1961 rigió con voracidad y omnipotencia todos los ámbitos de una sociedad: el Dictador —que Roa Bastos parecía haber agotado como personaje literario en **Yo el Supremo** (1974)— reaparece en una de sus encarnaciones caribeñas, ya no en el período que tuvo como horizonte la utopía ilustrada de la Razón y como orden del día la gesta de Estados nacionales, sino en la etapa signada por la contienda planetaria entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Por otro lado, el Dictador no ocupa con exclusividad el relato, pues le toca alternar en el extenso territorio del texto con una de sus víctimas —la exitosa y atormentada Urania Cabral— así como con quienes, en un acto desesperado y extremo, se atreverán al magnicidio. Entre los que han frecuentado la prolífica bibliografía de Vargas Llosa, **La Fiesta del Chivo** convoca de inmediato otros dos títulos: **Conversación en La Catedral** (1969) y **La guerra del fin del mundo** (1980). Como en **Conversación en La Catedral**, la podredumbre moral de una autocracia es objeto de una grá-

fica y minuciosa requisitoria; como en **La guerra del fin del mundo**, la ficción transcurre en un escenario situado más allá de los confines del Perú para reelaborar, con ánimo escrupulosamente flaubertiano, materiales que provienen de la historiografía y la memoria social. Puede agregarse que las tres novelas comparten la vasta envergadura de su diseño y la voluntad de encuadrar sus argumentos en el marco comunitario de la Nación. Así, los destinos individuales y las peripecias que urden las tramas se remiten a las prácticas del Estado y al control de la colectividad: al interior de **Conversación en La Catedral**, **La guerra del fin del mundo** y **La Fiesta del Chivo**, la esfera que contiene todas las otras es la de la política.

I

«La novela es la historia privada de las naciones», reza la cita de Balzac que sirve de epígrafe a **Conversación en La Catedral**. Se podría haber transcrito sin dificultad en **La Fiesta del Chivo**, que más bien sigue en ese aspecto la lección de **La guerra del fin del mundo**: si la novela sobre la lucha entre la República brasileña y las huestes milenaristas de Antonio Conselheiro tiene como pórtico una copla anónima que alude al líder de los yagunzos, la consagrada a los tiempos de Trujillo acoje una canción popular para aludir oblicuamente al



Daniel Mordzinski

La obsesión de Vargas Llosa por las dictaduras no es gratuita. Por eso, una novela de Dictador en el año 2000 no es una redundancia.

tirano. En ambos casos se verifica el mismo anonimato de las fuentes; también, la misma tendencia a designar a los personajes centrales por medio de sus sobrenombres. El Chivo es el apodo del gobernante que durante 32 años rigió la República Dominicana sin rendirle cuentas a nadie; ese calificativo es, en un sentido profundo, más revelador y auténtico que el nombre recibido en el bautismo o los títulos otorgados por el exuberante servilismo de los

áulicos de Trujillo, pues, como un macho cabrío tropical, el Generalísimo posee con avidez no sólo las arcas y los mecanismos del Estado, sino que ejerce lascivamente el derecho de pernada sobre todas las mujeres que le atraen.

Totémico y lujurioso, el Chivo es –en el universo de la novela– la encarnación perversa de un cierto modelo patriarcal de autoridad: para él, el control del territorio supone también el dominio de los cuerpos. De ahí que, en su

caso particular, el quehacer político se confunde, frecuentemente, con el ejercicio erótico: «Las buenas dominicanas agradecían que el Jefe se dignara tirárselas» (71), dice con sarcasmo Urania Cabral, cuya lacerada memoria sirve como centro de gravedad moral a **La Fiesta del Chivo**. El motivo de los nombres no se termina con el apodo del Dictador. Urania –marcada a fuego por un trauma sexual que le causa Trujillo– siente una mezcla de extrañeza y rechazo ante la seña más evidente de su identidad, como lo revela el primer párrafo de la novela: «Urania. No le habían hecho un favor sus padres; su nombre daba la idea de un planeta, de un mineral, de todo, salvo de la mujer espigada y de rasgos finos, tez bruniada y grandes ojos oscuros, algo tristes, que le devolvía el espejo» (11). El nombre propio no dice al cuerpo: lo contradice. La capital del país, por lo demás, deja de llamarse Santo Domingo de Guzmán durante los años del régimen y, en un megalómano bautizo, recibe por nombre Ciudad Trujillo. En el mundo claustrofóbico y desquiciado de la Dictadura, los signos establecen una relación patológica con los sujetos y los objetos que nombran. Ese fenómeno lo representó George Orwell en 1984, que es una de las grandes ficciones distópicas del siglo XX, a través del **doublepeak** impuesto por el régimen totalitario del Gran Hermano.

Hay en la literatura latinoamericana algunas distopías –o, si se prefiere, antiutopías–, como **La reina del Plata**, de Abel Posse, o **La ciudad ausente**, de Ricardo Piglia, para mencionar dos libros de autores argentinos diametralmente distintos entre sí. Sin embargo, el lugar simbólico de las distopías –esas pesadillas literarias que exorcizan y critican los horrores del Estado– lo ocupan en nuestro continente sobre todo novelas como **Yo el Supremo** o **La Fiesta del Chivo**; es decir, textos que reivindican su carácter histórico, su propósito de escudriñar el pasado colectivo, y no obras que sitúan la ficción en

un futuro aberrante. Acaso esa diferencia entre las imaginaciones literarias de Europa y América Latina señale, sintomáticamente, la carga turbadora que en esta última tiene la Historia.

II

En **La Fiesta del Chivo**, el Dictador no es una figura espectral o mítica, aunque el caudal novelesco documente el prestigio sobrenatural del que gozó incluso entre sus enemigos. Minutos después del asesinato de Trujillo, uno de los conspiradores hiere a un compañero en la confusión del instante; ese error, que lo abruma, le parece una venganza diabólica del ajusticiado: «Fue como si se abriera la tierra, como si, desde ese abismo, se levantara riéndose de él la carcajada del Maligno» (251).

Las leyendas que la imaginación popular teje alrededor de la figura del Tirano tienden tanto a escamotear su realidad física como a atribuirle peculiaridades insólitas en un ser humano. La novela, por su parte, procede a registrar esas creencias para matizarlas o contrastarlas con la precariedad del decrepito Dictador. Por ejemplo, era fama en la República Dominicana que Trujillo, pese al clima tórrido del país, tenía la propiedad de no transpirar: «Otro mito que repetían sobre él era: Trujillo nunca suda. Se pone en lo más ardiente del verano esos uniformes de paño, tricornio de terciopelo y guantes, sin que se vea en su frente y brillo de sudor. No sudaba si no quería. Pero, en la intimidad, cuando hacía sus ejercicios, daba permiso a su cuerpo para que lo hiciera»(29). Otras secreciones del mandatario no están, sin embargo, ni siquiera parcialmente sujetas a su voluntad. Con insistencia, el narrador subraya las humillantes claudicaciones de un cuerpo ya vetusto, condenado a la ruina; así, en un dato digno de **Ubu roi**, de Alfred Jarry, se revela que la verdadera función del presidente del

partido oficialista «era, desde que el doctor Puigvert, traído en secreto desde Barcelona, diagnosticó la maldita infección de la próstata, actuar de prisa cuando se producían esos actos de incontinencia, derramando un vaso de agua o una copa de vino sobre el Benefactor y pidiendo luego mil disculpas por su torpeza o, si ocurría en una tribuna o durante una marcha, colocán-

Mayor aún es, para quien siempre se preció de su apetito sexual, la vergüenza de no poder eyacular. Esa última merma atormenta a Trujillo y es, de hecho, la obsesión que lo acompaña la noche de su muerte.

Por cierto, la técnica del dato escondido –recurso que Vargas Llosa administró con eficacia en *La ciudad y los perros* y *La casa verde*, por ejemplo–



París 1967. Con Sartre y Simone de Beauvoir en un acto contra la represión política en el Perú.

dose como un biombo delante de los pantalones mancillados» (233). Hay aquí una imagen ejemplar de la naturaleza esperpéntica del trujillismo tardío: el Líder que la retórica oficial quiere retratar como un monumento es, en realidad, un viejo que necesita pañales; la clase política, por su parte, no sirve sino para mantener en secreto –literalmente– los trapos sucios de su amo.

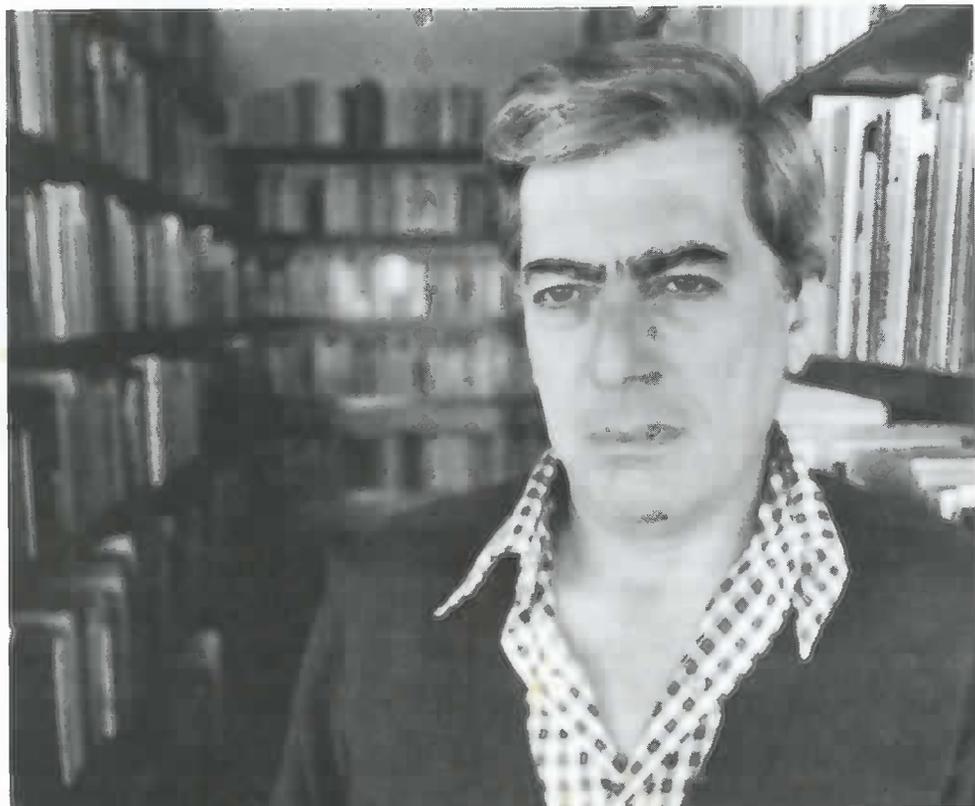
reaparece en *La Fiesta del Chivo* para conectar la línea argumental dedicada al Dictador con aquella que tiene como protagonista a Urania Cabral. En las primeras páginas de la novela, a Trujillo lo perturba el recuerdo de «la maldita noche de la muchachita desabrida» (26); más adelante, también de manera enigmática, le viene a la memoria «la figurita odiosa, estúpida y pasmada de esa

muchacha contemplando su humillación. Se sintió vejado» (224). El misterio se disipa por completo en el vigésimocuarto y último capítulo de la novela, cuando Urania —a los 49 años de su edad— cuenta los sórdidos detalles del encuentro que sostuvo, recién púber, con el dueño de las vidas y las haciendas de los dominicanos. Los fluidos corporales que contribuyen a caracterizar al Dictador no son sólo el sudor, la orina y el sémen. También figura —efusivamente y con buscada truculencia— la sangre: «Segundos después, Salvador se detenía, alargaba la cabeza sobre los hombros de Tony Imbert y de Antonio, que uno con un encendedor y otro con palitos de fósforos, examinaban el cuerpo bañado en sangre, vestido de verde oliva, la cara destrozada, que yacía en el pavimento

sobre un charco de sangre. La Bestia, muerta» (251). El punto de vista que el narrador acoge en la cita previa es el de un católico devoto que, sin renunciar en absoluto a su fe, se compromete con el magnicidio.

A diferencia de lo que sucede en **Conversación en La Catedral** con Manuel Odría, quien apenas existe en el universo de la novela como el garante ausente de las atrocidades y la corrupción que bajo su amparo se cometen, en **La Fiesta del Chivo** Trujillo es uno de los personajes de construcción más compleja: la relación de su muerte en el capítulo duodécimo, casi a la mitad misma de la novela, no impide que siga siendo objeto de la representación hasta el final mismo de **La Fiesta del Chivo**. Para retratarlo, el novelista se interna en su conciencia y, desde ahí, regis-

Mirada escrutadora al último medio siglo peruano en que el país ha vivido veintinueve años bajo distintas modalidades dictatoriales.



Herman Schwarz (1990).

tra no sólo los juicios que sus colaboradores, parientes y enemigos le merecen, sino que evoca las varias escalas de su biografía, desde la infancia menesterosa a la solitaria decrepitud del poder, pasando por el entrenamiento con los marines estadounidenses, el genocidio de los haitianos en 1937 y las décadas dedicadas a la consolidación del Estado. Pero a la focalización interna la complementa la mirada múltiple de los otros personajes, desde los conjurados que le dan muerte –entre los cuales hay antiguos partidarios suyos– hasta Urania Cabral, que –paradójica y patéticamente– confiesa al final de la novela: «Mi único hombre fue Trujillo. Como lo oyes. Cada vez que alguno se acerca, y me mira como mujer, siento asco» (513). Treinta y cinco años después de la muerte del tirano, su herencia sigue empobreciendo la vida de una de sus víctimas.

La larga sombra del Dictador no sólo oscurece la intimidad de ciertos personajes, sino que de algún modo se cierne aún sobre la sociedad que por tanto tiempo rigió con mano de hierro. Entre quienes sobreviven al Benefactor se cuentan desde los nostálgicos del Orden («Habían olvidado los abusos, los asesinatos, la corrupción, el espionaje, el aislamiento: vuelto mito el horror», 128) hasta los pragmáticos descendientes políticos de la dictadura, como el sempiterno Joaquín Balaguer, untuoso y astuto artífice de los cambios que siguieron al fin de Trujillo, o el imaginario Henry Chirinos, esperpéntico gemelo dominicano del ex-parlamentario peruano Enrique Chirinos Soto.

III

Aunque en *La Fiesta del Chivo* el Dictador es inequívocamente inescrupuloso y no conoce –ni quiere reconocer– límite alguno, no invita exclusivamente al rechazo y la condena. La ambigua fascinación que proyecta Trujillo no procede de la coexistencia

en él de rasgos positivos con características execrables, sino de la consistente exploración del Mal que es toda su vida de estadista. Para Vargas Llosa, lector alerta de Bataille, el Mal no aparece bajo la forma de una mera negatividad; se trata, ante todo, de una energía y una presencia que obedece a pulsiones elementales y contrarias a la razón, pero que posee su propia lógica y su propio rigor. Trujillo, en *La Fiesta del Chivo*, es más que un simple sátrapa y un oportunista: entre sus pares, es el primero. No es por soberbia o un simple alarde de machismo que el Dictador mira con desdén a sus ex-colegas latinoamericanos en el exilio: «Era un mensaje de la Casa Blanca. A eso vinieron. A pedir que me vaya y a ofrecerme asilo en los Estados Unidos. Allí tendría asegurado su patrimonio. Esos pendejos me confunden con Batista, con Rojas Pinilla, con Pérez Jiménez. A mí sólo me sacarán muerto» (96). La decisión de quedarse hasta el final es, sobre todo, una prueba concluyente de la voluntad de poder que anima a Trujillo, quien necesita apurar hasta las heces el placer que el control pleno de los otros le produce: penetrar, herir, matar y escarnecer a quienes están bajo su férula son los actos que le dan sentido a su vida.

A diferencia de aquellos déspotas que sirven a un designio utópico, el Trujillo de Vargas Llosa no concibe ilusiones apoteósicas sobre el futuro de su patria. A lo más, le enorgullece haber acabado con el caos de los caudillos y haber instaurado un gobierno estable, eficiente. Su propósito no es otro que el de perseverar, pese a las circunstancias adversas que genera el bloqueo de la OEA y los Estados Unidos, sus antiguos aliados: el Dictador sabe que su mayor riqueza consiste en su capacidad de afectar las vidas de sus compatriotas, aplicando su sádica destreza para jugar el ajedrez de la política con piezas de carne y hueso. Así, por ejemplo, la caída en desgracia del padre de Urania, el senador Cerebrito Cabral, es

en gran medida un acto gratuito, cuyo propósito es malignamente lúdico. El Dictador, por lo demás, se complace en estimular las tortuosas bajezas que sus colaboradores idean y ejecutan con el fin de ganar su favor: «A Trujillo le divertía –un juego exquisito y secreto que podía permitirse– advertir las sutiles maniobras, las estocadas sigilosas, las intrigas florentinas que se fraguaban uno contra otro, la Inmundicia Viviente y Cerebritito –pero, también, Virgilio Alvarez Pina y Paino Ricardo, Joaquín Balaguer y Fello Bonnelly, Modesto Díaz y Vicente Tolentino Rojas–, y todos los del círculo íntimo para desplazar al compañero, adelantarse, estar más cerca y merecer mayor atención, oídos y bromas del Jefe» (252).

Del numeroso séquito de Trujillo es preciso destacar al temible encargado del SIM, Johnny Abbes, que en la bibliografía de Vargas Llosa se emparenta con el Cayo Bermúdez de *Conversación en La Catedral*. Como Bermúdez, pero de un modo más extremo y depredador, Abbes encarna el lado oscuro y maldito del poder. En el marco de la novela, Abbes es la reducción a la quintaesencia del aspecto represivo, violento, del Dictador; Joaquín Balaguer, por su parte, resume en su remilgada figura la capacidad del Benefactor para promover arreglos y navegar en medio de las crisis. Si Balaguer se perfila gradualmente en el texto de Vargas Llosa, Abbes es a lo largo del relato una presencia reiterada y casi ubicua: quien antes de unir su destino al del Dictador «era periodista deportivo y medio poeta» (84), se convierte con el paso de los años en el principal fabricante de las crueldades del régimen. Inevitablemente, dada la función de Abbes, los lectores peruanos relacionamos al jefe del SIM trujillista con el del SIN fujimorista. Interesa, sin embargo, precisar la clave de esa relación: mientras Henry Chirinos es una réplica apenas velada de Enrique Chirinos, Abbes resulta ser el homólogo caribeño de Vladimiro Montesinos, pero no su doble.

El autor insiste en las peculiaridades del personaje dominicano –su voz neutra, su estampa adiposa, sus lejanas lecturas esotéricas–, pero sobre todo subraya sus posiciones políticas y su manera de entender el oficio de cancerbero de la dictadura. Abbes, por ejemplo, odia a la CIA (organismo que empleó o emplea aún al principal asesor de Fujimori) y, entre el asesinato y la calumnia, opta con más frecuencia por el primer expediente. Su calidad de funcionario inamovible se debe en parte a su devoción al cargo, pero vale la pena notar que Trujillo lo mantiene a su lado pese a que Abbes falla en el cumplimiento de varias misiones de alto riesgo. El Dictador no lo descarta, sin embargo, porque su asesor no deja de intrigarlo, mientras que sus demás colaboradores le parecen del todo transparentes. Esa cualidad enigmática, ese margen desconocido, explica en gran medida el poder que acumula el verdugo. No sólo el poder de él. Acaso Trujillo no termina de comprender a Abbes porque, a fin de cuentas, le resulta imposible reconocerse en el espejo del otro. Significativamente, el narrador de *La Fiesta del Chivo* recalca en varios pasajes que la voz y la mirada del Dictador –una voz aguda y una mirada que dista de parecer genial– tienen un efecto inexplicablemente subyugador en quienes son objetos de una y destinatarios de la otra. Concluida la lectura de *La Fiesta del Chivo*, las décadas de la Dictadura y la persona misma de Leonidas Trujillo resultan perturbadoras e inquietantes tanto por su perversidad como porque, en último análisis, algo de ellas permanece en la sombra, irreductible al entendimiento. Ese no es un defecto de la novela, sino una de sus tácitas lecciones: el autoritarismo latinoamericano puede parecer de una bárbara simplicidad, pero esconde misterios tanto para quienes lo encarnan como para quienes desean erradicarlo. Por eso, una novela de Dictador en el año 2000 no es una redundancia. ■

QUEHACER



TARIFA ANUAL

(6 números)

NACIONAL	S/. 75.00
INTERNACIONAL	
América Latina y el Caribe	US\$ 60.00
Resto del mundo	US\$ 80.00

Deseo tomar () suscripción(es) anual(es)

A nombre de

.....

Dirección:

Ciudad: País:

Telf.: Apdo. postal

email:

Nacional:

Envío:

() Cheque a nombre de DESCO, o

() Abono directo a la siguiente cuenta bancaria:

Banco Wiese - Lima

Cta. Cte S/.

071-2568829 / DESCO - Publicaciones

Internacional:

Envío:

() Cheque a nombre de DESCO, o

() International Money Order a nombre de DESCO, o

() Abono directo a la siguiente cuenta bancaria:

Banco Wiese - Lima

Cta. Cte. US\$

071-1222170 / DESCO - Publicaciones

* Los costos bancarios, tanto del país de origen como de destino, corren a cargo del suscriptor.

En caso de abono directo, nacional o internacional, remitir a nombre de la revista QUEHACER, via fax o por correo normal, fotocopia de la nota de depósito.

desco

Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo

LEÓN DE LA FUENTE 110 - LIMA 17 - PERU ☎ 264-1316 - FAX 264-0128

UNMSM-CEDOC

El éxito del momento

La anunciación de Fujimori

Alan García 1985-1990



Carlos Reyna

desco

En venta en las mejores librerías